**Fundador y Primer Superior General de los Misioneros del Sagrado Corazón (Notas biográficas del P. Piperon MSC) [](file:///C:\Users\GERARDO\Documents\Mis%20Webs\miWeb\msc\album\comienz\slides\Piperon_foto.html)**

[**Páginas relacionadas**](file:///C:\Users\GERARDO\Documents\Mis%20Webs\miWeb\msc\chevalier\1chevalierIndex.htm) **Traducción   
del P. José Antonio Rodríguez M.S.C.   
Vea también:**[**Canal TV vocacional  de los Misioneros del Sagrado Corazón en el Perú**](http://www.mscperu.org/msc/1vocMSC/promVocMSC/CanalVocMSC.htm)

[](file:///C:\Users\GERARDO\Documents\Mis%20Webs\miWeb\msc\album\comienz\slides\Chevalier_pintura.html)

**ÍNDICE**

[Nota del P. Lanctin](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/00ChevPipIndex.htm#NOTA)

[Introducción](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/00ChevPipIndex.htm#INTRODUCCION)

[Capítulo 1º       Nacimiento-El aprendiz de zapatero-Seminario ‑ Sacerdocio-Coadjutorías](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/01ChevPipjuv.htm)

[Capítulo 2º: La señal del cielo y nacimiento de la Congregación de Misioneros del Sagrado-Primeros miembros](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/02ChevPipIsud.htm)

[Capítulo 3º: Los primeros años (l855-1858)-Contrariedades ytribulaciones](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm)

[Capítulo 4º: Las Obras-Misas sólo para hombres-Proyecto de la Iglesia del Sagrado Corazón-Nuestra Señora del Sagrado Corazón](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm)

[Capítulo 5º: Peregrinaciones-Visita al Santo Cura de Ars-LosSacerdotes seculares del S.C.-Los Sacerdotes de la Obra del Aposto­lado Rural-La Asociación de Ntra. Sra. del Sdo. Corazón-La PequeñaObra](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm)

[Capítulo 6º: Larga y penosa enfermedad-Consagración de la Iglesia del Sagrado Corazón-Aprobación de las Constituciones-Coronación de la imagen de Ntra. Sra. del Sdo. Corazón-Primer Noviciado](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm)

[Capítulo 7º: La devoción del P. Chevalier al Sdo. Corazón-Prácticas establecidas por él para los fieles de la capilla de Issoudun](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/07ChevPip.htm)

[Capítulo 8º: Las tres Archicofradías](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/08ChevPip.htm)

[Capítulo 9º: La Asociación de almas consagradas al Corazón de Jesús-La congregación de Hija de Ntra. Sra. del Sdo. Corazón-Los libros](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/09ChevPip.htm)

[Capítulo 10º: Una audiencia de Pío IX La Congregación de la Iglesia y del mundo al Sdo. Corazón-Contribución del P. Fundador a esta Consagración](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm)

[Capítulo 11º.La Parroquia de Issoudun-El Arcipreste-Sus obras](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/11ChevPip.htm)

[Capítulo 12º: La Congregación de Misioneros del Sdo. Corazón-Contrariedades y pruebas](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/12ChevPip.htm)

[Capítulo 13º: Fundación de una casa en Roma-La Iglesia de Santiago de los Españoles-La expulsión de 1880](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/13ChevPip.htm)

[Capítulo 14º: Consecuencias de las expulsiones-Los caminos de Dios-Las tribulaciones](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/14ChevPip.htm)

[Capítulo 15º: Las Casas de Tilburgo y Amberes-Otras fundaciones-Expansión Misionera](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm)

[Capítulo 16º: Los últimos años-Preparación a la muerte-Elección de un Vicario General con derecho a sucesión-Los Obispos Misioneros](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/16ChevPip.htm)

[Capítulo 17º: La Ley de 1901-Transmisión de poderes-Enfermedad Curación tras una novena a Mons. Verius](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/17ChevPip.htm)

[Capítulo 18º: Vuelve a sus ocupaciones-Testamento espiritual-Venta de la Basílica y de la propiedad del Sdo. Corazón de Issoudun-Delicada atención](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/18ChevPip.htm)

[Capítulo 19°: Últimos días del P. Chevalier-Santa Muerte-Funerales](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/19ChevPip.htm)

NOTA

El opúsculo que tienes en las manos es un trabajo debido a uno de los primeros compañeros del Fundador de los Misioneros del Sagrado Corazón, el P. Carlos Piperon, íntimamente interesado, corno actor y testigo, en los orígenes y desarrollo de la misma Congregación.

El autor ha escrito estas páginas con el afecto filial que profesaba al que él mismo llama "nuestro venerado y querido Padre", impulsado por su espíritu apostólico, con el afán de extender por todas partes las dos grandes devociones de los tiempos actuales cuyo entusiasta apóstol fue el P. Chevalier:

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción a Nues­tra Señora del Sagrado Corazón.

Hacemos votos por que esta obrita sirva de gran provecho al piadoso lector.

Arturo Lanctin M.S.C.

París, 12 de abril de 1912

INTRODUCCIÓN

La vida del añorado Fundador de la Congregación de MISIO­NEROS DEL SAGRADO CORAZÓN puede resumirse en esta divisa dejada en herencia a los suyos ¡AMADO SEA EN TODAS PARTES EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, POR SIEMPRE!

Precioso legado que recuerda a todos sus hijos la obra de su ve­nerado Padre y resume al mismo tiempo su máximo ideal como Misioneros del Sagrado Corazón: ¡Todo por el amor del Corazón de Jesús!

Este es también el fin de la Congregación.

Al fundarla, el P. Chevalier no tuvo otra ambición que formar apóstoles apasionados por dar a conocer por todas partes los inefa­bles tesoros de amor y misericordia del Sagrado Corazón; apóstoles inflamados de ardor por abrasar a las almas en amor ardiente por quien tanto los amó que llegó a inmolarse por su salvación.

Este ideal sublime fue el que inspiró todos sus trabajos, el que alentó y sostuvo hasta el último momento y desde los primeros días todos sus afanes para responder a los deseos de nuestro Señor, revelando al mundo la devoción a su divino Corazón.

Quiera Dios que, a ejemplo de su venerado Padre, no tengan sus discípulos otro móvil ni otra aspiración en todas sus obras que una total inmolación para que el Corazón de Jesús sea en todas partes amado y glorificado:

¡AMETUR UBIQUE TERRARUM COR JESU SACRATISIMUM!

**Capítulo I**

**NACIMIENTO**

**EL APRENDIZ DE ZAPATERO**

**SEMINARIO SACERDOCIO COADJUTORÍAS**



Por razón de su nacimiento, el P. Julio Chevalier pertenecía a la Diócesis de Tours.

Carlos Chevalier, su padre, modesto panadero, vivía en Richelieu, cerca del mercado de cereales, en el ángulo formado por la calle del Cisne y la carretera de Loudun. Luisa Ory, su esposa, compartía con él las labores cotidianas.

Vivía muy modestamente. Por ser tan poco productivo el tra­bajo del padre, insuficiente para sufragar los gastos diarios, y con el fin de aportar una ayuda a la escasa economía familiar, ella compraba frutas y hortalizas que después revendía con una pequeña ganancia.

Cada mañana se la podía encontrar sentada tras el mostrador de su puesto en la plaza del mercado.

Luisa Ory era conocida y apreciada por todos los convecinos de Richelieu, en donde gozaba fama de mujer trabajadora, animosa y jovial.

Su matrimonio cristiano se remonta al 11 de febrero de 1811, según consta en los registros parroquiales.

De esta unión no demasiado fecunda[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/01ChevPipjuv.htm#_ftn1) nacía trece años más tarde —el 15 de marzo de 1824— el último de los hijos, que seis días después recibiría en el Bautismo los nombres de Juan-Julio.

Su padre, trabajador de escasa cultura y sin más conocimientos de la vida que las rudas labores y las privaciones de la pobreza, aco­gió con cierta desazón al recién nacido. Sentía flaquear sus fuerzas y su salud, y no veía en el nuevo huésped más que una carga añadida a las angustias de cada día.

iPobre padre! ¿Cómo iba a tener una idea cabal de los gozos y alegrías de la paternidad un hombre como él, ignorante de las más elementales prácticas de vida cristiana y sin depositar en Dios su confianza? Para un hombre de fe, un hijo es siempre un regalo del cielo confiado a sus cuidados. Sabe que la Divina Providencia vela cuidadosamente de él porque está destinado a la gloria y felicidad del cielo; por eso acepta la responsabilidad con todo el vigor que brota de la virtud cristiana.

Se comprende entonces que el familiarmente llamado Julito, resultara, —sin culpa alguna por su parte, naturalmente—, objeto de desavenencias conyugales.

Un día, el esposo, más áspero que de costumbre, se fue a la plaza del mercado en donde su mujer, rodeada de numerosa clien­tela, estaba dando fin a la venta de hortalizas, y allí, con palabras mordaces e hirientes, le reprochó tenerle a él abandonado mientras dedicaba cuidados al pequeño.

La pobre madre, confusa, humillada y sin poder contener su turbación, se deshizo en lágrimas. Después, en un arranque de exasperación, tomó en brazos al niño que dormía plácidamente en un capazo y, estrechándolo contra su corazón, corrió a refugiarse en la cercana iglesia para poner fin a tan humillante escena.

Una vez en la iglesia, se acercó a una imagen de la Virgen, puso a sus pies al niño y le dijo:

— "Virgen Santísima, tómalo. Si va a seguir siendo causa de disgusto como el de hoy, ya puedes hacerte cargo de él y hacer con él lo que quieras; así que ahí lo tienes".

Esa fue toda su oración. Y se marchó dejando al niño al cuida­do de la Reina del Cielo, su Madre adoptiva desde entonces. Después, serena ya y abochornada por aquel arrebato de impetuosidad, volvió a la Iglesia. El niño, completamente ajeno a cuanto es­taba ocurriendo por su culpa, miraba sonriente a la Madonna que parecía contemplarle con un semblante lleno de ternura. La madre volvió a recogerlo en sus brazos y regresó a casa completamente calmada y tranquila. Uno de los testigos de este suceso cuenta que, a partir de entonces, Julio tuvo siempre un cariño extraordinario a aquella bendita imagen. Desde que aprendió a rezar, se le veía frecuentemente de rodillas delante de ella rezando devotamente el Rosario u otras oraciones. El mismo testigo da fe de ello.

Desde muy niño Julio manifestó siempre una verdadera afición a las ceremonias religiosas. Por eso, el día que el Párroco le admitió como monaguillo, fue para él una verdadera gozada, un aconteci­miento memorable que produjo gratísima y profunda impresión en aquella mente infantil. Pero su felicidad llegó al colmo cuando, poco después, pareció suficientemente capacitado para ayudar a Misa.

En su papel de monaguillo, lo mismo que siendo colegial, su comportamiento fue idéntico al que iba a tener más tarde: un ver­dadero modelo.

Su precoz inteligencia, su diligencia en las ceremonias, igual que su edificante conducta, denotaban una vocación sacerdotal. Bien persuadido estaba de ello el Rdo. Bourbon, por entonces párroco de Richelieu. El mismo niño le había manifestado repetidas veces que le gustaría ser sacerdote; pero el prudente Párroco, con­siderando los escasos recursos de la familia Chevalier, no veía la viabilidad de las aspiraciones de su acólito.

Julio entró como aprendiz en el taller de un honrado zapatero de la localidad, amigo de la familia, que amablemente le dejaba el tiempo necesario para ir a la iglesia a ayudar a Misa. Una satisfacción que le quedaba a un muchacho que, atraído por las cosas de Dios, veía cómo se le desvanecían poco a poco sus esperanzas.

Cuatro largos años duró la prueba, tras los cuales el Obrero de Nazaret hizo surgir una ocasión favorable para sacar del taller al piadoso joven destinado por pura misericordia de Dios a ser el apóstol del Sagrado Corazón.

Por una circunstancia aparentemente fortuita, pero, evidente­mente providencial, su padre tuvo que trasladarse a una pequeña población de Bourges, cerca de Issoudun, llamada Vatán. Allí encontró el pequeño aprendiz de zapatero un protector en la persona del Arcipreste Darnault, cura de la parroquia. Pronto pudo apreciar el piadoso sacerdote las auténticas cualidades de su nuevo feli­grés y su manifiesta vocación. A partir de aquel momento le orientó para que pudiera dar comienzo a los estudios de latín y gestionó su admisión en el Seminario Menor de Saint Gauthier.

Julio había cumplido ya los 17 años. A esa edad terminaban otros los estudios que él iba a comenzar. No es difícil hacerse idea de las dificultades del nuevo seminarista, un muchachote de cerca de 18 años, sentado en el pupitre con niños de 12 ó 13 con mucha mayor instrucción que él y buena dosis de ironía, pues ya es sabido que a esa edad no suelen economizar la mofa y el pitorreo.

Por si fuera poco, desde que había abandonado la escuela primaria, no había ejercitado sus facultades en absoluto y además había olvidado buena parte de lo aprendido. Por este motivo sus comienzos tuvieron que ser extremadamente penosos y hubo de pasar horas amargas.

Afortunadamente Julio Chevalier estaba dotado de un carácter enérgico y una voluntad indomable, fortalecida en la oración. Con­vencido como estaba de que Dios le destinaba al Sacerdocio, nin­gún obstáculo era capaz de quebrantar su decisión de responder a la llamada de Dios.

Cuatro años más tarde su Superior le consideró suficientemen­te preparado para emprender los estudios en el Seminario Mayor, y fue admitido en 1846.

Ninguna cualidad extraordinaria había manifestado hasta entonces Julio Chevalier. Según el testimonio de sus condiscípulos fue un seminarista normal, aplicado en los estudios, piadoso..; pero nada, absolutamente nada hacía presagiar lo que iba a llegar a ser en el futuro.

El último año de su estancia en Saint Gauthier tuvo lugar una ccidente ocasionado por una imprudencia que, sin una protección especial, habría podido costarle la vida, y que fue el medio escogi­do por la Providencia para elevarle a mayor perfección[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/01ChevPipjuv.htm#_ftn2) .

Desde entonces, con el alma inundada de gracia, entrevió el Sacerdocio bajo la perspectiva de un día absolutamente nuevo para él. Asumió decididamente y por encima de todo sacrificio las excelsas virtudes que exige. Con esta disposición entró en el Semina­rio Mayor.

Se explican perfectamente los progresos de un espíritu tan ge­nerosamente decidido a no capitular en su propósito. A partir de aquel momento se situó entre los más ejemplares seminaristas, ri­valizando con ellos en fervor.

¡Cuántos detalles edificantes, cuántos actos de acrisolada vir­tud podríamos transcribir aquí si no fuera por las obligadas limita­ciones de esta reseña biográfica!

Pero a un sacerdote no le basta solamente la virtud; necesita también ciencia, sin la cual su complejo ministerio podría fácil­mente ser un fracaso para los demás y para él mismo. Claramente lo dice el Señor: "Si un ciego guía a otro ciego, ambos pueden caer en el hoyo abierto a su paso".

Chevalier, profundamente convencido de esta verdad, se volcó en los estudios con el mismo entusiasmo que desplegó en formarse en las virtudes exigidas por su profesión. Es posible que sus profe­sores no encontraran en él al principio brillantes cualidades prome­tedoras de deslumbrantes éxitos para el futuro; incluso, si por un momento llegaron a albergar alguna duda sobre la capacidad del nuevo alumno, esta duda se disipó rápidamente. Pronto Chevalier estuvo considerado entre los mejores alumnos. Su carácter resuelto le había ayudado a superar las primeras dificultades. Su tenaz apli­cación reveló los talentos escondidos en una inteligencia falta de cultivo tan dilatado tiempo.

Durante su larga carrera y hasta su ancianidad le vimos siempre entregado a estudios serios en los escasos ratos libres que podían dejarle sus absorbentes ocupaciones, a pesar de los trabajos de un laborioso apostolado, las múltiples ocupaciones exigidas por la marcha de su Congregación o por los deberes del ministerio pa­rroquial .

Buen testimonio de ello son las excelentes obras publicadas por él. Otros muchos escritos para su uso personal o dedicados a sus actividades se conservan en el archivo particular.

Hay personas dotadas de una inteligencia mucho más brillante y fecunda; muchas que hayan adquirido conocimientos más pro­fundos o más variados, pero pocos han acumulado un acopio de trabajos como el P. Chevalier. Su prodigiosa actividad, sus incesantes desvelos fecundados y mantenidos por la fe y el ardor de un in­cansable celo por el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas, nos desvelan el secreto de su éxito. Y sobre todo amó entrañablemente al Corazón de Jesús, se consagró sin reservas a hacerle cono­cer y amar. Todos sus trabajos, todas sus obras, sus interminables pruebas y sus prolongados y crueles sufrimientos tendieron siem­pre a este fin. Ahí está la explicación de las abundantes bendicio­nes prometidas a los apóstoles del Divino Corazón.

Comenzó este apostolado desde el Seminario. Más de una vez tuvimos ocasión de oírle exponer a sus íntimos los inefables teso­ros de amor y misericordia del Corazón de Jesús cuando surgía la oportunidad durante los recreos o en los paseos por las afueras. Sentíamos entonces su ardiente deseo de volcar en nuestras almas el fuego que devoraba la suya. Sus cálidas palabras hacían vibrar nuestros corazones al unísono con el suyo. Al cabo de sesenta años siento cómo se despiertan en mi alma los más arrebatados senti­mientos, y más aún, la amarga desazón de no haber sabido recoger sus frutos.

Estoy plenamente convencido de que Chevalier conoció ya en el Seminario los planes de Dios sobre la Congregación que más tar­de había de fundar. A mi juicio, los motivos en que baso esta afirmación no me dejan lugar a duda.

Muchas veces, en efecto, durante los tres años que convivimos en el Seminario tuve la suerte de ser su confidente sobre este tema junto con otros amigos íntimos. En aquellos encuentros confidenciales de corazón a corazón, nos hablaba de Issoudun, la villa aban­donada en el aspecto religioso, y nos aseguraba que, sin tardar mu­cho tiempo, terminaría por establecerse en ella una residencia de Misioneros. Hablaba de ella con la misma convicción que si la fun­dación estuviera ya realizada.

Algunos, lejos de tomar en serio estas expansiones, no veíamos en ellas más que un tema de esparcimiento en el que nuestro com­pañero daba rienda suelta a su imaginación. A nuestras objeciones o a nuestras sonrisas escépticas respondía con buen talante " iYa lo veréis!". Y su profunda mirada y la expresión de su semblante parecían añadir: "Es palabra de Dios, la pura verdad".

Lo había dicho. Y ahora, a la vista de aquellas palabras convertidas en realidad a pesar de la escasez de recursos, no me cabe la menor duda de que recibió del cielo —tuvo que ser del cielo—, pro­mesas especiales de ser guiado para esta misión. Me siento obliga­do, igual que otros muchos, a proclamarlo abiertamente: i El dedo de Dios está ahí! iSu diestra ha obrado maravillas!

Chevalier había terminado sus estudios. El 14 de junio de 1851 era ordenado sacerdote.

No es difícil imaginarse sus disposiciones en el momento solemne en que se realizaban las ilusiones de toda su vida. No voy a tratar de describirlas. Tras largos años de Seminario, se ofrecía a Dios sin reserva para dedicarse a su servicio. El holocausto quedaba consumado en aquel día. iEra Sacerdote para siempre! A partir de aquel momento nada podía en este mundo poner límites a los afanes de su entrega a Dios y a las almas.

Pero ¿qué iba a ser de aquel joven sacerdote? Profundamente convencido de los designios de Dios sobre él, ¿comenzaría a poner­los en marcha desde la primera hora? No, seguramente que no. Por­que, aun conociendo el rumbo a seguir, desconocía el camino marcado por la Providencia para emprenderlo. Habrá de esperar en la obediencia y la calma la hora de Dios. Seguirá la pauta normal marcada a sus ansias y mantendrá su condición en el clero secular.

Empezó como Vicario de la pequeña parroquia de Ivoy-le-Pré, en el partido judicial de Sancerre. Su estancia allí fue corta; duró solamente unos meses. Chátillon-sur-Indre, Arciprestazgo de Balnc, reclamaba un sacerdote prudente y celoso para la Parroquia, ya que el Cura enfermo no podía soportar por más tiempo el agota­miento ocasionado por el servicio parroquial. Fue nombrado el Rdo. Chevalier para cubrir aquel puesto de confianza. Permaneció allí 18 meses, hasta la muerte de aquel virtuoso pastor. Entre tanto, el Arcipreste de Aubigny-sur-Mer, de Nanterre, meritorio sacerdote, pero agotado también por sus trabajos pastorales, tampoco podía aguantar más tiempo su pesada carga. Entonces, conocedora la Autoridad diocesana de las manifiestas cualidades del Rdo. Chevalier por la experiencia llevada a cabo en Chátillon, le destinó a la nueva Parroquia, considerada entonces entre las mejores de la Dió­cesis. Allí, lo mismo que en Chatillon, el entusiasmo infatigable del nuevo Vicario le atrajo la estima de los feligreses, y el agradeci­miento del pastor a quien se dedicó con un afecto verdaderamente filial, prestándole cuantos servicios puede hacer un hijo a su padre, asistiéndole en sus últimos días y prodigándole el auxilio y consue­lo necesarios en el trance final.

De nuevo fueron días de luto cuando el Rdo. Chevalier se despidió de aquella piadosa feligresía. Todo el mundo lamentaba la marcha del Vicario como habían llorado la muerte de su amado Párroco a quien amaban como a un padre.

¿Cuál sería ahora el nuevo destino del animoso apóstol? ¿Qué nuevo campo de trabajo sería confiado a su celo? Con la absoluta certeza de que, al asignarle un nuevo destino, sus Superiores no harían más que seguir la voluntad de Dios, y que en cualquier lu­gar que le fuera asignado encontraría ocasión de hacer el bien, no tenía la menor preocupación. Se ponía en las manos del Señor que siempre había velado solícitamente\_ por él. Seguía, pues, en su mi­nisterio, confiado en que el Corazón de Jesús y la Madre del Cielo orientarían la intención de sus Superiores.

Poco tiempo después un Oficio del Obispado de Bourges le da­ba a conocer su nuevo destino: sorprendentemente acababa de ser nombrado Vicario de Issoudun.

¡Issoudun!... iTenía al alcance de la mano la verdadera tierraprometida!, la tierra bendita en que iba a sembrar la semilla de las obras con que tanto había soñado en los días de Seminario!... Al fin había sonado la hora de la Divina Providencia. ¿Podría desde ahora empezar a caminar con paso firme por la senda señalada? Era la pregunta que le asaltaba obsesivamente. Su primera reacción fue un cántico de gratitud. Postrado en la presencia de Dios, dio gracias al Corazón de Jesús, transportado de gozo.

El 15 de octubre de 1854 hacía su entrada en Issoudun, de donde ya no volvería a moverse. Tenía 30 años. Había estado 3 años y 4 meses ejerciendo una labor pastoral en calidad de Vicario.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/01ChevPipjuv.htm#_ftnref1) No recordamos que el P. Chevalier hablara más que de un hermano y una hermana. Ignoramos si tuvo otros. Aunque manifestó siempre un gran afecto a los suyos, siempre fue muy parco en detalles familiares

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/01ChevPipjuv.htm#_ftnref2) **El P. Chevalier escribió el relato de este accidente que fue publicado en su "Historia religiosa de Issoudun" (pág. 405), pero omitiendo ciertos detalles importantes. Nosotros le oímos narrar este suceso con detalles escalofriantes que nos impresiona­ron profundamente. A partir de aquel día el joven seminarista tomó una nueva di­rección. Aquel hecho**dio un giro especial **a**su vida, dando gracias a la Santísima Virgen porque le había **salvado la vida y por los nuevos fulgores con que**había **ilu­minado su alma**

**Capítulo II**

**ISSOUDUN  
LA SEÑAL DEL CIELO  
Y NACIMIENTO DE LA CONGREGACIÓN  
DE MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN.   
LOS PRIMEROS MIEMBROS**

Issoudun, antigua capital del Bajo Barry, había conocido días de gloria y de prosperidad; lo atestigua su historia. Cuando a finales del siglo 18 fueron divididas en departamentos las antiguas provincias de Francia, quedó reducida a cabeza de partido judicial. De aquel descenso ya no volvió a recuperarse.

Cuando en 1854 fue destinado allá el Rdo. Chevalier en calidad de Vicario, formaban una sola parroquia la antigua población —ya urbanizada—, los arrabales y dos populosas aldeas bastante alejadas del centro. Solamente una iglesia, Saint Cyr, antigua Colegiata, se había librado de la ruina general. Después de tres o cuatro siglos, aún seguía inacabada. A aquel fragmento de monumento religioso —de rica arquitectura por cierto— se le había adosado una amplia construcción informe, más parecida a un almacén que a una iglesia, al que llamaban "la parroquia" porque desdetiempo atrás se celebraban allí algunas ceremonias parroquiales. La Colegiata estaba reservada para las ceremonias solemnes, y se llamaba "el coro".

Aquel estrambótico conjunto de dos construcciones tan heterogéneas era por entonces todo el tesoro arquitectónico de Issoudun ; tesoro tan rico antes de 1793 en monumentos religiosos entre los que podían citarse algunos de notable interés. La tormenta revolucionaria lo había arrasado todo. A duras penas podían encontrarsevestigios salvados de la piqueta demoledora, fiel imagen de los estragos producidos en las almas por los perniciosos principios del siglo XVIII, y especialmente por los horribles escándalos de la Revolución.

Si bien hasta aquella época nefasta la burguesía imbuida del espíritu volteriano había abandonado las prácticas religiosas, la clase obrera y campesina había permanecido fiel en su inmensa mayoría.

A mediados del siglo pasado, hace 50 años, la cosa ya había cambiado. Sinceramente, no me atrevería a aventurar la cifra de unos 30 hombres que cumplieran con el precepto dominical en aquella populosa parroquia.

No obstante, en medio de la apostasía general, quedaban aún varios centenares de mujeres piadosas y abnegadas de toda clase social. Por la misericordia del Corazón de Jesús y la protección de la Santísima Virgen, eran en aquella parroquia esquilmada y baldía como un fermento de resurrección y de vida de donde había de salir una generación nueva. Por medio de ellas fueron conservadas y enriquecidas las prácticas religiosas y las obras piadosas que algún día, estoy seguro, han de producir abundantes frutos de salvación. iQue Dios bendiga a aquellas santas mujeres! Por su pertinaz resistencia al espíritu del mal, por su tenaz perseverancia en la práctica de la virtud, ellas fueron las que hicieron posible la renovación de la familia cristiana.

Tal era el campo que la Divina Providencia confiaba al celo del Rdo. Chevalier; campo que había de cultivar con infatigable entrega hasta su última hora.

Cuando él llegó a Issoudun en 1854, era Arcipreste el Canónigo Crozat. Era un sacerdote celosamente apostólico, virtuoso, de gran estima y aprecio para sus fieles y magníficamente considerado por sus superiores y compañeros. Desgraciadamente, desde hacía unos años, su salud minada por la edad le imposibilitaba los trabajos de su laborioso ministerio. Había tenido que confiar la labor pastoral a sus Vicarios ya de por sí bastante sobrecargados. Los dos jóvenes sacerdotes no podían dar abasto para atender a una extensa parroquia de unas 12,000 almas que, además del núcleo urbano y las barriadas, tenía cuatro aldeas superpobladas, más o menos alejadas del centro.

El Rdo. Chevalier encontró con el virtuoso Párroco al Rdo. Maugenest, uno de sus antiguos condiscípulos del Seminario Mayor de Bourges con quien había mantenido una estrecha amistad. Consumidos ambos a dos por el mismo celo de las almas, y animados por el mismo ardiente deseo de perfección sacerdotal, parecíandestinados a compartir la misma tarea y llevar una vida comunitaria.

Cuando el Rdo. Maugenest oía a su colega exponer sus proyectos para el futuro, comentar su esperanza de llegar a fundar un día en Issoudun una Casa de Misioneros para trabajar en la regeneración de aquella población y desde allí evangelizar la Diócesis, se sentía vigorosamente impelido a la vida de apostolado, y manifestaba a su colega el deseo de compartir la labor. De ahí nació su intimidad.

El Rdo. Maugenest había sido siempre un seminarista modelo. Sus extraordinarios talentos y su afición al estudio hacían presagiar un elemento de gran valía. Su padre, médico, había querido que terminara la carrera en el Seminario de S. Sulpicio, en París, con el fin de favorecer el desarrollo de sus evidentes facultades. Los dos amigos habían tenido, pues, que separarse no sin profundo sentimiento, sobre todo por parte de Chevalier, que había puesto en su amigo las mayores esperanzas. En San Sulpicio había estado considerado entre los mejores alumnos. Terminados sus estudios, fue ordenado sacerdote y se reintegró a su familia. Su Eminencia el Cardenal Dupont, Arzobispo de Bourges, a donde pertenecía por nacimiento, le había dado el nombramiento de Vicario de Issoudun. Hacía pocos meses que ocupaba aquel puesto, dos o tres a lo sumo, cuando el Rdo. Chevalier llegó para compartir los trabajos de su laborioso ministerio.

¿Cuáles fueron los sentimientos experimentados por los dos amigos en su primer encuentro? Por no sé qué inexplicable reserva, a pesar del afecto que se profesaban y la mutua confianza, no habían mantenido ninguna correspondencia epistolar. Y, contra toda esperanza, sin el más mínimo proyecto premeditado, sin mediar ninguna influencia humana, se vuelven a encontrar en Issoudun para convivir bajo el mismo techo y dedicarse conjuntamente a las mismas ocupaciones.

"La sensación que, a la par, experimentamos los dos —dice Chevalier— fue de la mayor complacencia y satisfacción". Se comprende, por lo admirable y providencial que les parecía el inesperado encuentro. Aún sin haber podido intercambiarse sus primeras impresiones, los dos corazones vibraban al unísono y sentían el más profundo agradecimiento al Corazón de Jesús. Más vivos que nunca, volvían a reflejarse en sus mentes los pensamientos y proyectos del Seminario. Ambos experimentaban un ardiente deseo de conocer el uno las disposiciones del otro ; pero por una discreta reserva, ni el uno ni el otro se decidían a ser el primero en indagar.

Pasadas algunas semanas de espera, después de mucha oración con esta finalidad, Chevalier se decidió a abordar a su amigo recordándole sus conversaciones y proyectos de antaño e interesándose por sus disposiciones al respecto. El Rdo. Maugenest, "conmovido hasta las lágrimas, se echó en sus brazos", declarando que no había cambiado en absoluto de opinión desde aquellos felices tiempos del Seminario. Y añadió: "Si la Sociedad de Misioneros con que tanto hemos soñado está en los designios de Dios, yo soy el primero en entrar, feliz de consagrarme por entero al servicio de las almas".

Al oír estas palabras, con el corazón henchido de emoción, dio gracias a Dios por haber vuelto a encontrar tan añorado amigo. A partir de aquel momento ya podían confidenciar abiertamente.

La conversación fue larga. iTenían tantas cosas que comunicarse!: el pasado con tantos piadosos y reconfortantes recuerdos; las obras y trabajos del momento; los proyectos para el futuro... Todo, todo salió a colación. Y sin embargo quedaron con la sensación de no haber hecho más que empezar.

Efectivamente, aquel primer desahogo de dos almas unidas íntimamente por el lazo del más puro afecto, no era más que el preludio de los densos programas que conjuntamente habían de estudiar.

Ante todo era de suma importancia conocer de manera fehaciente la voluntad de Dios en relación con la Sociedad Misionera que se proponían crear. ¿De qué sirven, en efecto, para semejante obra los esfuerzos del hombre, aun el mejor dotado de excelentes cualidades, si la mano poderosa de Dios no bendice y da fecundidad a sus trabajos? Claramente lo proclama el Salmista: "Vanos son sus trabajos" (Salmo 125).

Bien convencidos estaban de ello el Rdo. Chevalier y su compañero. Por otra parte, además de la voz de Dios que los empujaba, además de la claridad de ideas que bailaban en su mente, necesitaban una señal indudable, venida de fuera, que los pusiera al abrigo de cualquier falsa ilusión. Estaban persuadidos de que este signo exterior tan necesario lo obtendrían por intercesión de la Santísima Virgen.

Era la segunda quincena de noviembre, casi en vísperas de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, fecha memorable para la Iglesia Católica. Por iniciativa del Sumo Pontífice Pío IX, de feliz memoria, en todo el orbe católico, obispos, sacerdotes y fieles dirigían al cielo fervientes súplicas por las intenciones del Santo Padre. iMaravillosa y oportuna circunstancia! Así que los dos Vicarios decidieron comenzar una Novena el 30 de noviembre; novena que terminaría el 8 de diciembre, exactamente la fecha escogida por Pío IX para la proclamación del Dogma.

Invitado a unirse a la Novena el buen Arcipreste que no ignoraba detalle de los proyectos de sus Vicarios y estaba vivamente interesado por ellos, lo hizo de mil amores.

Pero ¿cuál sería la señal con la que los dos amigos podrían conocer la voluntad de Dios? Los dos son pobres de solemnidad, desprovistos de los bienes de este mundo. ¿Dónde podrán conseguir los recursos más indispensables para tan ambicioso proyecto? Ni idea!

Animados de una fe profunda y una absoluta confianza en la maternal bondad de María, van a pedirle como primer fruto naciente de la gloria de la proclamación del Dogma, la obtención de fondos necesarios para la Fundación. Si sus oraciones son favorablemente escuchadas, reconocerán por esa señal que su proyecto viene de Dios y concuerda con su voluntad.

Por su parte, ellos se obligan a consagrar su obra al Sagrado Corazón de Jesús, a tomar como título el de **MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZON**, y de dedicarse con todas sus fuerzas a propagar su culto entre los fieles. Y además prometen honrar y hacer amar a la Madre Inmaculada "de una forma especial".

Hicieron la Novena fervorosamente, y, el último día, 8 de diciembre de 1854, María dio la respuesta esperada.

Dejamos aquí la palabra al Rdo. Chevalier para que sea él mismo quien explique el medio elegido por la Virgen para manifestar a sus fieles servidores la voluntad de Dios. En sus notas leemos textualmente estas sencillas y breves palabras:

"Apenas terminada la Misa, un caballero de Issoudun[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/02ChevPipIsud.htm#_ftn1) manifestó deseos de ser recibido y nos dijo que una señora forastera tenía intención de dedicar 20.000 francos para establecer en el Berry una obra benéfica, especialmente una obra de misioneros; que si nosotros aceptábamos, esta cantidad estaría a nuestra disposición.Y en efecto, así se realizó".

A partir del 8 de diciembre de 1854 quedaba moralmente fundada la Congregación de MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZON. Desde entonces el aniversario de esta fecha memorable, doblemente entrañable para nosotros, Misioneros, se celebrará con gran solemnidad en todas las casas de la Congregación.

La obra había dado un paso decisivo. El piadoso Fundador podía avanzar con paso firme por el camino que le había sido señalado en el Seminario. La respuesta de María iluminaba el futuro con claridad diáfana. La Fundación era del beneplácito del Corazón de Jesús, y su Madre Santísima se constituía en poderosa Protectora. ¿Se puede pedir más?

En su transporte de gratitud, el buen Vicario se olvida de aclarar hasta qué punto esta gestión espontánea del buen feligrés era una respuesta a su oración y en qué medida el anuncio de tan considerable cantidad puesta a su disposición, podía darle la seguridad de que esa era la voluntad de Dios. Digámoslo nosotros por él. Necesitaba un terreno en el que poder instalar a la pequeña Comunidad y una casa para albergar a sus miembros. Así es como la Santísima Virgen, justo en el momento en que llegaba a su trono la última y más ferviente súplica de la novena, les hizo llegar la promesa de la cantidad necesaria para adquirir ambas cosas. ¿Era o no una muestra patente de lo grata que a su corazón maternal y a su amado Hijo resultaba aquella obra? Ella misma quería, por decirlo así, poner los fundamentos de la nueva familia religiosa especialmente dedicada al Corazón de Jesús.

Unos meses más tarde —por la Trinidad de 1855— los dos Vicarios tomaban posesión de la casa dispuesta gracias a los desvelos de su celestial Protectora; casa en la que, bajo su mirada, iban a comenzar el noviciado de su nuevo género de vida. Hicieron su ingreso con gran alegría y profunda gratitud.

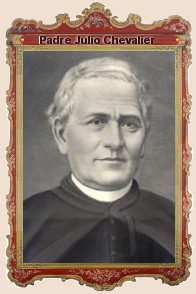
La pobreza de Belén y la desnudez del establo constituían todo el ornato de su aposento. Encanto seductor para aquellas almas de apóstoles cuyo único deseo era reproducir en su vida la de Cristo,

Rey de los pobres, y su única ambición entregarse como él a la salvación de los hermanos.

Su primera preocupación fue adecentar en aquella desmantelada vivienda un lugar algo decoroso para poder celebrar en él el Santo Sacrificio y reunir allí a los fieles. En unos meses estuvo terminada la labor. No dejaba de tener su encanto aquel pequeño oratorio cuya única decoración era la blancura inmaculada de sus paredes. Vino a bendecirla el Rdo. Caillod, Vicario General del Cardenal Dupont, Arzobispo de Bourges. Aquel día celebraba la Iglesia la fiesta del Santo Nombre de María, y —feliz coincidencia— ese mismo día los jóvenes apóstoles fueron llamados, en nombre deleminentísimo Cardenal, MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZON. Un nuevo testimonio de benevolencia de la Madre de Dios a la naciente Congregación.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/02ChevPipIsud.htm#_ftnref1) . Este caballero de Issoudun no era desconocido para el Arcipreste y sus Vicarios. Profesaba gran estima tanto al Párroco como a los Coadjutores cuya entrega y cualidades admiraba, y, dentro de sus posibilidades, procuraba prestarles muy buenos servicios. En la circunstancia que nos ocupa, el Sr. Petit —tal era su nombre—, fue sin saberlo, el mensajero de la Reina del Cielo. Su hijo, entonces joven abogado adscrito al tribunal de Issoudun, heredó de su padre la dedicación y afecto hacia la naciente Congregación. Fue para el P. Chevalier un amigo fiel y un prudente consejero.

**Capítulo II  
LOS PRIMEROS ANOS (1855-1858)   
CONTRARIEDADES Y TRIBULACIONES**



Toda sociedad, cualquiera que sea su naturaleza o su importancia, necesita un reglamento; sin él, cada uno de sus miembros obraría a su arbitrio o según sus puntos de vista personales. Siguiendo cada cual su capricho, no habría ni fecundidad ni estabilidad.

Los dos jóvenes Misioneros, preparados para la vida sacerdotal por discípulos de Don Olier, habían conservado verdadero apego a las tradiciones del Seminario. De común acuerdo pensaron que, de momento, nada mejor que continuar con las prácticas tradicionales de aquella institución, quedando a salvo la modificación de algunos puntos que pudiera aconsejar la experiencia o las luces del cielo. Fue indudablemente una prudente cautela que facilitaba al Fundador la redacción de las Constituciones de la Congregación según su criterio. Era el estado embrionario, si se me permite hablar así el período de formación se prolongó durante 10 años. Por entonces los miembros no estaban comprometidos por ningún voto ni promesa; eran libres de hacerlo con votos privados, si por devoción querían hacerlo. A los nuevos candidatos no se les exigía más que una buena voluntad, la observancia de la regla común y la obediencia al Superior. Sin embargo el P. Chevalier había concebido su Congregación tal como la vemos hoy, con los votos religiosos y las diversas obras indicadas en las Constituciones. A este propósito sus compañeros de los primeros años tampoco han tenido la menor duda. El mismo afirma en sus notas sobre la Congregación que éste fue su pensamiento y el de su compañero. Sin embargo, aunque no podían aún comprometerse con votos religiosos, decidieron consagrarse irrevocablemente a Dios con votos privados. El día de Navidad de 1856, la reducida Comunidad integrada por tres miembros[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftn1) se reunió en la capilla después de los oficios y, postrados ante el Nacimiento, los PP. Chevalier y Maugenest pronunciaron los votos de pobreza, castidad y obediencia, añadiendo el de perseverancia en la vocación. El otro compañero[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftn2) fue el único testigo de aquella conmovedora consagración.

Comenzaba a extenderse la popularidad de los nuevos misioneros. Eran elogiados no sólo sus virtudes y celo apostólico, sino también su elocuencia, siendo solicitados para evangelizar las parroquias circundantes. Particularmente estaba dotado de eminentes cualidades de orador el P. Maugenest. Su esbelta figura, su talante a la vez varonil y modesto, su mirada tranquila y serena, le ganaban el aprecio del auditorio; su voz sonora, su facilidad de palabra, su estilo vibrante, lleno de imágenes que sabía poner al alcance de los más rudos y sencillos, la exposición clara y la solidez de su enseñanza le aseguraban verdaderos triunfos oratorios. Si a estas cualidades naturales se añade una humildad sacrificada, un celo ardiente por la salvación de las almas, y una fe operativa, apuntalada por la gracia solicitada en la insistente oración, fácilmente se podrá comprender que el P. Fundador hubiera puesto en él todas sus esperanzas para el futuro de la obra. Por si fuera poco, el P. Maugenest adoraba su vocación y se esforzaba denodadamente en adquirir sus carismas.

Las disertaciones del P. Chevalier poseían otras cualidades. Si bien le faltaba el esplendor literario que era de admirar en su colega, si su dicción adolecía de algunos matices, si descuidaba a veces las reglas retóricas, estas sombras quedaban ventajosamente compensadas por arranques de verdadera persuasión cristiana. Cuando esto sucedía, en aquellos arranques ardientes embelesaba poderosamente al auditorio y traspasaba a las almas de sus oyentes las emociones de la suya. Entonces su voz normalmente clara, limpia, dulce, sonora, adquiría unos matices tan maravillosos que hasta los más fríos no podían menos de dejarse cautivar; por el ardor de su entusiasmo describía con los colores más vivos los terribles efectos de la justicia divina, los horrorosos estragos y la negra ingratitud del pecado, la belleza de la virtud, y, sobre todo, la infinita misericordia del Corazón de Jesús y las grandezas de la Virgen María. ¡Cuántas veces yo mismo he asistido a aquellos arrebatadores momentos! Cincuenta años han pasado ya, y aún permanece vivo en mí el recuerdo; mejor diría la impresión.

El P. Chevalier sentía un profundo respecto por la Palabra de Dios. Quería que se la tratara dignamente y se la preparara con esmero: él mismo daba ejemplo. Para no verse sorprendido de improviso, desde los primeros días se propuso tener preparadas pláticas sobre los temas que un Misionero puede tener que tocar. Consagróa este trabajo todo el tiempo que, durante largos años, podía quedar libre de otras ocupaciones, y sólo Dios sabe la cantidad de actividades absorbentes que tenía a su cargo. Sus sermones manuscritos están contenidos en más de cinco gruesos volúmenes con más de un millar de temas distintos. Evidentemente no se trata siempre de composiciones perfectas, magistrales, dignas de pasar a la posteridad. Frecuentemente no son más que esquemas más o menos desarrollados, según las circunstancias. No obstante, el conjunto de esos y otros escritos deja bien patente la capacidad de trabajo y esfuerzo de nuestro venerado Padre Fundador. No, el P. Chevalier no dejó enterrados los talentos que la bondad de Dios le había confiado, sino que, con un constante trabajo prolongado hasta los últimos días de su larga vida, los hizo producir frutos abundantes y fecundos. Con razón podemos decir que fue un siervo bueno y fiel.

Los dos primeros años transcurrieron rápidamente entre el trabajo y la oración, embalsamados por un ambiente de gran piedad y caridad fraterna. Con el profeta nos gustaba cantar las delicias de habitar los hermanos unidos: (Salmo 132). Puestos en manos de la Divina Providencia, ni las privaciones de la pobreza, ni las dificultades del momento era capaces de alterar la paz de que gozábamos.

Sin embargo no tardó en presentarse la prueba; quizás una de las más dolorosas que hubo de soportar el querido P. Chevalier. Llegó de improviso, y del lado que menos se podía esperar.

El P. Maugenest estaba predicando con gran éxito, durante el Adviento de 1857, en la Parroquia de S. Pedro de Bourges. Era un gran consuelo para el P. Superior el comprobar cómo de esta manera se iban cumpliendo sus esperanzas. La alegría duró poco. Una vez terminada la misión, el P. Maugenest escribía que, por mandato del Cardenal-Arzobispo, salía para París, en donde debía hacer un Retiro en el Seminario de San Sulpicio. Que su ausencia duraría unas semanas. Pedía perdón por no poder dar más explicaciones, ya que había prometido a Su Eminencia guardar un absoluto secreto sobre el motivo de su estancia prolongada en la capital.

Al leer aquella carta llena de reticencias hábilmente calculadas, el querido Padre prorrumpió en sollozos; un rayo caído a sus pies, no habría producido más profunda impresión.

—          Pero, ¿qué ha pasado?, le preguntó asustado el otro compañero.

El Padre le alargó la carta diciéndole solamente: Léala. Después, esforzándose por contener la emoción, añadió: Tendremos que separarnos.

—          ¿Separarnos?... ¿Por qué?

—          Su Eminencia acaba de nombrar al P. Maugenest arcipreste de la catedral. Me parece que, no queriendo que continuemos nuestra obra, Ella habrá de proporcionarnos a nosotros algún puesto en la diócesis.

La idea del Padre sólo era verdadera en parte. El Cardenal había otorgado el arciprestazgo de la catedral al P. Maugenest, y, como el querido Padre, profundamente afligido, resistía a sus órdenes, el Cardenal le había dicho autoritariamente: "Yo soy vuestro arzobispo, y por tanto vuestro Superior; reclamo la obediencia debida; vaya a París y haga un retiro del cual espero que salga sumiso a mi voluntad".

El P. Chevalier salió al día siguiente hacia Bourges con la esperanza de lograr que su Eminencia reconsiderara su decisión. Vana esperanza. Después de haber escuchado con amable actitud las consideraciones del Padre, el Cardenal le dio por contestación este dilema: "Si vuestra obra viene de Dios, la pérdida de uno de losmiembros no le impedirá salir adelante; si es obra de los hombres, la presencia de esta persona no impedirá su ruina". Al escribir la narración de esta entrevista, el P. Chevalier terminaba con estas palabras: "Sólo Dios sabe el desgarro que esto ha provocado en mi corazón y las lágrimas que esta separación me ha hecho derramar".La prueba no podía ser más desconcertante ni más dolorosa.

El Padre regresó el mismo día profundamente afligido y con una herida por el golpe asestado a su obra. No obstante no perdió el ánimo, pues estaba persuadido que Dios quería la obra y sabría sacarla adelante a pesar de todos los obstáculos. Inundado de confianza, renovó a los pies del Tabernáculo el propósito de empeñar todos los medios hasta lograr el éxito. Pero i qué transformación! El árbol, tan tierno, había producido tres ramas: dos de ellas eran vigorosas, bien desarrolladas, prometedoras de abundantes frutos; la tercera, endeble, sin vigor, ofrecía pocas esperanzas[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftn3) . Y para colmo un huracán se lleva la rama que daba más seguridad!

¿Qué sucederá? El árbol quedará lánguido durante algunos años, pero seguirá sujeto a la tierra en que lo ha plantado el Divino Jardinero, y no morirá. Una vez más Jesús va a demostrar que todos los instrumentos de que se digna servirse, por la acción de su gracia, contribuyen al triunfo de sus obras.

A pesar de haber aceptado con verdadera sumisión la prueba que el Sagrado Corazón le había procurado, el P. Chevalier no dejaba por eso de sentir una gran aflicción que le producía un pavoroso vacío en el corazón. Ya es sabido que las heridas del corazón, desgarradoramente dolorosas, difícilmente se curan. Para encontrar un poco de consuelo en su desazón, decidió hacer una peregrinación a la tumba de Santa Margarita María. Llevó a cabo su piadoso proyecto en las primeras semanas de 1858. Permaneció dos días "en aquellos benditos lugares —dice él mismo en sus escritos—,santificados por las apariciones de Nuestro Señor, y perfumados por la devoción a su Sagrado Corazón".

Regresó fortalecido y decididamente resuelto a soportar sin desfallecer las nuevas cruces que el Señor tuviera a bien imponerle. Cruces que ciertamente no tardaron en llegar.

Por Trinidad[[4]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftn4) de este mismo año, uno de los Vicarios de Issoudun, antiguo condiscípulo del seminario que no carecía de talentos, y sobre todo de desenvoltura, solicitó ser admitido y le

fue concedido. El mismo P. Superior se vio obligado a rogar a aquel joven sacerdote que se retirara, a pesar de sus brillantes cualidades, pero incapaz de soportar el yugo de la regla, yugo ciertamente bien liviano para almas generosas. Entonces el postulante[[5]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm" \l "_ftn5" \o "), herido en su amor propio, se dirigió al Cardenal-Arzobispo, y, buscando excusas a su salida, no tuvo inconveniente en difamar a sus compañeros. Añadió que no podía vivir en una casa en la que su vida corría permanente peligro; que la capilla amenazaba ruina; que en ella no se podían celebrar los oficios sin temer una desgracia. En definitiva, supo explicarse tan bien y con tal convincente tono, que el Eminente Cardenal le creyó palabra por palabra, y, sin más información, prohibió las reuniones y oficios en la capilla, dando orden de que fuera clausurada antes de las 24 horas. (Noviembre de 1858).

Este suceso produjo gran consternación en la pequeña Comunidad y entre los mismos fieles. El Padre, profundamente afligido, e ignorando de dónde venía el golpe tan imprevisto, se fue sin demora a ver al Cardenal. Era un lunes. Este le dio todas las explicaciones y puso sobre el tapete todas las monsergas del postulante. Para tranquilizar a la población alarmada, exigió que se hicieran las reparaciones necesarias y se le enviara un documento del arquitecto certificando que estaba conjurado el peligro de hundimiento. Cuatro días más tarde el Cardenal recibía el documento exigido y, a partir del día siguiente, sábado, el Padre tenía en su poder la autorización para volver a abrir la capilla al culto. La prohibición no había durado ni seis días. Tres días de trabajo bastaron para consolidar la humilde capilla que, al decir de los detractores, amenazaba ruina. Los gastos no fueron muy considerables, aunque hicieron resentirse la caja de la pequeña Comunidad, cuyos fondos a duras penas podían cubrir los gastos ordinarios.

Hemos creído conveniente precisar este hecho, porque, a pesar de ser en sí mismo tan banal e ingenuo, la leyenda lo ha exagerado desmesuradamente.

Las consecuencias no pudieron ser más afortunadas. A este momento se remonta la decisión de empezar cuanto antes la construcción de una iglesia lo más digna posible; una iglesia que, por la solidez de sus muros, disipara de una vez todos los vanos temores.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftnref1) Los PP. Chevalier, Maugenest y Piperon

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftnref2) El mismo P. Piperon

1.        [[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftnref3) El autor habla de sí mismo. "El porvenir ha demostrado lo contrario de lo que su modestia le hace decir". (Nota del editor en la edición de 1924).

2.        [[4]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm#_ftnref4) En enero de 1858, según las Analecta de 1929 p. 235. (Nota del traductor).

[[5]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/03ChevPipprobl.htm" \l "_ftnref5" \o ") El Rdo. Mallet. (Nota del traductor).

**Capítulo IV**

**LAS OBRAS  
MISAS SOLO PARA HOMBRES  
PROYECTO DE LA IGLESIA   
DEL SAGRADO CORAZÓN   
NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN**

Después de los trabajos de instalación de la pequeña Comunidad, la mayor preocupación del P. Chevalier fue la evangelización de los hombres.

Como hemos dicho anteriormente, el móvil que llevaba el alma de nuestro animoso apóstol hacia Issoudun, era el desolador estado de aquella extensa Parroquia.

Contaba entonces con algo más de 12,000 almas.

Un dato, mejor que prolijos discursos, nos dará a entender la decadencia religiosa de la Capital del Bajo Berry, famosa en otros tiempos por su religiosidad y su celo por el servicio de Dios. Había sufrido en su ámbito resonantes escándalos ocasionados por frecuentes y espantosas apostasías durante el vendaval revolucionario de 1793.

Por otra parte, a la hora de volver a restablecer el culto, la autoridad diocesana no había podido disponer más que de un sacerdote para toda la población y algunos otros municipios rurales. ¿Qué posibilidad tenía entonces un solo sacerdote, a pesar de todos sus desvelos, para atraer a las prácticas religiosas a aquella población descarriada a causa de tantos escándalos? ¿Qué podía hacer para instruir y formar en las normas de moralidad a unos feligreses dispersos, que al cabo de tantos años habían olvidado el camino de la Iglesia?

Sin embargo quedaba aún un hombre —solamente un hombre, permítaseme recalcarlo— solamente un hombre que cumplía exactamente con sus deberes religiosos. Asistía a la Misa los domingos

y días festivos, y cumplía con Pascua. El mismo nos lo ha comentado alguna vez y nos lo ha confirmado el canónigo Crozat.

Este dato es más que suficiente para juzgar el estado de la Parroquia en 1854, a pesar de los progresos obtenidos después de la restauración del culto, merced a los esfuerzos realizados por el Pastor y sus Vicarios.

No obstante, como lo hemos hecho constar anteriormente, en medio de la indiferencia general de los hombres, un buen número de madres de familia y almas piadosas de toda clase social, mantenía mal que bien la vida cristiana parroquial. Eran ellas tan fervorosas como ellos negligentes; particularmente nos edificaba su devoción a la Santísima Virgen.

El talante maravillosamente apostólico del P. Chevalier le hizo cavilar una solución a esta desoladora situación. Le seducía el sueño de evangelizar a los hombres: tenía que lograr reagruparlos para evangelizarlos y conducirlos por el camino de la Iglesia; impartirles la instrucción adecuada; interesarlos con el atractivo de una ceremonia exclusiva para ellos; en una palabra, establecer una misa para ellos solos.

A finales de 1856 se tomó la decisión. Sin más contemplaciones los misioneros emprendieron la campaña para contactar y ayudar a decidirse a los hombres de buena voluntad. Después de varias semanas de laboriosas visitas, idas y venidas en las que la mayor parte de las veces no se recibían más que excusas más o menos delicadas, al fin pudimos contar con una treintena de promesas en firme.

Se nos podría objetar que no deja de ser un fracaso contar escasamente con treinta hombres para una obra de esta naturaleza en una Parroquia de semejante importancia. Nuestro P. Superior nos felicitó por nuestros laboriosos esfuerzos y, sin más, añadió: "comenzaremos el domingo".

Efectivamente, al domingo siguiente, fieles a la palabra dada para asistir a la reunión, los componentes del reducido grupo, se alineaban frente al comulgatorio. Se celebró la Misa para aquellos osados hombres de pueblo, obreros y campesinos que siguieron las ceremonias con todo el recogimiento que se podía desear. Hubo al terminar unas palabras de agradecimiento y aliento, con una breve oración en común, recitada en voz alta por el Celebrante. Eso fue todo. Pero a aquellos valientes les acechaba la prueba a la salida:

en el umbral de todas las puertas vecinas a la capilla estaban apostados los curiosos, hombres y mujeres —sobre todo mujeres—, que con una sonrisita burlona en los labios, los fisgaban al pasar y se transmitían unas a otras algunas frases displicentes y socarronas para aquellos neófitos. Dura prueba, sin duda, para hombres débiles aún en sus convicciones religiosas.

¡Cuántos hombre recios y animosos en otra clase de asuntos, se dejan vencer por el respeto humano, el cruel tirano en nuestra sociedad blandengue y masificada! Aquel día el respeto humano quedó derrotado. Aquellos valientes, conscientes del deber cumplido, regresaron satisfechos a sus hogares, prometiéndonos perseverar.

Había comenzado la obra de los hombres. Y si la Parroquia de Issoudun, a pesar de las penosas circunstancias actuales y los innumerables obstáculos surgidos, cuenta con un considerable número de practicantes, lo debe al impulso inteligente y perseverante delP. Chevalier y de sus abnegados colaboradores.

La segunda empresa del decidido evangelizador fue la construcción de la Iglesia del Sagrado Corazón. Hemos explicado más arriba los graves motivos que le movieron a comenzar esta gran obra, la más larga, la más laboriosa y difícil de todas. Lo saben bien los sacerdotes constructores de iglesias, y no me dejarán mentir.

Cuando el Padre tomó esta decisión, la Comunidad estaba reducida a dos miembros. Su pobreza, mejor diría su miseria, era extrema. Es verdad que la Vizcondesa Du Quesne había garantizado a los Misioneros una pensión anual de mil francos; gesto por el que le debemos el más sincero agradecimiento; pero ¿qué suponía semejante cantidad frente a las necesidades cotidianas?

Por otra parte podíamos, es más, teníamos que llegar a ser más numerosos. Era necesario, pues de otro modo la Fundación estaba en peligro de perecer antes de su consolidación. Pero el incremento de los miembros supondría la disminución de los recursos... ¡Terrible e incuestionable disyuntiva! Aparte de aquella subvención, a pesar de lo que algunos mal informados hayan podido decir, no teníamos nada, absolutamente nada! Mejor dicho: nos quedaba el más rico, el más seguro de todos los tesoros: la palabra de Aquel que dejó dicho "Buscad primero el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura". El Padre creía con una fe inquebrantable en estas hermosas palabras; ahí estaba su fuerza y la garantía de su

éxito, porque la Providencia es la piedra angular sobre la que se fundamentan las obras de Dios.

No obstante, aunque lo que sostenía al P. Superior era su confianza ciega, no quería ser temerario. ¿Qué es lo que iba a hacer? Primero encomendaría su proyecto a la Virgen Inmaculada, la Poderosa Protectora de la Congregación; después la maduraría en la reflexión y estudiaría los medios para realizarla sin urgir los trabajos más allá de los medios que la Providencia le hiciera llegar. ¡Sabia cautela!

Pronto creyó llegada la hora de dar a conocer sus proyectos a los feligreses de Issoudun, solicitando su contribución a la obra según las posibilidades de cada uno.

La noticia fue bien acogida.

Al día siguiente, una pobre obrera, una piadosa joven que con su paciente trabajo ganaba penosamente su vida, llegó a visitar al Padre y le dijo:

—        "Le traigo mi aportación para la Iglesia del Sagrado Corazón; es todo lo que tengo. Bien poco es!...

Y entregó al Padre un paquetito cuidadosamente envuelto. El lo abrió y... cinco piezas de oro de veinte francos brillaron ante sus ojos.

—                 "Pero... ¿de dónde viene todo este oro?

—                 "Padre, son todos mis ahorros desde que vivo en Issoudun. Ayer prometí al Sagrado Corazón entregároslos. Tómelos, se los doy de todo corazón".

El, profundamente emocionado ante un gesto tan sorprendente, cogió una de las piezas y cerrando de nuevo el paquete: —"Toma, hija, —le dijo—, conserva el resto para tus necesidades.

—                 "No, Padre, no; he prometido darlo todo al Corazón de Jesús y no puedo reservarme nada".

—                 "Pero... y si te quedas sin trabajo, si caes enferma más adelante?

—                 "Padre —repuso ella rápidamente—, este dinero no me pertenece; es de Dios. Se lo he dado y no quiero reservarme ni la menor parte. En cuanto al futuro... sólo Dios lo conoce; me confío a su

Providencia".

La Divina Providencia no le falló. Al poco tiempo fue admitida como dama de compañía de una persona respetabilísima que, al morir, le aseguró un legado modesto pero más que suficiente para ponerla en lo sucesivo al abrigo de todas las necesidades.

Esta piadosa joven continuó dedicándose a las obras de la Congregación y llegó a ser una de las mejores Celadoras de la Devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Ya viejecita, quiso volver a visitar "su querida iglesia del Sagrado Corazón", como decía familiarmente. Llegó a Issoudun, de donde se había ausentado hacía muchos años, para pedir a los pies de la "buena Madre Nuestra Señora del Sagrado Corazón" la gracia de una santa muerte. Como yo le recordaba los humildes comienzos de la Congregación y su generosa ofrenda para la construcción de la iglesia.

— "Padre, exclamó con profunda emoción—, i qué admirable es Dios en sus obras! Pídale que una pobre pecadora e ignorante como yo, pueda contemplarle en su Reino"...

Este fue el primer donativo, o por mejor decir, la primera piedra que el P. Chevalier recibió para la construcción de la iglesia, y su "único tesoro" cuando echó los cimientos. He dicho bien: "su único tesoro", pues no poseía otro.

Admirando la fe y la caridad de aquella bendita mujer, solía exclamar como hablando consigo mismo: "Los demás darán de lo que les sobra, pero ésta ha dado de lo que ella misma necesita" (Mc. 12,44).

Desde entonces ya no lo dudó; aquel gesto que se podría llamar heroico, le pareció la mayor garantía de la bendición de Dios sobre su empresa.

— "Y yo también —repetía como la pobre obrera— yo también me confío a la Providencia del Señor!".

En el mes de abril de 1859 dieron comienzo los trabajos de la primera fase del proyecto general. El 15 de junio de 1860 los Misioneros tomaron posesión de aquella parte del edificio, que comprendía el Santuario y las tres primeras bóvedas de la nave.

Maravillosamente los recursos habían ido llegando en cantidad suficiente a medida de las necesidades, de tal manera que en las semanas que siguieron a la bendición de aquella primera parte, tuvimos la satisfacción de poner en manos de los trabajadores las últimas cantidades que se les adeudaban. Esto fue para el Padre una inyección de optimismo para proseguir la obra. La Divina Providencia se había mostrado favorable. No obstante las obras no pudieron continuarse hasta tres años más tarde, para finalizar en 1864.

Pero, ¿de dónde venían los recursos? De todas partes; del otro lado de las fronteras, de más allá de las montañas... para desembocar en Issoudun. ¿Qué poder misterioso las encaminaba hacia esta población ignorada del resto del mundo hasta hace medio siglo? Este poder, para decirlo de una vez por todas, no podía ser atribuido a la influencia del P. Chevalier, que era por entonces un perfecto desconocido cuyo nombre a duras penas trascendía los límites de la Parroquia. Es obligado remontar más arriba para encontrarlo. Este poder no es otro que el de la Santísima Virgen, la Protectora de la minúscula Congregación, que quería hacer de la nueva iglesia un centro de devoción al Corazón de Jesús, y enseñarnos al mismotiempo que "Ella es la Tesorera del Divino Corazón". El P. Chevalier no fue en sus manos maternales más que el instrumento escogido para ejecutar los designios de su misericordia. Estaba bien convencido de ello el P. Chevalier. Si le hubiéramos atribuido alguna influencia que no tenía, habríamos recibido sin duda una severa amonestación.

En este sentido su sensibilidad y su delicadeza eran exageradas. Yo mismo he tenido ocasión de ser testigo de ello para mi propia edificación. Séame permitido citar aquí un caso, uno de tantos.

En cierta ocasión había invitado a un religioso de gran talento y prestigio a predicar un solemne Novenario. El último día, el predicador creyó conveniente dirigirle un cumplido, muy bien expresado por cierto, en el que le felicitaba por las grandes obras realizadas gracias a su entusiasmo. Era precisamente en los días de mayoractividad. Los oyentes de buena gana habrían prorrumpido en un aplauso si no hubiera sido por el respeto debido al lugar sagrado. El P. Chevalier, herido en la fibra más sensible y delicada de su humildad, a duras penas pudo contener su desaprobación, y poco le faltó para no cortar al predicador con un reproche. Sus primeras palabras al salir de la iglesia fueron una rotunda desaprobación:

— "Este Padre ha olvidado el respeto debido a la casa de Dios; nunca más volveré a invitarle a predicar aquí. Quien lo ha hecho todo ha sido el Sagrado Corazón por la intercesión de su Santísima Madre; a El sólo el honor y la gloria".

Sin embargo, el venerado Padre, preocupado siempre por asegurar la realización de su piadoso proyecto, seguía cavilando el modo de allegar los recursos necesarios para tal fin, y le vino a la memoria haber leído en la Vida de Santa Margarita María el deseo

de Nuestro Señor de ver extendidas por doquier las imágenes de su Divino Corazón y la promesa de bendecir los hogares en que fuera honrada su imagen. Esto fue una luz para él. Así que un día me dijo:

— "Padre, vamos a confiar una vez más; este me parece el medio de solucionar esta preocupación. Vamos a hacer imprimir una hermosa lámina del Corazón de Jesús para regalarla a cuantos bienhechores entreguen una limosna para la construcción de la iglesia. Con la difusión de estas estampas propagaremos el conocimiento y el amor del Corazón de Jesús, que es el mismo fin de nuestra Congregación, y estoy seguro que veremos multiplicarse los donativos. Tenemos que rezar mucho para que María bendiga nuestro proyecto y nos ayude a realizarlo".

No fue en vano la confianza del querido Padre: la Virgen María había inspirado a su fiel servidor.

En cuanto la estampa empezó a ser divulgada comenzaron a llegar pedidos por centenares y miles de todas partes. Se habría podido pensar que los mismos ángeles, puestos al servicio de María, se habían dedicado a propagarla. Este fue el secreto del P. Chevalier y el medio providencial de que se sirvió María para el éxito de la empresa.

La joven Comunidad iba desarrollándose penosamente. Vivía reglamentada por unas normas provisionales redactadas por el P. Fundador. De vez en cuando se presentaban algunos candidatos nuevos, pero, después de un tiempo de prueba más o menos largo, terminaban por retirarse.

Unos carecían de las mínimas cualidades necesarias; otros dudaban del futuro de la Congregación o se desanimaban ante las incesantes dificultades de los primeros años. Hay que reconocer que, si bien el reglamento no exigía nada difícil ni excesivamente riguroso, ciertamente abundaban los sacrificios. Los candidatos debían ser elementos denodados y sinceramente deseosos de caminar pisando las huellas del Cristo del Calvario.

A pesar de todo, el joven Fundador, aquel hombre absolutamente esperanzado, continuaba sin desfallecer la realización de sus ambiciosos planes. Los numerosos y grandes proyectos de aquellos primeros tiempos, lo mismo que los realizados más tarde, demuestran no sólo la intensa vitalidad que supo infundir a la pequeñaComunidad, sino también el dinamismo en que él mismo se consumía, y su incansable y exuberante actividad.

En 1880 hizo levantar un piso más a la casa de que antes hemos hablado. Era una casita de planta baja con sólo cuatro dependencias tan angostas, tan pobres, tan incómodas que, sinceramente, vivir en ellas tenía su mérito. La nueva construcción, magníficamente bien distribuida, constaba de doce habitaciones modestas, eso sí, pero limpias y dignas. Ahora ya era posible acoger nuevos candidatos e instalarlos convenientemente. Eso constituía un paso adelante. Pequeño progreso, pero suponía para ellos una mejora y para nosotros una satisfacción. Los pobres se contentan con poco.

Pero ni la agenda recargada a causa de los trabajos, ni los apuros y preocupaciones lograban hacer olvidar al buen Padre Chevalier el solemne compromiso de 1854 con María Inmaculada: el solemne compromiso de honrarla con un culto especial en la Pequeña Congregación.

¿Cuál había de ser este culto especial que le bullía en la mente al Padre Chevalier?

Dejemos que sea él mismo quien nos lo explique. Lo leemos en sus apuntes personales:

"Desde los comienzos de nuestras obras, en 1855, venía pensando en dar a María una advocación que testimonie nuestra gratitud y al mismo tiempo exprese su poder sobre el Corazón de su Hijo, ese poder que tantas veces nos ha manifestado. Me cautivó eltítulo de NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON por ser el que mejor expresaba mi pensamiento. Cuanto más profundizaba este nuevo título, más apropiado me parecía y más conforme a la sana teología".

Encontraba, pues, la bendita advocación con la que en lo sucesivo, no sólo nuestro venerado Padre, sino también nosotros, sus hijos, íbamos a rendir a la Santísima Virgen el "culto especial" que había prometido. Cuatro largos años de fervorosa oración, de profundas meditaciones y largo estudio para engarzar este nuevo florón en la corona de la gloria de la Madre del Cielo. Sí, cuatro largos años habían pasado —de 1855 a 1859— hasta que el P. Chevalier dio a conocer la nueva advocación a alguno de sus compañeros[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftn1" \o ") . Considerémoslo por un momento para apreciar su valor. Será provechoso y nos servirá de gozo.

¿Qué se proponía el P. Chevalier con esta nueva advocación a la Santísima Virgen?

1.     Agradecer y dar gloria a Dios por haber escogido a María entre todas las criaturas para formar en su seno y de su pura carne el adorable Corazón de Jesús.

2.     Honrar de manera especial los sentimientos de amor, obediencia y respeto filial que Jesús albergó en su Corazón hacia su Madre.

3.     Reconocer con un título especial que abarca todos los demás, el "poder" que El mismo le ha dado sobre su Corazón.

4.     Encarecer a esta misma Virgen que sea Ella misma la que nos conduzca al Corazón de su Hijo; que nos abra los tesoros de gracia que contiene y nos sacie del agua que brota de esa sagrada fuente.

5.     Reparar con y por Nuestra Señora del Sagrado Corazón las ofensas que recibe el Corazón de Jesús y consolarle en sus penas y amarguras por medio de una vida más edificante.

6.     Confiar a Nuestra Señora del Sagrado Corazón el éxito de todas las causas difíciles y desesperadas tanto en el orden espiritual como en el material.

Conceptos estos tan grandes que han hecho decir al Cardenal Pie, Obispo de Poitiers, que "esta invocación 'Nuestra Señora del Sagrado Corazón — rogad por nosotros', será una de las más bellas espigas de honor ofrecidas por nuestra veneración a la Madre de Dios"[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftn2" \o ")

iGloria y alabanza le sean dadas por siempre a la Madre de Dios! Ella fue quien iluminó a su fiel servidor y le inspiró este título! En 1860 se colocó por encima del altar que le fue dedicado una hermosísima vidriera representando a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Más tarde el P. Chevalier hizo imprimir una reproducción de esta vidriera; reproducción que apenas empezó a ser conocida, empezó a ser solicitada de todas partes. Diariamente se recibían numerosas cartas en las que se nos decía: "Padre, ruego me envíe a la mayor brevedad cien, quinientas, mil estampas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón; aquí todo el mundo las solicita".

Algunas cartas contenían relatos emocionantes de favores desesperados obtenidos por intercesión de Ntra. Sra. del S.C. Otros pedían ser inscritos en la Cofradía que suponían existir establecida con este título...

El Padre aún no había escrito nada, nada había publicado, y ya Ella era conocida y amada hasta en las comarcas más apartadas. La pequeña estampa, con un lenguaje más elocuente que el de los hombres hablaba a las almas del maravilloso poder, de la infinita bondad, de la ternura de quien ha sido llamada Conquistadora de corazones —"raptrix cordium"—. Todo parecía que los ángeles se encargaban de anunciar al universo la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

El P. Fundador y sus compañeros, admirados ante semejante maravilla, se decían con el corazón esponjado de gozo: "Ciertamente estamos palpando la complacencia de nuestra Madre al ver honrado su poder inefable sobre el Corazón de Jesús.

Urgía preparar por escrito un pequeño estudio sobre la doctrina que, según la mentalidad del P. Chevalier, contenía la invocación "Nuestra Señora del S.C. —rogad por nosotros". Entonces uno de nosotros[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftn3" \o ") redactó en unas cuartillas lo que el Padre nos había expuesto; y, con su aprobación, se hicieron copias. El mismo que las había redactado tuvo que ir a Puy-en-Valey y aprovechó la ocasión para hacer una visita al P. Ramière, Director del "Apostolado de la Oración" y del "Mensajero del C. de J.". Al percatarse del interés con que el P. Ramière prestaba atención a su exposición, le ofreció una estampa que él aceptó encantado.

— "Tienen algo escrito o publicado sobre Nuestra Señora del S.C.? —le preguntó el Director.

— De momento no hemos impreso nada, pero tengo aquí copias de algunas cuartillas escritas sobre este tema —le contestó el visitante sacando de su portafolios el modesto manuscrito.

El P. Ramière les dio un vistazo con gran atención y le dijo:

— Déjeme estas cuartillas para El Mensajero; estoy seguro que llamarán la atención.

— Imposible, Padre; lo siento porque no me pertenecen. Lo que puedo hacer es comunicar su deseo a mi Superior y estoy seguro que él se pondrá en comunicación con Vd.

Así se hizo.

Entonces se dio cuenta el P. Chevalier que no debía confiar a otros la tarea de tal publicación, y se puso de inmediato a componer un opúsculo que llevaba por título "Nuestra Señora del Sagrado Corazón", por el P. Julio Chevalier, misionero apostólico del Sagrado Corazón". Fue su primera obra. Apareció en noviembre de 1862 con la aprobación y recomendación del Príncipe de La Tour d'Auvergne, entonces Arzobispo de Bourges.

Más de cuarenta Arzobispos y Obispos de Francia y de los países vecinos a quienes se había hecho llegar aquel opúsculo, aprobaron la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón[[4]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftn4" \o ") .

El Mensajero del Corazón de Jesús publicó el opúsculo en su número de Mayo de 1863 al tiempo que enviaba a sus suscriptores la estampa de nuestra Madre.

Fue un consuelo para el Padre Fundador que veía  realizarse su deseo ferviente de hacer honrar a la Santísima Virgen con un título especial.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftnref1" \o ") "Poder de Nuestra Señora del Sagrado Corazón probado por los hechos", por el P. Julio Chevalier

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftnref2" \o ") 1. **Discurso pronunciado en la Basílica con ocasión de la Coronación de la Imagen de Ntra. Sra. del S.C., el 8 de septiembre de 1869.**

[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftnref3" \o ") **. El mismo Padre Piperon**

[[4]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/04ChevPipNSSC.htm" \l "_ftnref4" \o ") . La lista de estas aprobaciones consta en el volumen del P. Chevalier "NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON, libro IV, cap. 1ero. Esta obrita debida al tesón del Padre durante largos años, ha dado como resultado el grueso volumen citado, sin cambiar el título.

**Capítulo V**

**PEREGRINACIONES**

**VISITA AL SANTO CURA DE ARS**

**LOS SACERDOTES SECULARES DEL S.C.**

**LOS SACERDOTES DE LA OBRA**

**DEL APOSTOLADO RURAL**

**LA ASOCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN**

**LA PEQUEÑA OBRA**



En el mes de julio de 1858[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm#_ftn1) el piadoso Fundador hizo una peregrinación a Louvesc con el fin de encomendar todos sus proyectos a S. Francisco de Regis, el gran misionero del Velay, el Viverais y Cévennes; más tarde peregrinó también a La Salette.

—   "Había tanto que pedir y tanto que agradecer!" contaba él en sus apuntes.

Al regreso quiso visitar al santo Cura de Ars para consultarle sobre la fundación y pedirle la ayuda de sus oraciones. Aunque no pudo permanecer en Ars más que unas horas, tuvo el placer de poder conversar con él detenidamente. El santo Cura le escuchó con especial interés, y, al terminar, le dio su bendición y le dijo:

—   "El cielo bendecirá su Obra, pero después de muchas pruebas. Tenga valor y confianza. ¿Cuándo estará de regreso en Issoudun?".

—   El 26 de julio.

—   Perfecto! El mismo 26 de julio comenzaremos una novena; únanse a mí Vd. y su compañero, y el Sagrado Corazón los protegerá".

Unos días más tarde los periódicos anunciaban la muerte del piadoso Cura Juan Bautista Vianney, noticia que nos hizo exclamar: "El Santo Cura de Ars ha ido al cielo a continuar la novena por nuestra Obra; él será nuestro intercesor".

Hacia finales de agosto del año siguiente —1860— el Padre salió para Roma. Deseaba ardientemente la Bendición del Sumo Pontífice para su Congregación.

En audiencia particular —"la Iglesia celebraba aquel día la fiesta del Santo Nombre de María", hace constar el P. Fundador expuso detalladamente a Pío IX el fin de su obra y el objetivo de la Congregación tal como él lo había concebido.

El Soberano Pontífice le escuchó con suma atención y le contestó:

— "Hago votos por la prosperidad de vuestra empresa; la bendigo de todo corazón. Me gustaría que todos los Sacerdotes formaran parte de ella. "Creced y multiplicaos". Tanto la Iglesia como la Sociedad no tienen otra esperanza que el Corazón de Jesús; El es el único remedio a nuestros males. Extended por todas partes la devoción a este Divino Corazón, pues ella será la salvación del mundo. Daos prisa en asociaros, y para mí será una alegría concederos la licencia canónica que os falta".

En efecto, en 1869 Pío IX concedía el primer Decreto llamado de Alabanza. Después, en 1874, en la fiesta del Sagrado Corazón, aprobó la Congregación; y por fin, en 1877 confirmó por 10 años la aprobación de las Constituciones. Fue S.S. León XIII quien dio la aprobación definitiva el 24 de julio de 1891.

La peregrinación a la Ciudad Eterna fue para el venerado Fundador y su Congregación naciente una fuente de abundantes bendiciones. Además de las especiales luces necesarias para la conformación de su Obra, encontró generosos protectores y prudentes consejeros que le prestaron magníficos servicios. La Divina Providencia le había procurado esta ayuda en previsión de los muchos obstáculos que había de encontrar a lo largo del camino.

Regresó a Issoudun con el alma henchida de consuelo: Pío IX había bendecido su Obra; en lo sucesivo podría caminar con absoluta confianza y no habría obstáculo capaz de doblegar su enérgica voluntad. De esta manera reemprendió sus trabajos con renovado entusiasmo, dedicando todos sus esfuerzos a la terminación de la iglesia del Sagrado Corazón, que por fin se acabó de construir en 1863, para ser consagrada el 2 de julio del año siguiente.

Durante toda su vida el P. Chevalier profesó un gran respeto y un entrañable afecto a sus compañeros en el sacerdocio. Todos cuantos vivimos a su lado sabemos muy bien con qué sentimientos de cordialidad los acogía siempre. Le aterraba la soledad en que se veían obligados a vivir la mayor parte de los sacerdotes dedicados a las parroquias. Por eso a todos y a cada uno les abría de par en par las puertas de su casa y las de su corazón. Habría querido ofrecerles a todos las ventajas de la Vida Religiosa compensadora de los sacrificios que lleva consigo el ministerio parroquial. De este deseo nació la Obra de los Sacerdotes Seculares del Sagrado Corazón, que podría decirse nació casi al mismo tiempo que la Congregación[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm#_ftn2).

La Obra de los Sacerdotes Seculares había empezado a multiplicarse en Francia. El P. Chevalier había entrado en relación con la mayor parte de los Directores. A finales de 1863 logró reunir en Issoudun un cierto número de ellos[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm#_ftn3) en una especie de Asamblea. La idea del P. Chevalier era la de establecer en aquella Asamblea las bases de una única Asociación bajo el patrocinio del Sagrado Corazón. Su amor al Sagrado Corazón le hacía augurar a esta unión grandes beneficios para todos.

Se puede decir que si bien la tal Asamblea no se decantó completamente según su opinión, fue realmente positiva y provechosa por el intercambio de puntos de vista y opiniones: surgió una especie de Federación General de todas las Obras cuyo lazo de unión había de ser el Sagrado Corazón.

A medida que se iba propagando la Devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón iban llegando cada vez en mayor número los relatos de favores obtenidos por su intercesión y más numerosas las peticiones de inscripción en la Cofradía de Honor. Pero por entonces no existía aún ninguna asociación con tal carácter. Todavía el P. Chevalier no había pensado en crearla.

En el mes de noviembre de 1863, con ocasión de una visita que hizo al señor Arzobispo para programar las solemnes ceremonias de la consagración de la iglesia, comentó con él la admirable aceptación que despertaba Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Impresionó vivamente al Prelado semejante testimonio, y le sugirió:

— "Mire, Padre, tiene que fundar cuanto antes una Asociación de oraciones. Elabore los Estatutos y envíemelos rápidamente para proceder a la aprobación y establecer canónicamente esta Asociación".

Contra su costumbre, el Padre tardó un par de meses en corresponder a los deseos del Prelado. El 29 de enero siguiente quedó firmado el Decreto de erección, pero no fue publicado hasta comienzos de abril por el mismo Sr. Arzobispo, el cual, en señal de su ferviente adhesión inscribió su nombre encabezando una lista que fue seguida por más de cien mil Asociados. El 2 de julio, después de la ceremonia de la consagración de la iglesia, presentamos al Arzobispo el Libro de Registro: contenía ya para entonces más de cincuenta mil nombres; y, al finalizar aquel mismo año, se habían sobrepasado con mucho los cien mil que había calculado el mismo Prelado. Hoy, al cabo de 48 años, el número de los asociados inscritos en Issoudun se calcula aproximadamente en veinte millones, teniendo en cuenta que en esta cifra no están incluidos los miembros de las numerosas Cofradías filiales repartidas por todo el mundo.

i Bendita sea Nuestra Señora del Sagrado Corazón por la maravillosa y rápida difusión de su Archicofradía! i Bendita sea por los innumerables favores que concede a cuantos la invocan confiadamente! ¡Gloria y acción de gracias por tantos y tan admirables prodigios! Del Corazón de Jesús obtiene su mano maternal los tesoros inagotables que encierra, para derramarlos sobre nosotros, sus hijos. Una y mil veces alabanza y agradecimiento le sean dadas por haber inspirado a nuestro Fundador la advocación con que quiere ser invocada. Sin género de duda, Ella misma fue la que inspiró este nombre mil veces bendito Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

¿Se le ocurriría alguna vez al buen P. Chevalier pensar por un momento cuando lo escuchó por primera vez en su corazón, que iba a tener resonancia de un extremo al otro del mundo? ¿Habrá sido capaz de figurarse la gloria que esta advocación aportaría a nuestra Madre? ¿Habría previsto que esta nueva invocación haría brotar una fuente inagotable de bendiciones y gracias para sus devotos?

Es un secreto que nunca hemos podido desvelar. Pero lo que ciertamente sabemos, lo que está bien patente es que el humilde Misionero cumplió fielmente su promesa: la de honrar y hacer honrar "de una manera especial" a su excelsa Protectora.

Por su parte, Ella, tan ensalzada por su apóstol agradecido, quiere asociarlo a su gloria de alguna manera: donde quiera que se invoque a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, se sabrá que este nombre bendito ha sido inspirado por María al venerado Padre Chevalier, y que Ella fue quien confió a él y a su Congregación la gloriosa y magnífica misión de hacerlo conocer por el mundo entero.

Para llevar a cabo esta laboriosa pero gratificante tarea, se imponía una publicación periódica. Estaba bien persuadido de ello, pero entre sus jóvenes colegas ninguno poseía las cualidades y el tiempo necesarios para entregarse a esta nueva ocupación. El y yo, sobrecargados por el trabajo ordinario, ya no podíamos añadir más a nuestras ocupaciones cotidianas. Una vez más fue la Virgen Santísima la que acudió en ayuda de su apóstol.

Al día siguiente de la Fiesta de Navidad de este mismo año 1864, llegaba a Issoudun de buena mañana un joven sacerdote de la Diócesis de Marsella. Venía enviado por su Obispo, Monseñor Cruice, para estudiar sobre el terreno la Congregación de Misionerosdel Sagrado Corazón.

— Mire a ver si esta nueva Congregación —le había dicho su Obispo— puede sernos útil para la "Obra de Sacerdotes del Sagrado Corazón" que queremos establecer en Marsella.

Desgraciadamente aquel proyecto no pudo realizarse. Mons. Cruice, afectado por una grave enfermedad, moría inesperadamente antes, incluso, de que regresara su enviado.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón tenía otros planes sobre aquel joven sacerdote. Ella lo había escogido sin que él mismo lo sospechara, para ser el primer "analista" de su Asociación y su fervoroso y abnegado apóstol.

No llegaron a 48 horas las que estuvo con nosotros, pero fue tiempo más que suficiente para que la Santísima Virgen le convirtiera en uno de sus más entusiastas propagandistas.

En cuanto entró en conocimiento del nuevo título dado a María en el Santuario de Issoudun, se entregó de lleno al servicio de la inefable Tesorera del Corazón de Jesús, poniendo a su servicio fuerzas y sacrificio, inteligencia y corazón, sangre y vida, con tal de que fuera conocida, amada e invocada.

El Rdo. Víctor Jouet —nombre harto conocido y apreciado por los primeros lectores de los ANALES— era un sacerdote magníficamente dotado, de inteligencia y virtudes poco comunes. Su espíritu generoso no se rendía fácilmente ante la dificultad por complicada que fuera.

" iVivan las complicaciones!", le oíamos exclamar cuando alguna se le presentaba. Y acto seguido, sin dudarlo un instante, ponía manos a la obra encomendada por la obediencia. Su lema favorito era siempre "Todo por el Corazón de Jesús; todo por Nuestra Señora".

Durante 30 años fue la mano derecha del P. Chevalier en todas sus actividades. Y i qué bien se complementaban el uno con el otro!.

Desde su llegada, no hubo en la Congregación ni en la Archicofradía actividad alguna en la que el P. Jouet no tomara parte.

Si me es permitido resumir aquí mi opinión, añadiría que, si el P. Chevalier fue el elegido por Dios para ser el Fundador de cuantas Obras despiertan nuestra admiración, el P. Jouet fue el escogido por Nuestra Señora para ser su más eficaz y activo colaborador.

Pero es posible que se me pregunte ¿cómo es posible que abandonara una Obra tan entrañablemente querida, después de 30 años de semejante entrega? Creo que sólo yo podría dar una respuesta, ya que soy el único conocedor del motivo que produjo el abandono. Sencilla y llanamente fue así:

Yo estaba entonces en Roma con el Padre en la casa de la Plaza Navona, de la que él era entonces Superior. Al verle sumamente apenado, le pregunté:

—              ¿Qué le pasa? ¿Qué tristes pensamientos le acongojan?

—  Mi misión en la Congregación ha terminado; estoy viendo que ya no puedo realizarme en ella. Pero el caso es que aún no veo clara la voluntad de Dios.

Y como desahogo confidencial, a corazón abierto, abrió el aliviadero de su angustia:

—              ¿Qué le parece? ¿Qué debo hacer?

—   Mire, en Roma, quizá mejor que en otro lugar hay consejeros clarividentes cuya prudencia y rectitud pueden inspirarle confianza. Vd. mismo conoce algunos; elija el que mejor le parezca y expláyese con él como acaba de hacerlo conmigo. Pienso que es elmedio más oportuno para resolver el asunto.

Agradeció el consejo, y, al día siguiente solicitaba una audiencia del Protector de la Congregación : Cardenal Monaco de Lavalette.

Conversaron detenidamente y regresó decidido y tranquilo. Poco después, según había sido aconsejado, visitó al Vicario General de Su Santidad, Cardenal Parrochi para tratar de regularizar su situación en Roma, donde deseaba permanecer.

El Cardenal le asignó como residencia el populoso distrito de Prati di Castello, de reciente construcción, con la misión de construir la iglesia de que carecía, y autorizó y bendijo la Obra de las Almas del Purgatorio a la que el querido Padre se dedicó con admirable entusiasmo y hermosos resultados.

No hubo escisión entre el Fundador y su fiel colaborador. Hubo simplemente una bifurcación, una dolorosa bifurcación entre uno y otro que, en realidad no fue suficiente para romper los lazos de amistad ni interrumpir las relaciones del pasado. Bifurcación o distanciamiento motivado sabe Dios por qué motivos. El Señor había confiado a su servidor un trabajo; terminada la tarea, quiso confiarle el cultivo de otro campo. Así de sencillo. Sería temerario criticar la voluntad del Amo o censurar la obediencia del criado.

El primer fruto de aquella primera visita del P. Jouet en 1864 había sido la publicación de los ANALES de NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN cuyo número uno apareció en enero de 1866. Durante 17 años el P. Jouet había sido su Director y prácticamente su único Redactor.

El segundo fruto fue un librito publicado a finales del mes de abril de 1866 con el título de "Mes de Mayo dedicado a Nuestra Señora del Sagrado Corazón" sumamente apreciado por los miembros de la Archicofradía, del que se hicieron varias ediciones, y al que siguieron otros opúsculos no menos apreciados.

Al año siguiente —1865— llegó el P. Vandel, bien conocido por los amigos de la PEQUEÑA OBRA. En el número de diciembre de 1907, el P. Lanctin dejó descritas mejor de lo que lo habríamos hecho nosotros, las circunstancias providenciales en que llegó el "santo Padre Vandel" —como se le llamaba familiarmente. Damos paso a su narración:

"Hemos citado al P. Vandel cuya abnegación y santidad tanto han contribuido al buen hacer y desarrollo de la Congregación de  Misioneros del S.C. que en realidad de verdad bien puede ser considerado como el segundo Fundador.

Traer a colación el verdaderamente providencial encuentro de estos dos hombres de Dios, es hablar de la PEQUEÑA OBRA y la parte que los dos tuvieron en su nacimiento.

El 8 de diciembre de 1854, uno y otro, bajo los auspicios de la Virgen Inmaculada, daban forma al proyecto de extender el Reinado del Corazón de Jesús, hacia el cual los dos sentían una especial veneración. Aquel día el P. Chevalier plantaba los cimientos de la Congregación de Misioneros. El Rdo. Vandel, en la celebración de la Santa Misa, se proponía la OBRA DEL APOSTOLADO RURAL. Cada cual por su lado trataba de encontrar los medios de establecer y fortalecer su obra, y multiplicar el número de apóstoles, el uno para dar Misioneros a la Iglesia, el otro para acudir en ayuda de las parroquias desprovistas de pastor.

Lejos estaban entonces de pensar que Dios había de unirlos para una obra común. Y esta conjunción llegó en el mes de marzo de 1866.

Ambos coincidieron en una estación termal de los Pirineos, Amelie-les-Bains, a donde habían acudido en régimen de descanso para reparar las fuerzas extenuadas por la enfermedad o el trabajo.

Disfrutaban hablando de sus proyectos en los ratos de intimidad. De una de aquellas conversaciones nació la idea de la PEQUEÑA OBRA.

—  Yo había propuesto al Consejo de la Obra del Apostolado Rural, decía el P. Vandel, un medio bien sencillo de obtener recursos para ayuda de las vocaciones eclesiásticas, pero, bien a mi pesar, fue rechazado.

—  Y ¿cuál es ese medio?, repuso el P. Chevalier.

—  No me atrevo a exponerlo; puede que también Vd. se ría de mí.

—  Dígalo sin miedo.

—  Mire; yo proponía al Consejo General pedir a los socios de la Obra la aportación de 5 céntimos al año. iCinco céntimos! Nadie se habría negado; y esos 5 céntimos multiplicados, habrían podido dar, creo yo, Sacerdotes y Apóstoles a la Iglesia"...

Esto fue un rayo de luz para el P. Chevalier que, desde hacía tiempo, estaba preocupado por encontrar candidatos para su pequeña Sociedad.

— Querido P. Vandel, le dijo entusiasmado, acepto la idea. Vd. - también será Misionero del S.C. Hace tiempo que a Vd. le ronda la idea. Vamos a crear juntos una Escuela Apostólica yle vamos a aplicar esa idea de los Cinco Céntimos que me parece fecunda".

El P. Vandel se sintió feliz por la aceptación del P. Chevalier. La tertulia se prolongó para esbozar el plan de la Obra. Se llamaría PEQUEÑA OBRA por la nimiedad del medio que se iba a emplear; y PEQUEÑA OBRA DEL SAGRADO CORAZÓN por la nobleza del objetivo que perseguía, esto es, la formación de apóstoles destinados a dar a conocer y amar por todas partes el Sagrado Corazón de Jesús.

De esto hace ya cuarenta años. La Obra nació y se desarrolló a través de tormentas. A pesar de todo y por encima de todo, ha producido frutos que superaron toda esperanza; y por muchas que sean las tribulaciones y dificultades actuales, todo hace augurar que los irá multiplicando en el futuro.

Así fue como, gracias al P. Chevalier, pudo el P. Vandel ver realizado el sueño que se albergaba en su corazón.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm#_ftnref1) En 1859, segun Analecta de 1901, pág. 35. Ver también más adelante. (Nota del traductor).

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm#_ftnref2) A pesar de *las*dificultades actuales, esta Obra sigue funcionando con gran provecho de sus miembros. Más de 1,200 Sacerdotes se han ido enrolando en sus filas bajo la enseña del Sagrado Corazón

[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/05ChevPip.htm#_ftnref3) 10. Analecta de 1902 enero 37. (Nota del traductor).

## 

****Capítulo VI****

LARGA Y PENOSA ENFERMEDAD

CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓNAPROBACIÓN DE LAS CONSTITUCIONES

CORONACIÓN DE LA IMAGEN DE NUESTRA

SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

EL PRIMER NOVICIADO

En el capítulo precedente hemos anticipado algo en el orden cronológico para dar mayor claridad a la narración. Vamos ahora a volver unos años atrás.

Ocho años habían transcurrido desde que el P. Fundador había tomado posesión de la casa proporcionada por la Virgen Santísima de manera tan providencial.

Aquellos ocho años de trabajos agotadores y largas privaciones habían quebrantado mucho su salud: una laringitis granulosa acabó por arruinarla. Su extrema debilidad llegó a hacernos temer un desenlace fatal. Los médicos consultados daban pocas esperanzas. Prescribían un reposo absoluto, más penoso para el paciente que los más arduos trabajos y prolongadas ausencias para tratar de detener el progreso del mal por medio de intensos tratamientos en diversas estaciones termales.

Fue una dura prueba que se prolongó durante más de dos años, durante los cuales el Padre se vio obligado más de una vez a confiar a manos inhábiles e inexpertas[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm#_ftn1)' la marcha de la Comunidad y sus obras.

Esta nueva cruz, suficiente para desanimar al espíritu más recio no pudo quebrantar ni la enérgica audacia, ni la confianza del venerado Padre.

La virulencia del mal había podido, a fuerza de dolorosas presiones, destruir sus fuerzas corporales, pero su estado de ánimo estaba bien fortalecido.

Nunca en aquellos tristes años pudimos sorprender en sus labios una palabra de queja o de ansiosa inquietud. Al contrario, se esforzaba en calmar las nuestras, recordándonos los poderosos motivos que se deben tener para confiar y abandonarse a la voluntad de Dios.

De esta manera el Padre, incluso en plena crisis de sufrimientos alentaba y reconfortaba a sus compañeros.

Aquella temporada de larga y penosa enfermedad, lejos de ser una rémora para el progreso de las obras produjo por la misericordia del Corazón de Jesús una fuente de nuevas y fecundas bendiciones.

"Creced y multiplicaos", había dicho Pío IX; y el deseo del Sumo Pontífice se iba realizando.

La Comunidad, ya más numerosa, requería una casa más amplia. El Padre, convaleciente aún, dedicó todo el año 1866 a esta nueva actividad.

La Asociación de Nuestra Señora del S.C. se iba propagando con maravillosa rapidez. María se mostraba cada vez más pródiga con sus favores para quienes, llenos de confianza en su admirable poder sobre el Corazón de Jesús, recurrían a su poderosa intercesión.

Cada día llegaban testimonios de acción de gracias más numerosos; se los podía contar por millares.

El Rdo. Padre, testigo de estas maravillas, experimentaba con ello el más profundo agradecimiento hacia la incomparable Tesorera del Corazón de Jesús que los realizaba. Trataba de imaginar cómo podría glorificar y agradecer con nuevos medios a esta divina Madre que nunca es invocada en vano.

"Este pensamiento me preocupaba insistentemente, escribía él mismo (Anales de Mayo de 1867), cuando algunas personas que habían sido favorecidas con el poder de Nuestra Señora del Sagrado Corazón nos hicieron llegar varios diamantes y joyas destinadas a confeccionar una diadema.

— Vd. podría hacerla bendecir por el Soberano Pontífice —nos decían—, y obtener de Su Santidad el insigne privilegio de una Coronación solemne en su nombre".

Esta fue el primer rayo de luz.

Pero ¿cómo llevar a cabo esta idea?

Para una Coronación era necesaria una imagen digna de tal honor. La pequeña imagen de Nuestra Señora, en yeso policromado

que presidía el altar del pequeño santuario dedicado a Nuestra Madre no tenía mérito alguno para una Coronación solemne. Grave problema cuya solución parecía entonces imposible.

El Padre no se arredró por ello. Un hijo entusiasmado no se acobarda ante las dificultades cuando se trata de una Madre tan tiernamente amada, y él amaba tiernamente a su Madre celestial. Toda su ilusión era hacerla amar y contribuir a hacerla venerar y glorificar por todos los medios a su alcance.

Para llevar a cabo su objetivo, tres cosas eran necesarias:

Una estatua digna de ser coronada; una capilla en que colocar la imagen, y una diadema para ceñir la frente de la Madre.

¿No era para la Reina del Cielo, la Madre de Dios?

Quería que todo fuera grande, rico, y en lo posible de materiales preciosos, y ejecutado por manos maestras.

Ah! si nuestro venerado Padre hubiera podido adivinar el futuro cuando estaban fraguando los primeros cimientos de la iglesia del Sagrado Corazón, no habría dudado en darle proporciones más grandiosas y más en armonía con las necesidades exigidas por un importante lugar de peregrinación. No obstante, algún presentimiento llegó a tener.

Un día que nos comentaba familiarmente el futuro de su obra, señalando las paredes de la iglesia en construcción que empezaban a cobrar altura, nos dijo:

—     "Llegará un día en que veréis llegar ingentes muchedumbres de distintas regiones de Francia y de otras partes".

—     Cuando yo vea esto —replicó uno de los oyentes—, cuando yo vea eso le daré el título de profeta".

Nada podía entonces hacer prever que aquella nueva iglesia recién comenzada llegaría a ser un asiduo lugar de peregrinaciones. El Padre aseveró con absoluta seguridad:

—     "Con sus mismos ojos llegará Vd. a verlo y tendrá que darme la razón y bendecir por ello al Corazón de Jesús".

En efecto, hemos visto literalmente cumplida aquella palabra, y nos hemos llenado de gozo dando gracias al Sagrado Corazón por la gloria que de ello redundaba para la Virgen Nuestra Señora.

La Consagración de la iglesia del Sagrado Corazón tuvo lugar el 2 de julio de 1864.

Fue solemnísima, con multitudinaria concurrencia de fieles venido de los alrededores de Issoudun y de las Diócesis vecinas. Nunca, desde los comienzos de siglo, la población había contemplado en su entorno semejante afluencia y unos festejos tan brillantes.

Un nutrido enjambre de sacerdotes rodeaba como una guardia de honor a los cinco Prelados que habían respondido a la invitación del Arzobispo de Bourges. El Obispo consagrante fue Mons. Guibert, por entonces Arzobispo de Tours y más tarde Cardenal de París. Mons. de La Tour le había cedido este honor.

Aquella solemnidad, imposible de pormenorizar en este opúsculo, fue el origen de las peregrinaciones. A partir de entonces los fieles devotos de la Virgen empezaron a afluir hacia Issoudun desde todas las Diócesis de Francia y de los países vecinos. Llegaban ansiosos de conocer el Santuario privilegiado en que había nacido la Asociación, solicitar al pie del altar dedicado a la nueva Madonna los favores deseados. Ante la Santa Imagen eran más devotas yparecían más favorables y eficazmente escuchadas.

Otro de los motivos que atraían a los peregrinos era el agradecimiento por los favores recibidos. Acudían a dar gracias a la poderosa Virgen, auxilio seguro para cuantos depositan en Ella su confianza.

No obstante la iglesia del Sagrado Corazón no ofrecía a primera vista ninguna de las características que constituyen el atractivo de las masas. Las paredes inmaculadamente blancas y desprovistas de adornos, los pilares sin esculturas, la mayor parte de los ventanales tabicados de simple ladrillo; el altar de la Virgen, que ocupaba entonces el cabecero de una nave lateral, era tan pequeño, y tan reducida la capilla, que los peregrinos a duras penas podían hacerse idea de que aquel era el santuario privilegiado al que habían acudido a rezar.

Ciertamente el P. Chevalier, testigo de la incesante afluencia, experimentaba una profunda alegría, pero su devoción filial a la Santísima Virgen experimentaba un profundo complejo de abatimiento al considerar la pobreza de aquella reducida capilla. Le urgía la necesidad de dar a María un Santuario más amplio, más en consonancia con la creciente devoción de los fieles.

¿Qué hacer para dar una solución digna a este estado de cosas?

Reunió su consejo ordinario; dio cuenta detallada al prudente Arzobispo de Bourges; le expuso el proyecto de construir detrás del altar mayor la capilla de la Virgen, más apropiada a las manifestaciones piadosas de los devotos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Espinoso problema lleno de dificultades a primera vista insalvables.

Sí, porque... ¿armonizaría este añadido con el primitivo plan ya realizado? ¿No complicaría la solidez de un edificio inacabado cuyo ábside habría que derruir y volverlo a construir con una nueva disposición para ejecutar el nuevo proyecto? Esta idea pareció una temeridad.

Los peregrinos saben muy bien que felizmente el amor a la Virgen resolvió el problema. Ellos mismos no cesan de ponderar continuamente lo que el nuevo Santuario invita a la oración y el recogimiento.

Entre tanto el Padre había confiado a la Empresa Chartier, renombrados orfebres de París, la ejecución de dos coronas con la consigna de no escatimar detalle para que las dos joyas fueran dignas de su destino; y por otra parte a M. Blanchard, famoso escultor, esculpir en un bloque de mármol de Carrara de inmaculada blancura la imagen de Nuestra Señora y de su lijo, de acuerdo con la idea que él mismo había concebido. De esta forma se completaban, por así decirlo, las tres grandes obras que preparaban la Coronación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

En febrero de 1868 el Padre publicaba en los Anales las líneas siguientes:

"Está a punto de efectuarse, queridos Asociados, nuestro viaje a Roma. Las dificultades que lo retrasaban van desapareciendo. La corona cuya descripción se os ha hecho hace poco está casi terminada, y la pequeña estatua de bronce de Nuestra Señora[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm#_ftn2), verdadera obra de arte, está recibiendo los últimos toques. Creemos que en los primeros días de este mes será posible hacer bendecir una por el Santo Padre y ofrecerle la otra en nombre de la Asociación como testimonio de nuestra filial veneración.

Apenas habían pasado dos años desde que el Rdo. Padre, confiado en su poderosa Protectora, había decidido construir la nueva capilla de la Virgen, y ya la empresa estaba a punto de terminar.

Era verdaderamente maravilloso considerar la eficacia y la rapidez con que se estaban llevando a cabo unos trabajos de tal importancia.

¿Pero no sería una temeridad tanto apresuramiento?

Eso es lo que desde el punto de vista humano se podría pensar. Pero creo que nuestro Padre, inspirado por la misma Virgen, actuaba bajo su especial dirección:

— "Evidentemente es Ella —nos decía con profundo reconocimiento— la que lo hace todo en nuestra Congregación".

Y nosotros, permanentes testigos presénciales de las maravillas de su poder inefable, que experimentábamos a diario la constante y tierna acción de sus manos maternales, reconocíamos con no menor convicción: "ciertamente Nuestra Señora del Sagrado Corazón obra prodigios; sólo a Ella pertenece el mérito y la gloria".

A pesar de sus absorbentes ocupaciones, el Padre no tenía descuidadas las necesidades de la Congregación.

Desde años atrás venía preparando las CONSTITUCIONES. En los meses anteriores a su salida para Roma dio el último toque a este importante documento del que dependía el futuro de su obra. Quería ponerlas en mano del Santo Padre para pedirle su aprobación.

Aquel viaje se realizó con los más felices resultados. Pío IX recibió al piadoso peregrino con las mayores muestras de benevolencia. Otorgó la debida autorización para que fuera coronada en su nombre la imagen de Nuestra Señora; y después, tomando en sus manos un grabado de la Madonna que le presentaba el P. Chevalier, escribió debajo este devoto y sencillo autógrafo: "Pío IX, que desea amar a la Santísima Virgen María".

De este modo quería el humilde y gran Pontífice unir su homenaje a los de los innumerables Archicofrades para gloria del inefable poder de María sobre el Corazón de su Hijo.

El piadoso Fundador que, como hemos dicho, había llevado consigo las Constituciones de la Sociedad de Misioneros del Sagrado Corazón, las puso a los pies del Santo Padre para que las bendijera.

Fueron presentadas a la Congregación de Obispos y Regulares para ser examinadas antes de recibir la aprobación canónica.

Algunos meses después recibía el Arzobispo de Bourges el Decreto de Alabanza. Así quedaban realizados los deseos del P. Chevalier.

Ni qué decir tiene que regresó rápidamente a Issoudun con el alma esponjada de consuelo y el corazón rebosante de reconocimiento por cuantos favores le había concedido Pío IX.

Quedaban solamente unos seis meses para hacer los preparativos para la fecha de la Fiesta de la Coronación, que había fijado para el 8 de septiembre siguiente Monseñor de la Tour d'Auvergne, Arzobispo de Bourges, delegado del Santo Padre para presidir en su nombre aquella solemnidad.

El Padre puso manos a la obra sin pérdida de tiempo con su acostumbrada actividad, sin dar tregua a la fatiga ni ceder ante los sacrificios para gloria de la Madre de Dios

El 8 de septiembre de 1869 fue un día inolvidable para Issoudun: todo contribuía a realizar su esplendor.

Tras una semana de lluvia y de tiempo revuelto, amaneció un sol radiante. Ni el más mínimo rastro de nubes empañaba el azul del cielo; daba la sensación de que todos los ángeles del cielo habían barrido cuanto hubiera podido empañar su nitidez. La población amaneció toda engalanada con guirnaldas, flores y adornos, en todas las plazas y calles habían colocado arcos de triunfo; en todas las casas ondeaban al viento estandartes y banderas de la Virgen. Muy bien habría podido decirse que Issoudun había vuelto a ser, como en otros tiempos, la villa de María, o que la antiguapoblación se había transformado en un inmenso templo para aclamar a la Reina del Cielo.

Quince Arzobispos y Obispos convocados por el Metropolitano de Bourges, numerosos dignatarios eclesiásticos y más de seiscientos sacerdotes, incontables peregrinos de todas las regiones, autoridades civiles y militares de la ciudad y del departamento asistieron a aquella manifestación de fe y de amor a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Todas las almas vibraban al unísono; todos los corazones en una explosión de alegría.

Todos los corazones? No, todos no.

El de nuestro querido Padre, que se había volcado con tan agotador esfuerzo en la preparación del triunfo de su amadísima Madre, estaba sumido en un océano de amargura.

El mismo día de la fiesta, por la mañana, en el momento que estábamos ultimando los preparativos para la Misa Solemne, me hizo llamar a su despacho. Estaba solo, extremadamente pálido, con el semblante inundado de profunda tristeza.

Sin proferir una palabra, me indicó con un gesto una silla al lado de la suya. Sumamente impresionado le dije:

Qué le pasa? ¿Qué ocurre? ¿Se encuentra mal?...

Por toda respuesta me tendió un pliego abierto, llegado en el correo de la mañana a la dirección del Arzobispo de Bourges, el cual urgentemente se la había hecho llegar. La carta le ordenaba ir a Roma lo más urgentemente posible con orden de presentar a la Santa Sede todo lo que hubiera escrito o publicado referente a la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón y a su Asociación. Este era en resumen el contenido de la carta.

Nunca hemos sabido, y aún hoy lo ignoramos, cual había sido el motivo que había provocado aquella carta. Nada nos lo hacía prever. Nada en lo sucesivo nos vino a aclarar aquel misterio.

Personalmente he tenido siempre la impresión de que aquella prueba, justamente en aquel día y hora, y en las circunstancias del momento, le venía de la mano maternal de María. Esta dulce Madre quería acrecentar los méritos de su humilde servidor, poniéndolo al abrigo de toda posible complacencia en sí mismo; porque, si aquel día fue una jornada de triunfo para Nuestra Señora, también era un día glorioso para quien había preparado aquel triunfo. Aquel día, sí, estoy seguro, aquel día quedó tallado un diamante de incomparable brillo para la corona de nuestro venerado Padre.

Sea lo que fuere, la impresión fue tan lacerante como sorprendente. Fue excesiva la angustia.

Lo primero que pensó el Padre al recibir la carta fue que su obligación era interrumpir la fiesta recién comenzada, despedir a sus nobles huéspedes y despachar a los peregrinos.

Se le pasó como un rayo por la mente la tremenda perturbación que todo ello suponía. Dios lo permitió así en los designios de su infinita sabiduría!

Después, irremediablemente turbado por este pensamiento, preguntó:

— ¿Qué hacer, Monseñor? ¿Habrá que interrumpir los oficios?

— Primero, calma —repuso benévolamente el piadoso prelado—. Por supuesto Vd. debe obediencia a la Santa Sede; así que haga el sincero propósito de someterse con toda sencillez a sus mandatos. Lo demás me concierne a mí sólo. Seguiremos punto por punto el programa tal como lo he preparado; no hay nada que se oponga, pues yo no he recibido ninguna orden en contra. Así que... hasta luego, querido Padre. Vuelva a sus ocupaciones. Ah, y sobre todo no pierda el dominio de sí mismo y que nada se trasluzca de este incidente.

Cuando me hacía esta confidencia, la tranquilidad había sosegado ya su ánimo; y, al despedirme de él, después de intercambiar algunas palabras más, había superado ya aquella terrible primera impresión.

A pesar de todo, la fiesta que resultó para todos desbordante de alegría, fue para él una dolorosa prueba que se prolongó durante bastante tiempo. ¿No es el sufrimiento la participación de las almas y el alimento con que el Corazón de Jesús las fortalece?

Después de la fiesta, y de común acuerdo con Monseñor y por indicación suya, el Padre respondió al deseo de la Sagrada Congregación; esta dolorosa gestión terminó redundando en gloria para Nuestra Señora del S. Corazón. Todo, absolutamente todo lo que había sido impreso o publicado hasta entonces acerca de la Devoción a Nuestra Señora —libros, folletos, oraciones, hojas de propaganda, incluso el Mandato del Arzobispo de Bourges con ocasión de la Coronación...—, todo fue examinado meticulosamente sin que sobre este examen recayese sentencia alguna.

La acusación adolecía de pruebas y fue rechazada.

¿No era ésta una aprobación, aunque de manera indirecta, de la doctrina en que se funda la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y al mismo tiempo una invitación a propagarla con nuevos bríos?

Las consecuencias .de todo este embrollo. —no es difícil comprenderlo— sirvieron de consuelo al venerado Padre después de una prueba tan dura. Por ello dio las más rendidas gracias al Sagrado Corazón.

Había llegado el momento de llevar a la práctica las CONSTITUCIONES que Pío IX acababa de bendecir. El Padre aprovechó el Retiro anual que siguió a las Fiestas de la Coronación para proponer a los compañeros la emisión de los Votos que, a partir de entonces, se nos exigían.

Los primeros Votos datan del final de este Retiro.

Como hemos dicho, hasta ese momento los candidatos eran libres de emitir votos privados, pero ninguno quedaba ligado a la Congregación por los lazos sagrados de la Vida Religiosa.

A partir de aquel momento comenzábamos una vida nueva.

Si el origen de la Congregación se remonta al 8 de diciembre de 1854, su organigrama, tal como el Fundador lo había concebido y tal como lo dejó a su muerte, comienza a entrar en práctica en la última semana de septiembre de 1869.

Por ese tiempo, el día de la fiesta del Santo Nombre de María, el P. Guyot en su papel de Maestro de Novicios, inauguraba en la Parroquia de S. Pablo, en Montluçon, la primera Casa de Noviciado[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm#_ftn3)' .

A partir de entonces, todos los nuevos religiosos han venido recibiendo una formación regular según las Constituciones.

Había terminado la primera fase de la vida de la Congregación, la de su infancia, si se me permite denominarla así. Catorce años y algunos meses duró, desde que el P. Chevalier y su primer compañero habían tomado posesión de la Casa del Sagrado Corazón.

Desde entonces la pequeña Congregación tiene su completo organismo acorde con la Vida Canónica. Bajo la protección de la Santa Iglesia que la ha adoptado, podrá desarrollarse normalmente pese a las dificultades y pruebas que el porvenir le depare: el Fundador las previó y las aceptó de antemano, con la certeza de que el Sagrado Corazón no habrá de abandonarla en los momentos difíciles. ¿No velará por su amada Obra Nuestra Señora del Sagrado Corazón?

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm#_ftnref1) Ya hemos hecho notar la modestia del narrador. (Nota del editor, edición de 1924).

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm#_ftnref2) . Anales de NSSC, numero de diciembre de 1868. Esta estatuilla de bronce era la fiel reproducción de la Madonna en mármol de Carrara que se preparaba para la nueva capilla. El Padre quiso ofrendarla a Pío IX.

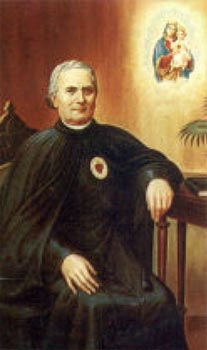
[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/06ChevPip.htm#_ftnref3) La Parroquia de S. Pablo, en Montluçon, ciudad industrial, poseía numerosas fábricas. Parecía poco apropiada para el recogimiento exigido por la Vida Religiosa. El Padre lo sabía mejor que nadie; pero circunstancias de orden particular al margen de su voluntad, le habían forzado a tomar esta decisión. Unos años más tarde, después de la guerra de 1870, habiendo cambiado las circunstancias, trasladó los Novicios a la población de Saint-Gérand-le-Puy, al viejo castillo del mismo nombre, en donde permanecieron hasta las expulsiones de 1880

**Capítulo VII**

**LA DEVOCIÓN DEL P. CHEVALIER**

**AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

**PRACTICAS ESTABLECIDAS POR ÉL   
PARA LOS FIELES   
EN LA CAPILLA DE ISSOUDUN**

Los años de la vida de nuestro Fundador que nos quedan por estudiar, fueron no sólo los más fecundos en obras sino también los más saturados de pruebas. Sería necesario un grueso volumen para resumir estos treinta y ocho últimos años de su existencia tan prolongada y tan llena. Pero mi misión es solamente redactar un opúsculo que, a pesar de todo, se puede alargar más de lo previsto. Por otra parte, ni mi propia capacidad ni mis posibilidades me permiten emprender un trabajo de larga envergadura. Me limitaré, pues, a esbozar a grandes rasgos, como el boceto de un cuadro, lo que me queda por narrar de esta fecunda carrera, con el fin de plasmar mis recuerdos de los hechos de los que yo mismo he sido testigo.

Después de las revelaciones de Nuestro Señor a la Virgen de Paray le Monial, Santa Margarita María, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se mantuvo bastante tiempo como patrimonio de un restringido número de almas privilegiadas. A duras penas comenzó a propagarse entre los fieles, en las parroquias, después de la Beatificación de la humilde visitandina a la que Jesús se dignó manifestar los tesoros de amor y misericordia. Hasta entonces raras eran las iglesias que tuvieran una imagen del Corazón de Jesús, y mucho menos un altar erigido en su honor.

Si durante la primera mitad del siglo 19, la devoción al Sagrado Corazón hizo verdaderos progresos, fue sobre todo, fue casi únicamente, en las Congregaciones Religiosas y por medio de almas escogidas que vivían en el mundo; pero en realidad era casi desconocida para la mayor parte del pueblo fiel. ¿De dónde provenía estaignorancia? Digámoslo sin temor: La devoción al Corazón de Jesús no era enseñada bajo el falso pretexto de que sobrepasaba el alcance de los cristianos de a pie.

Siendo maravillosa en sí misma, era apropiada —se pensaba, y no podemos negarlo— para el claustro, para comunidades religiosas, pero de ninguna manera para los simples fieles a los que no parecía conveniente sobrecargar con prácticas de perfección no absolutamente indispensables para la salvación.

Confieso humildemente que nunca he compartido esta falaz distinción que durante tan largo tiempo ha tenido equivocados a buen número de sacerdotes muy celosos y muy estimables bajo otros puntos de vista. Gracias a Dios, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, éste prejuicio ha perdido su tiránica influencia y está tendiendo a desaparecer cada vez más. Pero, cuando, en 1854, nuestro Venerado Fundador puso las primeras base de su Congregación, estaba aún en todo su vigor. Muchas pruebas podríamos aportar a este respecto. Un simple hecho cuya exactitud puedo garantizar, bastará para confirmar lo que estamos afirmando.

Fue en 1863. El P. Superior nos había encomendado el encargo de recorrer diversas diócesis con el fin de recaudar donativos de los fieles para continuar la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón. Un sábado por la tarde, a mediados de otoño, llegué a Montluçon, recomendado por el Obispo de Moulins, Mons. DreuxBrezé, para visitar de su parte al arcipreste Rdo. Antonio Guillaumet. Me recibió con tanta benevolencia y cordial hospitalidad, que aún hoy, al cabo de cuarenta años, conservo fresca en la memoria. Durante la sobremesa, después de la cena, me pidió que dirigiera un fervorín a los hombres durante la Misa del día siguiente. Debo decir que esta Misa de los hombres era la obra predilecta de aquel verdadero hombre de Dios; en procurar su formación había empleado lo mejor de su vida pastoral y todo el empuje de su corazón de apóstol. El éxito había respondido a su esfuerzo hasta el punto de tener que decirles un día: "en otro tiempo he tenido que exhortaron a vencer el respeto humano para cumplir con vuestros deberes religiosos; y hoy creo que tengo que preveniros contra el peligro de acudir a confesaros o comulgar como arrastrados por el ejemplo de los otros, sino únicamente por Dios y por cumplir con vuestros deberes religiosos". Era verdaderamente un raro espectáculo en aquellos tiempos de indiferencia en los que era bien visto entre los hombres abstenerse de la asistencia a las ceremonias religiosas, ver a los feligreses de Montluçon llenar las amplias naves de Nuestra Señora sin que quedara un solo puesto libre. Así era la Misa de los hombres.

Acepté de buen grado su invitación y le dije: "Con mucho gusto hablaré a sus feligreses del Corazón de Jesús".

— "Oh, no, no! Del Corazón de Jesús no. Tome cualquier otro tema a su gusto, pero no les hable del Corazón de Jesús. Esta doctrina resérvala para la Misa Solemne".

Me dejó sorprendido semejante respuesta venida de aquel venerable sacerdote, tan piadoso, de celo tan ardiente, y por otra parte tan considerado por su Obispo y sus compañeros como un hombre de buen sentido y de ciencia teológica más que normal, e inquirí las razones que motivaban tan fuerte resistencia.

—   "Por qué se resiste a que hable del Sagrado Corazón a estos buenos cristianos tan observantes de sus deberes religiosos? ¿No cree que también ellos deben conocer y amar al Corazón de Jesús? ¿No se dirigía a todos los hombres el Señor cuando decía a Santa Margarita María "he aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres"?

—   "Sí, Padre, es cierto. Pero comprenda que nuestros asiduos a la Misa de hombres no son ni "teólogos" ni "devotos", sino simples fieles que cumplen estrictamente sus deberes religiosos y nada más. No podemos sobrecargarlos con "prácticas piadosas" y superfluas; sería exponerlos a abandonarlo todo".

Merece la pena destacar las tres palabras subrayadas en la respuesta: "Ni teólogos, ni religiosos, ni devotos". ¿No está bien claramente expresado el prejuicio de que estamos hablando? Equivale a decir: hay una categoría de cristianos a los cuales no conviene hablarles de la devoción al S.C. porque está reservada a las clases de élite; los simples fieles son incapaces de captar el lenguaje sublime de la caridad. Pensar así sería un gran error que ha privado durante demasiado tiempo a los pequeños y humildes de los beneficios prometidos a cuantos honran su Corazón. ¿No es el lenguaje más sencillo, el más accesible a todos el lenguaje del amor? Cualquier cristiano consciente de la vida de fe, aún el más sencillo e ignorante, se sentirá más cuestionado al escuchar los grandes misterios de la Pasión y Muerte del Señor, y la lógica consecuencia de

cómo nos ha amado el Corazón de Jesús hasta la muerte. Ante esto, si queda aún en su alma una brizna de sensibilidad, si su alma conserva el más mínimo sentimiento de honradez, exclamará con San Juan, el apóstol del amor: "he de amar al Corazón de Jesús porque El me ha amado antes" (la. de Juan, 4,19). Este grito es un acto de reconocimiento y un acto de homenaje rendido al Corazón de Jesús; o en otras palabras un acto de devoción al mismo Adorable Corazón. No hay, pues, motivo razonable para negar a los simples fieles, a los pequeños y humildes los tesoros de misericordia y de gracia que el Corazón de Cristo quiere derramar sobre todos los que le honran. ¿No es precisamente a ellos a quienes ha prometido los más delicados favores?

Mientras todos estos pensamientos afluían a mi mente inundándola de luz, el Rdo. Guillaumet insistía en su argumentación para disuadirme de hablar del Corazón de Jesús.

Tuve que responderle:

— "Señor Arcipreste, me siento terriblemente apesadumbrado por tener que darle este disgusto precisamente en una ocasión en que soy su huésped, acogido y tratado con tanta amabilidad. Antes de salir de la Comunidad, he prometido que si me daban ocasión de predicar, sólo hablaría del Sagrado Corazón. Tengo que ser fiel a esta promesa. Siento el compromiso tomado que me priva de la satisfacción de complacerle. Sus feligreses no sólo no perderán nada, sino que ganarán mucho. Su elocuente palabra de párroco les será más provechosa que la mía. Sin embargo si usted se empeña a pesar de todo que yo hable en su lugar, lo haré, pero mi pláticaserá sobre el Sagrado Corazón.

Al día siguiente, a la hora de empezar la misa, el señor arcipreste me mandó recado de que predicara. Yo obedecí.

La atención, el recogimiento de aquel inmenso auditorio de hombres de todas las clases sociales, el interés que prestaba para oír hablar del Corazón de Jesús me demostró una vez más que no es necesario ser "ni teólogo, ni religioso, ni devoto" para degustar la devoción al Corazón de Jesús. Las almas sencillas, los pequeños, los humildes tienen todas las cualidades necesarias para beneficiarse de las gracias que nuestro Señor ha prometido a los que honran su divino Corazón.

Después de la misa el párroco se dignó darme las gracias añadiendo: "si yo hubiera sabido el modo con que usted iba a exponer un tema tan importante, no habría puesto ninguna dificultad en dejárselo exponer".

Mientras él me hablaba, yo pensaba para mí lo peligroso que es dejarse guiar por prejuicios, ya que su funesta influencia puede falsear las decisiones de los mejores hombres y los espíritus más rectos.

El padre Chevalier nunca admitió categorías de cristiano a las que hubiera que dejar en la ignorancia sobre el Sagrado Corazón. Todos, decía, deben amar a este divino Corazón; todos necesitan sus favores; por tanto tenemos que enseñar a todos. El no tuvo otro objetivo en todas sus obras que el promoverla por todos los medios.

Desde que entró en el seminario estuvo absolutamente convencido de que "esta devoción revelada por el mismo Señor a Santa Margarita María de Alacoque como el remedio a los males de una sociedad congelada por la indiferencia y devorada por una espantosa corrupción"[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/07ChevPip.htm#_ftn1) no había en realidad otro medio Más saludable para trabajar en la renovación de nuestras sociedades modernas que dedicarse a hacer conocer a todos los cristianos este divino Corazón y hacerle amar por todos sin ninguna excepción.

Por otra parte Pío IX, cuando recibió en audiencia al reverendo Padre la primera vez (1860), le había confirmado sin el menor titubeo en sus pensamientos diciéndole: "La Iglesia y la sociedad no tienen más esperanza que el Corazón de Jesús; el curará nuestros males".

La palabra del Sumo Pontífice había sacudido de alegría el Corazón de nuestro Padre; había recogido de labios del Soberano Pastor como un oráculo; veía en él la seguridad de que el cielo agradecía sus piadosos proyectos. Desde que regresó quiso hacernos partícipes de su alegría repitiéndonos, no sin una profunda y dulce emoción, estas benditas palabras que nos recordaba frecuentemente para estimular nuestra devoción y nuestro celo.

No había un solo libro, ni una sola plática que agradara al piadoso San Bernardo si no encontraba en ellos el nombre de Jesús; nuestro Padre Fundador quería también que todo en nuestra vida, en nuestras obras, en nuestras pláticas, en nuestras iglesias. en nuestras ceremonias y en nuestras oraciones recordara el Corazón de Jesús que tanto ha amado a los hombres. Hubiera querido que todas las cosas llevaran la impronta de este bendito Corazón; sin ella le resultaba insípida.

De ahí proviene entre sus hijos la piadosa costumbre de comenzar todas las oraciones, todos los ejercicios, incluso de saludarse con esta invocación: "Amado sea en todas partes el S.C.J. como en algunas comarcas católicas se saludan diciéndose "alabado sea Jesucristo".

De ahí el nombre de MSC dado a los miembros de su Congregación, nombre entrañablemente querido por nuestro Padre, que expresa con tanta precisión el objetivo que él se había propuesto en todas sus obras: el apostolado de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Quería que todas las comunidades se llamaran casas del Sagrado Corazón; que la imagen del Sagrado Corazón estuviera presente en todas las salas comunes y en cada habitación, junto con la de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y la de San José, Modelo y Patrono de los amantes del Sagrado Corazón. El Crucifijo y estas tres imágenes eran el único ornato que permitía en las paredes de las habitaciones. Todas las iglesias, capillas y oratorios pertenecientes a la Congregación deben tener como Patrono principal el Sagrado Corazón de Jesús, y, a ser posible, un altar dedicado aNuestra Señora del Corazón de Jesús y otro a San José, o por lo menos tener sus imágenes. Piadosa y conmovedora costumbre que nos demuestra el ardiente anhelo que consumía al Fundador y su entusiasmo por dar gloria por todas partes al Corazón de Jesús. La Basílica de Issoudun, que, después de su Congregación, fue la obra a la que el Padre consagró la mayor parte de sus desvelos, nos lo demuestra de manera palpable. ¡Cuánto amor derrochó en esta graciosa Basílica! i Con qué solicitud dirigió todos los trabajos! De ser posible, habría querido hacer de ella el más hermoso monumento de la tierra exigido en honor del Sagrado Corazón; por algo ha podido decirse de ella sin exageración que es "un poema a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús y al honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazón".

"En efecto, allí está representado el Corazón de Jesús en las profecías que han revelado desde tantos siglos atrás los misterios de su amor, en los símbolos que lo han representado durante su vida mortal latiendo en el pecho del Hombre-Dios que enseñaba, curaba y perdonaba; en su vida dolorosa expresada en los grandiosos frescos de una Vía Crucis de excepcional belleza; en su vida gloriosa en el cielo y en los Santos que durante su vida en la tierra fueron favorecidos con gracias especiales o maravillosas revelaciones. Esta vida del divino Corazón se concentra en el Sacramentodel altar; por esta razón, en esta Basílica todo converge en el Tabernáculo que es un Corazón de oro.

El amor del Padre Chevalier al Sagrado Corazón fue el que concibió este poema. El dirigió la ejecución no sólo en su conjunto, sino también en todos sus detalles.

El celo de la casa de Dios le consumía; por eso no retrocedía ante ninguna actividad que pudiera contribuir a enriquecer su esplendor, y, tratándose del Corazón de Jesús, su fe y su amor se agigantaban con nuevo impulso imposible de detener por obstáculos o dificultades. Sólo el imposible era capaz de paralizarlo.

Recuerdo que, allá en los comienzos, cuando se decidió a la construcción de la iglesia, su primera idea fue darle la forma de corazón.

Durante mucho tiempo acarició este proyecto con gran desesperación del arquitecto que no encontraba en las normas de la técnica o del arte los medios para su ejecución.

El Padre se consolaba mal que bien diciendo: "si tuviera dinero bastante, no pararía hasta encontrar un genio que fuera capaz de superar las dificultades y resolver el problema".

Este hermoso sueño, porque era un sueño, pronto se desvaneció. Un sueño que traducía perfectamente la idea que le obsesionaba por expresar con signos externos su devoción al Sagrado Corazón.

La rica ornamentación de la Basílica es la manifestación de aquel sueño, como es la rosa eclosión del capullo.

El esplendor de la casa de Dios absorbía su pensamiento, pero su legítima y santa ambición no se detenía ahí.

Es magnífico y laudable levantar ricos santuarios, ornamentarlos magníficamente para gloria de Dios; pero en realidad, estos monumentos no tienen valor a los ojos del Señor sino en cuanto representan un homenaje de corazones agradecidos, consumidos por su amor.

Jesús no vino en busca de bienes perecederos, pues El es el Dueño soberano de todos los contenidos en el mundo. Lo que busca,

lo que pide es nuestro corazón: "hijo mío, dame tu corazón" (Prov. 23, 26).

No podía olvidar eso el P. Fundador, formado en la escuela de Santa Margarita María. Si había tomado para sí mismo y para los miembros de su Congregación el nombre glorioso de Misioneros del Sagrado Corazón, era precisamente con el loco deseo de entregarse sin medida a conducir las almas al Corazón de Jesús. Todo cuanto Nuestro Señor había pedido a la monja de Paray le Monial con este fin, todo cuanto podía contribuir a dar a conocer mejor al Corazón de Jesús, a amarle más, era un acicate que espoleaba su celo. Bien podía decir con el Apóstol San Pablo "me empuja el amor de Cristo".

Veámoslo en su obra.

Nuestro Señor había pedido a Santa Margarita María propagar la imagen de su Divino Corazón, prometiendo bendecir las casas en que fuera honrada. El Padre Fundador sembró millones de ellas por el mundo.

Le encantaban las fiestas de la Iglesia; su deseo era que se celebraran con gran solemnidad de acuerdo con su categoría; pero cuando llegaban las del Sagrado Corazón, de Nuestra Señora del Sagrado Corazón o de Santa Margarita María, entonces no ahorraba esfuerzo para que se celebraran con el mayor esplendor posible: los mejores adornos, los cantos mejor ejecutados, riqueza en los ornamentos sagrados, magnífica iluminación, daban a estas solemnidades una brillantez particular. Ordinariamente iban precedidas por la predicación de un triduo, y el día de la fiesta encomendaba a algún orador sagrado de renombre hacer una alocución de profundo contenido durante la misa de Comunión o en la Reserva del Ssmo. Durante todo el día, desde la primera Misa hasta la tarde, quedaba el Santísimo Sacramento expuesto a la adoración de los fieles. iQué sabrosas eran aquellas solemnidades! La población deIssoudun tenía a gala el prepararse con la confesión, completada con la Comunión reparadora de las injurias e ingratitudes hechas al Corazón de Jesús en el mismo sacramento de su amor. Los oficios de la tarde terminaban con el acto de desagravios hecho por el celebrante.

Fue inmensa la alegría del Padre y gozoso su consuelo cuando comprobó el entusiasmo de los fieles para responder así al deseo de Nuestro Señor. Pero su celo aún no se daba por satisfecho. El amor nunca dice i basta!

Nuestro Señor había revelado a Santa Margarita María: "Te prometo en el exceso de mi misericordia que su amor todopoderoso concederá la gracia de la penitencia final a cuantos comulguen los nueve primeros viernes de mes seguidos; no morirán en su desgracia ni sin recibir los sacramentos, y que El será su asilo seguro en la hora postrera".

Durante mucho tiempo esta promesa de misericordia del Señor estuvo siendo ignorada por los fieles; yo no sé por qué miedo imaginario se temía hacerlo público. El Padre juzgó con muy buen criterio que, puesto que lo había comunicado, deseaba que fuera conocido por todos. Dio, pues, a conocer la divina promesa e invitó a las almas devotas del Corazón de Jesús a la Comunión de los Primeros Viernes, según las intenciones de Nuestro Señor.

Su llamada fue escuchada. Cada mes se vio cómo aumentaba el número de comulgantes en la Basílica. Ese día había Exposición del Santísimo y la fiesta terminaba con la Bendición y el acto de desagravios. A la Comunión mensual se añadió pronto la del viernes de cada semana; más tarde la Comunión reparadora de cada día hecha por siete personas que se turnaban en el comulgatorio conforme a un orden establecido, e incluso por la misma persona admitida a la comunión diaria. Como complemento de estas prácticas piadosas, el Padre había establecido la laudable costumbre de celebrar otros ejercicios públicos en el mes del Sagrado Corazón.

De este modo se sucedían continuamente en la Basílica los homenajes al amor de Jesús por los hombres y actos de reparación para compensar las injurias y ultrajes inferidos a su infinita misericordia.

Esta fue la obra a la que nuestro Padre se consagró toda su vida y para la cual creó la Congregación de MSC. Y por muy grande, por muy importante que nos parezca, no era suficiente aún para su amor al Corazón de Jesús ni para el ardor de su celo.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/07ChevPip.htm#_ftnref1) Palabras escritas por el Reverendo Padre en la primera página de las constituciones de la Congregación.

**Capítulo VIII**

**LAS TRES ARCHICOFRADÍAS**

El Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, ocupaba continuamente el pensamiento del P. Chevalier. Ni sus excesivos trabajos, ni los sufrimientos, ni las persecuciones, ni las más dolorosas pruebas lograban disuadirle. Se habría creído merecedor de un anatema si, siendo como era Misionero de este Corazón Sagrado, y habiendo sido favorecido por El con tantos favores y cautivado con tanta fuerza, pudiera proponerse otro objetivo en sus actividades. Como el Profeta Rey, ansiaba que todas las criaturas, los Ángeles y Santos del cielo, los hombres en la tierra, los seres todos en una palabra, contribuyesen con sus homenajes a la alabanza del divino Corazón.

Ya nos había enseñado a glorificarle por medio de María y en unión con Ella, cuando nos había dado a conocer el nuevo título de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón con el que quería que se invocara siempre a la Virgen bendita en la Basílica. Nos repetía sin cesar: "Con este título que resume en cierto modo todos los demás, reconocemos el poder que el Salvador le ha dado sobre su Corazón adorable. Suplicamos a esta Virgen poderosa que nos conduzca al Corazón de Jesús; que nos revela los misterios de amor que encierra; que nos abra la fuente de los tesoros de su gracia; que Ella con susmanos maternales los reparta sobre los que la invocan y se encomiendan a su protección. Y además nos unimos a nuestra Madre para alabar al Corazón de Jesús y reparar con Ella las ofensas que recibe de los hombres". Estas palabras expresadas hace más de cincuenta años, nos revelan perfectamente el obsesivo ideal de nuestro Padre.

¿Tenía alguna otra manera de expresar en términos más claros su ferviente anhelo de ver la devoción a María ocupar un puesto preponderante en el culto de amor al Corazón de Jesús?

Ansiaba aprender de la Madre del Cielo las perfecciones divinas del Sagrado Corazón. ¿Quién, mejor que Ella había sondeado sus infinitas profundidades?

Por otra parte, consciente de la incapacidad de la inteligencia y del corazón humano para dar la debida gloria al Corazón de Cristo, buscaba en la Virgen María el remedio a sus limitaciones.

En otras palabras, "al Corazón de Jesús por María" fue su constante obsesión y su continua práctica.

Sin género de duda, por inspiración de la misma Santísima Virgen fue como él dio con el bendito título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Título en verdad glorioso y bendito; nombre que los ángeles del cielo han esparcido por el universo entero, y que tantos millones de corazones agradecidos se complacen en repetir día tras día con ternura, amor y confianza porque María no cesa de derramarsus beneficios sobre quienes la invocan con este título entrañable.

Uno de los mayores gozos del Padre, su mayor consuelo, era pensar que la devoción a Nuestra Señora había contribuido en gran medida a calar profunda y delicadamente en las almas el conocimiento y amor del Divino Corazón.

Pero ¿y San José?

También el humilde obrero de Nazareth, asociado por íntimos lazos a Jesús y María, debía tener un puesto destacado, un papel de excepción en los homenajes que se rinden al Corazón de Jesús.

Después de la misma Madre de Dios, ¿acaso no fue él quien mejor le conoció y amó?

El mismo Jesús tuvo que sentir hacia quien fue el Custodio fiel de su infancia los más exquisitos sentimientos de particular ternura.

El amor de José hacia Jesús tenía que tener exacta reciprocidad en el amor de Jesús a José, siendo sin duda a él a quien más amaba después de a María, su Madre.

El P. Chevalier quiso establecer una Archicofradía con el nombre de "San José, amigo del Sagrado Corazón". Pero la Santa Sede hizo la observación de que este título no expresaba suficientemente las prerrogativas del Santo Patriarca, y lo sustituyó por el más explícito de "San José, Modelo y Patrono de los Amigos del Sagrado Corazón".

Escribía más tarde el P. Chevalier: "Declarar que San José es el prototipo de los que aman al Corazón de Jesús equivale a decir que llegó en el amor a un grado imposible de sobrepasar e incluso de alcanzar. Podemos implorar su ayuda y protección para imitarle. Por eso la Iglesia le proclama no sólo Modelo sino también Patrono de los que aman al Sagrado Corazón, y quieren progresar en su amor... Tengamos siempre en los labios esta sublime invocación: "San José, Modelo y Patrono de los Amigos del Sagrado Corazón, Ruega por nosotros".

oOo

La Archicofradía de San José, Modelo y Patrono de los Amigos del Sagrado Corazón es la segunda fundada por el P. Chevalier, y dirigida por los MSC.

La tercera es el CULTO PERPETUO DE AMOR Y REPARACION al Sagrado Corazón de Jesús. Es el magnífico complemento de la serie de obras propuestas a los fieles para glorificar al Corazón de Jesús. Todos, en efecto, por mínima voluntad que tengan, pueden rendir al Corazón de Jesús este Culto de Honor y Reparación cuyas prácticas esenciales no constituyen para nadie una carga. No supone un estorbo para el cumplimiento de los deberes ordinarios; antes al contrario, proporcionan una gran ayuda para cumplirlos fielmente y sacar de ellos abundantes méritos.

El Culto Perpetuo de Honor y Reparación al Sagrado Corazón de Jesús fue inaugurado en la Basílica del Sagrado Corazón de Issoudun el 25 de marzo de 1874. En los Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de este mismo año (junio, pág. 122) podemosleer: He aquí otra flor en el jardín de Nuestra Señora del Sagrado Corazón..."

Propuesto el 25 de marzo de este mismo año a los fieles de Issoudun, inmediatamente quedó establecido el CULTO PERPETUO, y se va propagando rápidamente con inmensos .tesoros de gracias...

Nos parece estar escuchando a Nuestra Señora que nos dice con mayor alegría aún que Santa Margarita María: " ¡Cómo me alegráis al querer rendir un homenaje especial a este adorable Corazón!" (Obras de Sta. Margarita María, tomo 2).

El origen de esta práctica tan fecunda en frutos de salvación es bien humilde y sencillo. En el suelo fértil de la Iglesia suelen nacer así los mejores y más abundantes frutos.

Unos años atrás había entrado en la Congregación un sacerdote sumamente piadoso, de una modestia y discreción mayores, si cabe. Su ardoroso afán de consagrarse sin reserva al servicio del Corazón de Jesús, buscaba afanosamente el modo de agradarle y honrarle con más perfección[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/08ChevPip.htm#_ftn1).

El humilde Religioso, el "buen Padre Miniot" como le llamábamos familiarmente, pensaba que los Misioneros del Sagrado Corazón deberían rendir un culto ininterrumpido y especial al Sagrado Corazón. Habría querido que todos los días, en cada Comunidad, fuesen designados oficialmente en nombre de la Congregación algunos miembros para ofrecer al Sagrado Corazón homenajes de adoración, amor y alabanza en reparación de los ultrajes inferidos por los pecadores.

Era el germen del CULTO PERPETUO.

El P. Chevalier, a quien comunicó su idea, la encontró maravillosa y le felicitó por ella prometiéndole madurarla en la reflexión y oración, y hacer todo lo posible para llevarla a la práctica.

La pequeña semilla había caído en tierra fecunda, echó raíces y se desarrolló rápidamente.

El Padre, atento siempre a cuanto podía hacer relación a la gloria del Sagrado Corazón y el bien de las almas, se decía: "si esta piadosa práctica responde a los deseos de nuestro Señor, como ha manifestado a Santa Margarita María, y da sólidas esperanzas para el progreso espiritual de nuestros Misioneros, ¿por qué limitarla solamente a los miembros de la Congregación? ¿No sería privar al Corazón de Jesús de tantos homenajes como pide y muchas almas de un medio de santificación? Después de todo, la devoción al Corazón de Jesús no era privilegio de una determinada categoría decristianos; es de todos".

A partir de aquel momento quedó establecido el CULTO PERPETUO DE HONOR, REPARACION Y ORACION AL SAGRADO CORAZON.

Fue presentado para su aprobación al Arzobispo de Bourges, quien se apresuró a aprobarlo.

El 25 de marzo, como he dicho antes, el Padre lo expuso a los fieles de Issoudun, que lo acogieron gozosamente. Más tarde, en el mes de junio, se dio a conocer a los numerosos socios de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón por medio de los Anales.

Bajo el patrocinio de la Tesorera del Corazón de Jesús, la Piadosa Asociación del Culto Perpetuo produjo abundantes frutos de gracia y virtudes en los claustros y en las familias que lo adoptaron.

Diez y siete años más tarde, el 15 de abril de 1891, su Eminencia el Cardenal Parroqui, Vicario de S.S. León XIIl la estableció canónicamente en la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Roma; y el 26 de junio del mismo año el Soberano Pontífice la erigía en Archicofradía y la enriquecía con numerosas indulgencias.

Todo lo concerniente al Culto Perpetuo está claramente expuesto en el "Manual" que tiene a su alcance la mayor parte de nuestros lectores, y por tanto resulta superfluo extenderse más. No obstante nos parece oportuno traer aquí algunas reflexiones queleemos en el prólogo de una de las últimas ediciones de ese librito que contiene tantas cosas buenas. Datan de 1903.

"Con profundo sentimiento de gozo y reconocimiento publicamos esta novena edición del "Manual de la Archicofradía del Culto Perpetuo al Sagrado Corazón".

" ¿Cómo no manifestar nuestra alegría al comprobar la rapidez con que se han agotado las anteriores ediciones? Es sin duda una prueba del creciente interés que ha despertado la devoción al Sagrado Corazón, indicio anticipado de la salvación que este divino Corazón ha venido a traer a la tierra".

"Nos alegran los "actos perpetuos" de amor y reparación que así se han ofrecido a este adorable Corazón para compensar los ultrajes "perpetuamente" cometidos por los pecadores".

Por medio de las tres Archicofradías fundadas, el P. Chevalier contribuyó considerablemente a propagar en el mundo la doctrina y el amor misericordioso de Jesús. Aunque cada una de ellas tiene un objetivo particular que la distingue de las otras dos, todas ellas tienden a un mismo fin: el Corazón de Jesús.

La Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón nos manifiesta los tesoros de amor y misericordia contenido en este Corazón infinitamente misericordioso, y nos enseña el medio de participar de ellos: podemos obtenerlos por María, la inefable Tesorera del Sagrado Corazón, por María, nuestra Madre.

San José se nos presenta como el arquetipo, el "Modelo" acabado en el cumplimiento de nuestros deberes para con el Sagrado Corazón y de los homenajes que debemos ofrecerle.

Por la práctica del Culto Perpetuo nos proponemos penetrar en las profundidades del Corazón de Jesús por la oblación diaria de nosotros mismos y de nuestros actos de virtud; nos ejercitamos en el ofrecimiento de nuestra adoración, amor y alabanza; imploramos su favor, confiados en su bondad; reparamos las ingratitudes y desprecios que recibe; compadecemos sus sufrimientos, y estrechamos los lazos que nos unen a su Corazón.

En una palabra, el Culto Perpetuo nos ayuda a practicar con mayor perfección la devoción al Corazón de Jesús.

¿Quién será capaz de calcular el número de buenas obras y actos de virtud que han suscitado nuestras tres Archicofradías?

¿Quién llegará a saber jamás la multitud de almas a las que habrán encaminado hacia la salvación?

Bendita sea la memoria de nuestro venerado Fundador que nos ha legado tan preciosa herencia.

Al fundarlas quiso; deseó y se propuso el bien que han producido y continuarán produciendo.

Serán para él una fuente inagotable de eterna gloria y felicidad.

1.        [[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/08ChevPip.htm#_ftnref1) El recordado P. Miniot fue verdaderamente humilde y bondadoso. Exacto en el cumplimiento de la Regla y en los ejercicios de piedad, practicaba a la letra los consejos del autor de la Imitación: "buscad pasar inadvertidos y ser tenidos en nada". Su vida transcurría pura tanto en los largos coloquios ante el Sagrario con el Sagrado Corazón como en el confesonario, en el que recibía a los penitentes con gran amabilidad.

Cuando se le necesitaba para cualquier servicio, se le podía encontrar con toda seguridad en uno de esos dos lugares.

No me habría atrevido a divulgar su secreto si el querido compañero estuviera aun en vida, pues esto le habría causado gran disgusto.

El P. Miniot había nacido en Charost, capital del cantón de Cher.

Realizó sus estudios en el Seminario de Bourges. Una vez ordenado sacerdote, ejerció el ministerio parroquial. Cuando en 1871 entró en el Noviciado de la Congregación en Montluçon, era Párroco de Mer (Indre), donde quedan aun vivos muchos recuerdos de él.

Después de la Profesión fue Profesor de la Pequeña Obra, y más tarde ayudante del Maestro de Novicios. Cuando desempeñaba este cargo fue llamado al Escolasticado de Roma; después a París, de donde tuvo que salir hacia Barcelona cuando la expulsión de 1901.

Murió en 1903 pletórico de méritos; a la edad de 72 años, después de 31 de vida religiosa.

Cf. También Anales españoles 1903, enero. (Nota del traductor).

**Capítulo IX**

**LA ASOCIACIÓN DE ALMAS CONSAGRADAS AL CORAZÓN DE JESÚS**

**LA CONGREGACIÓN DE HIJAS DE NUESTRA SEÑORA  
DEL SAGRADO CORAZÓN**

**LOS LIBROS**

Entre las obras más afanosamente deseadas por el P. Chevalier, puede colocarse indudablemente la de las "Almas consagradas al culto del Sagrado Corazón".

"Nuestra Congregación tratará solícitamente de congregar a los fieles devotos del Sagrado Corazón. Los asociará bajo la bandera de este mismo Corazón por medio de estatutos convenientes para caldearlos en la piedad, respetando siempre la autoridad de los Obispos" (Constituciones, No. 18).

Estas líneas dejan bien claro, a poco que se reflexione sobre ellas, las habituales disposiciones de nuestro Padre.

Convencido con Santa Margarita María que "no hay camino más corto para llegar a la perfección, ni medio más seguro para la salvación que consagrarse al Sagrado Corazón para tributarle los homenajes de amor, honor y alabanza de que somos capaces", nada escatimaba con tal de procurar esta oportunidad a las almas de buena voluntad.

Con el fin de facilitar a los Religiosos la tarea de asociar a los fieles bajo la bandera del Sagrado Corazón, estableció las normas de una Asociación especial que tendría por objeto "formar, agrupar y fomentar verdaderos adoradores del Corazón de Jesús, adoradores en espíritu y en verdad para darle el culto de amor, agradecimiento, reparación e imitación pedidos a Santa Margarita María, y atraer así sobre las almas los infinitos tesoros de gracia y santidad que ha prometido en retorno de los homenajes que le sean rendidos". ("El Sagrado Corazón", por el P. Julio Chevalier,pág. 400 — Edición de 1900).

La obra, aprobada por el Arzobispo de Bourges, fue acogida entusiásticamente por los fieles. En poco tiempo tenía adeptos por todas partes. Cuando, a finales de 1877, el Padre dirigía una petición a Pío IX solicitando indulgencias para esta nueva Asociación,ya podía escribir:

"Desde hace varios años, con el permiso y aprobación de Su Excelencia el Arzobispo de Bourges, tratábamos de iniciar esta obra proponiendo a los fieles que las solicitaban unos estatutos destinados a regirla, pues bien ya cuenta con unos trescientos miembros repartidos por diversas provincias de Francia, Italia, Bélgica, Inglaterra, Austria y Canadá. Y diariamente recibimos nuevas adhesiones".

La súplica, con la calurosa recomendación de Mons. De la Tour d'Auvergne, fue presentada al Santo Padre, el cual por un Breve de 29 de enero de 1878, concedió las indulgencias y favores solicitados. Estos fueron los últimos favores concedidos por Pío IX a la Congregación de MSC, a la que con tanta benevolencia había acogido desde el principio, y a la que había arropado, por así decirlo, con su poderosa protección. Diez días después, el 7 de febrero, Pío IX, lleno de días y de méritos, dejaba esta tierra en la que tanto había trabajado y sufrido por la causa de la Santa Iglesia, para volar al cielo a recibir la recompensa de sus eminentes virtudes.

La última bendición de Pío IX favoreció de modo admirable la extensión de la Asociación de almas consagradas al Sagrado Corazón que cuenta hoy con cerca de dos mil miembros individualmente o integrados en Asociaciones florecientes.

Para nuestro Fundador constituyó un gran consuelo dejar tras de sí, esparcida por el mundo, una legión de almas escogidas entregadas por entero al Sagrado Corazón, deseosas de glorificarle por medio de una vida santa, y de reparar con sus homenajes las ingratitudes que recibe.

El venerado Padre sentía un verdadero afecto hacia estas almas. Pidámosle que bendiga esta asociación, multiplique sus miembros y logre para ellos un fervor cada vez mayor.

oOo

Las sublimes prerrogativas de la Inmaculada Madre de Dios, consideradas sobre todo en sus relaciones con el Corazón de su hijo divino, habían hecho renacer en el alma de nuestro venerado Padre tan profundos sentimientos de veneración, tan alta estima de las perfecciones con que la veía adornada, que buscaba incesantemente nuevos motivos para darle gloria. Su deseo hubiera sido, si posible fuera, ver los altares erigidos por nuestra pobreza —tronos, ay!, tan poco dignos de la Reina del ciclo—, rodeados noche y día por una guardia de honor que rindiera continuamente homenaje a su nobleza, como lo hacen los Ángeles de Dios en el cielo.

Grandioso sueño, ciertamente, fruto espontáneo de su amor a la Madre de Dios, pero irrealizable por la debilidad humana. Sin embargo se veía forzado a moderar sus deseos a la medida de sus posibilidades. Escuchémosle cómo expresa sus sentimientos a este respecto. En su precioso libro sobre Nuestra Sra. del Sagrado Corazón ("Nuestra Señora del Sagrado Corazón según la Sagrada Escritura, los Santos Padres y la Teología", pág. 485, 4ta. edición), en una forma impersonal, pero transparente, leemos:

"Desde los primeros momentos en que María recibió el título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, fue inevitable pensar que esta divina Madre se rodearía de una corte de honor que en pos de Ella y bajo su protección había de consagrarse por entero al servicio del Corazón de Nuestro Señor. Este feliz presentimiento se ha visto realizado con la aprobación del Arzobispo de Bourges y la Bendición del Santo Padre".

¿Cuál era esta 'corte de honor" que la Virgen de las vírgenes iba a reunir, según el presentimiento del piadoso Fundador, sino la CONGREGACION DE HIJAS DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON?

Cuando en 1895, el Padre publicaba el volumen del que hemos entresacado las líneas anteriores, esa Congregación había enviado ya intrépidas misioneras a las regiones evangelizadas por los Misioneros del Sagrado Corazón.

Esta Congregación nació el 30 de agosto de 1874 a la sombra de la Basílica de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, como dan fe los Anales de este mismo año (No. de Sept.).

Sin embargo aquel primer intento no dio el resultado apetecido por el Fundador. Fue como una semilla cuidadosamente escogida y confiada a un suelo fértil por un experto jardinero, pero que no siempre produce los frutos esperados.

Fue ocho años más tarde cuando Nuestra Señora del Sagrado Corazón proporcionó a la pequeña y hasta entonces lánguida Comunidad la persona destinada a ser como la madre y fundadora, el momento en que empezó a desarrollarse.

Durante 26 años la Rma. Madre María Luisa Artzer (fallecida el 21 de febrero de 1908), a pesar de las dificultades, tuvo el consuelo de ver a sus Hijas multiplicarse y proyectarse a lo lejos: a las Misiones de Nueva Guinea y de las Islas Gilbert en que evangelizan varios puestos de misión; a Sydney (Australia) en que tienen establecido un Noviciado y dirigen escuelas; a Tasmania, a donde fueron llamadas por el Obispo para instruir y catequizar a la juventud de la Diócesis.

Aunque la persecución las ha obligado a abandonar la casa que fue su cuna; aunque, como tantas otras Congregaciones, se han visto obligadas a cerrar temporalmente en Francia su Noviciado y buscar una tierra hospitalaria para la continuación de sus obras, este vendaval no ha sido suficiente para detener su progreso.

Bélgica las ha acogido benévolamente. Allí han fundado ya varias casas. La Rvda. Madre con su Consejo ha fijado su residencia en Thuin, pequeña población de la Diócesis de Tournai.

También allí, al lado de la Casa-Madre, se ha abierto un Noviciado que ofrece muchas esperanzas.

Todas las prolíficas obras cuya creación acabamos de describir someramente, son como espigas doradas de una mies cosechada por nuestro Fundador para gloria del Sagrado Corazón y el establecimiento de su reino en las almas. El siervo bueno y fiel no enterró los talentos que le habían sido confiados, sino que multiplicó su valor por medio de un incesante trabajo y a fuerza de múltiples sacrificios.

Sirviéndonos de las palabras del salmista, también podemos decir que, habiendo sembrado con lágrimas, pudo depositar con alegría una cosecha abundante a los pies del Señor.

También los libros que ha dejado escritos han sido como doradas espigas añadidas a esta meritoria mies ya de suyo abundante.

Estos volúmenes, al igual que su ministerio pastoral, igual que todas las obras fundadas por él, no tienen otro objetivo que dar la gloria debida al Corazón de Jesús y la extensión de su reinado en el mundo.

Ya desde los primeros tiempos de su ministerio misionero, en los días que evangelizaba las zonas rurales, echaba en falta una recopilación de cánticos al Sagrado Corazón al alcance de las personas sencillas a quienes llevaba la palabra de Dios. Al no encontrar nada a su gusto, decidió coleccionar él mismo un repertorio impreso para su uso personal y el de sus colaboradores; un modesto cuadernillo de una treintena de páginas, de pequeño formato, con cánticos populares de fácil asimilación, para los componentes de los coros parroquiales.

Ese fue el humilde origen de la "Colección de Cánticos al Sagrado Corazón" que publicó años más tarde, y que nos atreveríamos a decir que tuvo días de gloria, ya que a la primera edición sucedieron otras muchas tan rápidamente agotadas como la primera.

Ciertamente hemos de reconocer que no fueron obras literarias dignas de captar la atención de los poetas ni de satisfacer gustos refinados; tampoco era esa su intención. Su deseo era proporcionar a las gentes sencillas un medio más de degustar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Trató de hacer algo útil, lo que se dice en sentido cristiano "una buena obra" que produce un gozo más puro y unos frutos más duraderos que la gloria literaria.

Los "Cánticos a Nuestra Señora del Sagrado Corazón", y los "Cánticos a San José, Modelo y Patrono de los Amantes del Sagrado Corazón", compuestos como los anteriores pensando en las diversas circunstancias que pudieran ser utilizados, gozaron de la inmediata aceptación del público al que estaban destinados. Así lo demuestran las numerosas ediciones que siguieron.

Las obras maestras del P. Chevalier son indudablemente los dos volúmenes titulados "El Sagrado Corazón de Jesús" y "Nuestra Señora del Sagrado Corazón según la Sagrada Escritura, los Santos Padres y la Teología".

¿Se había propuesto el autor algún plan previo al escribir estas obras? ¿Tenía recopilados de tiempo atrás concienzuda y científicamente preparados los materiales que iba a necesitar? Incluso cabría preguntarse si en algún momento le habría pasado por la cabeza escribirlas. i En absoluto! Puedo asegurarlo porque desde los comienzos yo mismo he seguido todo el proceso, y aún me atrevería a decir que he visto componer el esquema de esta doble obra de arte creada por él en honor y para gloria del Sagrado Corazón y de la Santísima Virgen.

Cuando en 1862 escribía el primer folleto sobre Nuestra Señora no pretendía más que precisar el sentido de este nuevo título dado a la Madre de Dios. Y aquellas breves páginas fueron el germen fecundo que produjo los dos títulos citados. Aquel opúsculo tuvo que ser editado repetidas veces.

La edición de 1868 salió laudablemente enriquecida con algunas transformaciones. En ella abundan las citas de Santos Padres que confirman el nuevo título dado a María. En esa edición el opúsculo se convierte ya en un considerable compendio, con unprólogo sobre la devoción al Sagrado Corazón que lleva como consecuencia inmediata la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Algunos años después, y con el título de "Nuestra Señora del Sagrado Corazón mejor conocida", aquel folleto se convierte en un tratado de varios centenares de páginas, varias veces reeditado y ampliado.

En ese volumen profusamente documentado se destaca primordialmente el Corazón de Jesús en su relación con la Virgen Inmaculada.

Más tarde, en 1883, bajo la supervisión y con el permiso del Maestro del Sacro Palacio, se imprimió un grueso volumen con el título de "El Sagrado Corazón de Jesús relacionado con María, estudiado bajo el punto de vista de la Teología y la Ciencia Moderna, o Nuestra Señora del Sagrado Corazón".

Esta obra, dedicada a Su Santidad León XIII, recibió el 22 de septiembre de 1884, un Breve Pontificio muy reconfortante para el Padre, justamente cuando estaba sufriendo las consecuencias terribles de la persecución.

Por fin, a instancias de algunos compañeros, se decidió a publicar esta importante obra en dos volúmenes independientes el uno del otro, lo cual trajo consigo la completa modificación de una labor que había supuesto ya más de veinte años de trabajo.

Las diversas ediciones de cada uno de estos volúmenes son un fiel testimonio de la aceptación del público.

En 1895 sacaba a la luz la cuarta edición del libro "Nuestra Señora del Sagrado Corazón... , y cinco años más tarde la cuarta de "El Sagrado Corazón".

Debemos hacer observar que el infatigable autor revisaba por entero el libro a cada nueva edición, completándolo con mejoras más o menos considerables

Sin embargo, estos trabajos, añadidos a los que suponía el gobierno de la Congregación y el ministerio pastoral de una extensa parroquia, no eran suficientes para su actividad. En 1892, ya casi septuagenario, publicaba la "Escuela del Sagrado Corazón, o Lecciones de Perfección". Al año siguiente aparecían dos volúmenes de "Meditaciones para todos los días del año según el espíritu del Sagrado Corazón". En 1899 salía la "Historia religiosa de Issoudun", un grueso volumen de 450 páginas cuya segunda edición estaba preparando cuando le sobrevino su larga, dolorosa y definitiva enfermedad.

En 1904 terminaba su trabajo sobre "El Apocalipsis y los tiempos modernos", del que pudo ver salir dos ediciones más en poco tiempo; y, durante este mismo año "Ejercicios Espirituales de ocho días según la doctrina y método de San Ignacio".

Hayque añadir además diversos artículos publicados de vez en cuando en los "Anales de Nuestra Señora del Sagrado Corazón", y un considerable número de trabajos impresos para circunstancias especiales, amén de otros muchos encontrados en sus apuntes. Es de notar que el Padre nunca tuvo secretario que le ayudara ni en suabundante correspondencia particular, ni para sus escritos. De ahí se puede deducir la cantidad de trabajos realizados durante su larga carrera.

Pese al paso de los años y las graves enfermedades que iban arruinando sus fuerzas corporales, su mente no perdió ni el vigor ni el primer dinamismo. Prueba de ello son sus últimos trabajos. Son el fruto de su extrema senectud. De cara ya a rendir cuentasde su vida al Soberano Juez, con una humildad edificante y una inquebrantable confianza en la divina misericordia de que pueden dar testimonio los que le asistieron en sus últimos años, practicaba a la letra el consejo de la "Imitación": "No estés nunca ocioso; ocúpate en leer, escribir, rezar, editar o hacer alguna cosa que se refiera al bien común" (Imit. libro 1ro. cap. XIX).

Así fue la vida del venerado Padre hasta su último instante para gloria del Corazón de Jesús y bien de las almas.

**Capítulo X**

**UNA AUDIENCIA DE PIO IX**

**LA CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO AL SAGRADO CORAZÓN**

**CONTRIBUCIÓN DEL P. FUNDADOR A ESTA CONSAGRACIÓN**

Para completar cuanto llevamos dicho sobre el amor del P. Fun­dador al Sagrado Corazón y su constante desvelo en propagar por todas partes esta devoción, me parece útil transcribir aquí el relato de una audiencia en que fue recibido por Pío IX en 1874. Relato que abreviamos, tomado de los Anales de julio del mismo año.

El Padre se encontraba en Roma con dos de sus compañeros, los Padres Vandel y Jouet, desde los primeros días de mayo. El 5, fiesta de Pío IX formaban parte de la audiencia concedida a los Delegados de las peregrinaciones llegadas a Roma para felicitar al Santo Padre con aquella ocasión.

El Padre llevaba la representación del Arzobispo de Bourges y de su Diócesis; los otros dos compañeros iban como representantes de los miembros de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Pero el P. Chevalier, que iba con intención de solicitar la apro­bación de su Congregación, había solicitado una audiencia privada, pero transcurrió todo un mes antes de que le fuera concedida, a causa de una enfermedad del Papa. Fue un mes de incesantes ora­ciones a Nuestra Señora.

Por fin llegó el día señalado para la audiencia, el 3 de junio. "El Santo Padre —dice el cronista—, estaba sentado en su escri­torio con semblante sonriente.

— Adelante, hijos, —nos dijo al notar nuestra timidez por temor a interrumpirle en su trabajo—. El pobre Papa siempre tiene alguna cosa que hacer, pero termino en un momento".

"Entonces nos postramos de rodillas.

—  "Santísimo Padre —comenzó el P. Chevalier—, a vuestros pies están los Misioneros del Sagrado Corazón, y os ofrecemos con nuestro más sincero homenaje, esta imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón con cuanto contiene".

Mientras pronunciaba estas palabras de saludo, el Padre le pre­sentaba una hermosísima imagen de bronce plateado, en cuya peana llevaba como ofrenda de los Asociados, el óbolo de San Pedro".

El Papa hizo colocar la imagen sobre su mesa y tuvo palabras llenas de ternura y agradecimiento para el Padre y para cuantos ha­bían colaborado en aquella ofrenda.

El P. Chevalier continuó: —"Santísimo Padre, vuestra Santidad se dignó bendecir en 1860 nuestra pequeña Congregación. Nos dijo que querría tener la satisfacción de darnos la aprobación canónica. Hace cinco años que vuestras palabras se cumplieron concediéndonos la primera aprobación. Ahora volvemos en solicitud de la apro­bación definitiva para nuestra pequeña Sociedad. Sesenta y dos obispos, a la cabeza de los cuales figura el Arzobispo de Bourges, y cuyas cartas traemos, os lo piden con nosotros".

—  ¿"Traéis todas esas cartas?, repuso el Papa".

—  "Sí, Santo Padre, las hemos entregado al Secretario de la Congregación de Obispos y Religiosos".

—" ¿A Monseñor Vitelleschi? Perfecto. Pasado mañana le veré yo, le hablaré de ello y le urgiré el asunto".

.Pío IX lo tomó con tanto interés que, por una delicadeza espe­cial, firmaba el Decreto de Aprobación definitiva antes de fin de mes, en la Fiesta del Sagrado Corazón.

El Soberano Pontífice, fijando la mirada en un cuadro que sos­tenía en sus manos uno de los Misioneros, preguntó su significado.

—  "Hace dos años, contestó el P. Chevalier, tuvimos el consue­lo de estar a vuestros pies y presentaron una súplica que Vuestra Santidad se dignó atender benignamente".

—  " ¿Y de qué se trataba?".

— "Santísimo Padre, está escrita en el cuadro con las mismas palabras que os dignasteis añadir. Desearíamos que vuestra Santidad ratifique aquel acto con su firma.

— Lea Vd. mismo lo que está escrito, dijo el Papa.

Y el Padre, tomando en sus manos el cuadro leyó lo siguiente: "Santísimo Padre:

"El P. Julio Chevalier, sacerdote de la Diócesis de Bourges, Su­perior de la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón, hu­mildemente postrado a los pies de Vuestra Santidad, solicita el si­guiente favor:

Que vuestra Santidad que se ha dignado bendecir, animar y aprobar nuestra pequeña Sociedad Religiosa nacida en Issoudun el mismo día de la proclamación de la Inmaculada Concepción, en 1854, se digne aceptar el ofrecimiento que esta Congregación os hace de sí misma, de todos sus miembros y sus obras como de unbien que os pertenece, teniéndoos como su Fundador y Superior personal, y que por este título que nos impone la dulce obligación de sentirnos obligados a entregarnos a vuestra causa, que es la del mismo Jesucristo, tengamos derecho a participar en vuestros méri­tos y en vuestras oraciones, tanto para nosotros como para los que nos han de suceder en la misma Congregación.

Dignaos, Santo Padre ratificar con vuestra firma el deseo que os exponen vuestros hijos".

— "Muy bien, muy bien, —exclamó el Santo Padre que, duran­te la lectura, no había cesado de hacer signos de asentimiento a cuanto escuchaba—. "Sí, sí, yo puedo hacer lo que deseáis".

Y el venerable Anciano escribió de su puño y letra debajo de la súplica: BENEDICAT VOS DEUS, DIRIGAT ET ILLUMINET — Píus IX"[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm#_ftn1).

Después de haber firmado el cuadro como le había pedido el Padre, intimó con sus visitantes tan familiar y sencillamente como un padre con sus hijos. Los tres Misioneros escucharon embelesados sin poder contener su emoción al comprobar la unción y piedad con que el venerable Anciano les hablaba del Corazón de Jesús. Depronto, sin que ninguna insinuación de sus interlocutores provoca­ra el tema, les dijo:

— "Hace algún tiempo[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm#_ftn2), se me pidió que consagrara la Iglesia al Sagrado Corazón de Jesús, y por entonces no me sentía todavía dispuesto por creer que aún no era el momento oportuno. Pero hoy, si los fieles católicos me lo piden, lo haré de mil amores. Veo necesario responder a la piedad de los fieles; es preciso que el Sa­grado Corazón ejerza su soberanía sobre el mundo"

El cronista de 1874, después de citar estas palabras del Santo Padre, añadía:

"Estas palabras del Vicario de Cristo cayeron sobre nuestro corazón como aceite sobre fuego. ¿Qué mayor gozo podía comu­nicarnos el Santo Padre que hablar así a unos Misioneros del S.C. cuya divisa es "Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón deJesús?".

El P. Chevalier y sus dos compañeros, al salir de aquella audien­cia en la que tuvieron el honor y el consuelo de renovar sus Votos religiosos a los pies del Soberano Pontífice, se intercambiaron mu­tuamente sus impresiones. Se preguntaban qué podrían hacer para responder a los deseos del Papa. Poco duró la deliberación; entusiasmados COMO estaban los tres por el Sagrado Corazón, y animados por el mismo deseo de su gloria, llegaron a la conclusión evidente de que, habiéndose manifestado Pío IX tan benévolamente como Superior inmediato y personal de la Congregación, su manifiesto deseo les imponía un deber. Por otra parte jamás se había de en­contrar otra ocasión tan favorable de trabajar por el Corazón de Jesús que dedicarse afanosamente a conseguir que la Iglesia y el Mundo le fuesen consagrados por Pío IX. Tomaron la decisión de no desperdiciar ninguna oportunidad, de intentar incluso lo que parecía imposible, para llegar a aquel feliz resultado. Sin pérdida de tiempo, redactaron una circular que se publicó primero en los Anales (número de julio de 1874), y después un enorme número de ejemplares editados aparte para enviar a todos los celadores yceladoras de la Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en todo el mundo.

Con la poderosa intercesión de Nuestra Madre, la circular tuvo una gran acogida; y fue prodigiosa la rapidez de nuestros asociados en responder al deseo del Papa.

Aún no habían transcurrido seis meses, y ya el Padre empren­día de nuevo el camino de Roma llevando un voluminoso cartapacio con las peticiones de ciento sesenta cardenales, arzobispos y obispos de Francia, Italia, España, Holanda, Austria, Bélgica, Ca­nadá y otros países; además las adhesiones de abades mitrados, Superiores Generales y de gran número de Ordenes y Congregacio­nes Religiosas; además 28 volúmenes de súplicas firmadas por los fieles, con cien mil firmas cada uno, que hacen un total de dos mi­llones ochocientas mil adhesiones. Poco después llegaron a Issoudun otros dos volúmenes parecidos a los anteriores, lo que eleva la suma de firmas a tres millones.

Era además portador de un mensaje del Arzobispo de Bourges al Santo Padre en el que el piadoso Prelado exponía a Pío IX inte­resantes detalles sobre la prodigiosa rapidez con que habían sido recogidas todas aquellas firmas. Permítasenos citar aquí el párraforelativo a estas peticiones, añadiendo un extracto de la respuesta de Pío IX.

— "Estas súplicas contienen ciento cincuenta y tres cartas de Obispos pidiendo esta Consagración, y dos millones ochocientas mil adhesiones de los fieles, contenidas en veinte volúmenes. Todas estas firmas han sido recogidas por el celo y la solicitud de los MSC establecidos en Issoudun. Me es grato recordar la exquisita amabi­lidad con que Vuestra Santidad se dignó recibir en el pasado mes de junio, al R.P. Julio Chevalier, Superior de estos mismos Misio­neros, y a otros dos miembros de la misma Congregación, exhortán­dolos con paternales palabras a solicitar el parecer de los fieles para esta consagración.

Al aceptar radiantes esta gloriosa misión, estos Padres se pusie­ron inmediatamente a la obra con una entrega absoluta sin escati­mar esfuerzos para llevar adelante esta noble empresa... El divino Corazón de Jesús ha bendecido tan eficazmente sus esfuerzos que, en el espacio de pocos meses, han recogido cien mil firmas en cadauno de los 28 volúmenes"

Pío IX, en su respuesta al Arzobispo, de fecha del 10 de fe­brero, le decía entre otras cosas:

`Hemos recibido junto con vuestras respetuosas cartas de fechas próximas a la Navidad, los 28 volúmenes con las peticiones de los Obispos y los fieles, interesando la consagración de la Iglesia uni­versal al Sagrado Corazón de Jesús.

Hemos ordenado que tales súplicas sean enviadas a nuestra Sagrada Congregación de Ritos, a la que corresponde tratar estos asuntos con la diligencia y madurez que merecen"[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm#_ftn3) .

El celo desplegado en esta circunstancia por el P. Chevalier y sus compañeros, muestran bien claramente, como hemos señalado al comienzo de esta narración, no sólo su estado de ánimo, sino también sus habituales disposiciones cuando se trataba de la gloria del Corazón de Jesús.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm#_ftnref1) "Que el Señor os bendiga, dirija e ilumine". Este cuadro con la firma de Pío IX, se conserva cuidadosamente en nuestros archivos

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm#_ftnref2) En 1870, durante el Concilio Vaticano. El P. Chevalier había dirigido entonces a1 Sto. Padre una suplica acompañada de más de 50.000 firmas pidiendo la consagra­ción del mundo al Sagrado Corazón. El P. Ramière, en el Mensajero, había dirigido este movimiento.

[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/10ChevPip.htm#_ftnref3) Damos los extractos de estas cartas de incontestable autenticidad para dejar cons­tancia del mérito y la gloria que redunda en favor del P. Chevalier de haber suscitado este gran movimiento de fe en el universo católico; movimiento que decidió al glo­rioso Pontífice a ordenar la consagración de todos los fieles al Corazón de Jesus el16 de junio de 1875.

El Santo Padre hizo depositar el album de petición de los 153 Obispos, y los vo­lúmenes de firmas de los fieles, en la Biblioteca Vaticana.

En su Encíclica sobre la Consagración del género humano al Corazón de Jesus, León XIII hace alusión a ellos

**Capítulo XI**

**LA PARROQUIA DE ISSOUDUN   
EL ARCIPRESTE   
SUS OBRAS**

En1872 la Parroquia de Issoudun se encontraba vacante. Por diversas razones importantes el Arzobispo de Bourges deseaba confiarla a los Misioneros. Por su parte el Padre tenía la convicción de que, si pudiera ser atendida por la Congregación, sería sumamente ventajoso tanto para la Parroquia como para la misma Congregación: para la Parroquia porque, pese a la dedicación plena del párroco y sus dos coadjutores, el clero era insuficiente para el sagrado ministerio; para la Congregación porque encontraría en ella un medio muy oportuno para emplear en trabajos apostólicos a sus jóvenes religiosos.

El venerable Arzobispo, que seguía atentamente y con no poca preocupación los movimientos antirreligiosos que invadían toda Francia, les rogaba que aceptasen la dirección de la Parroquia como una protección de la Comunidad de Issoudun. Efectivamente, así ocurrió cuando las expulsiones de 1880**.**

Sin embargo sus planes se vieron entorpecidos por algo decepcionante que acarreó al P**.**Chevalier gran contrariedad. Convencido de que él debía dedicarse primordialmente a su Congregación naciente, no quería asumir personalmente el cargo de la administración parroquial. Había decidido encomendarla a uno de los Religiosos, pero éste, en cuanto se le hizo la más mínima insinuación rehusó de plano la propuesta alegando razones de conciencia que le impedían aceptar tan grave responsabilidad. No valieron ni los

ruegos ni los apremiantes motivos expuestos por el Padre para doblegar una voluntad tan obstinada.

¿Qué solución tendría que buscar el desconcertado Superior? Acudió a poner el incidente en conocimiento del Arzobispo que le aconsejó confiar en la ayuda de Dios para cumplir con el compromiso, y cargar él mismo con la nueva y pesada carga. Se sometió humildemente a la determinación del Arzobispo y quedó nombrado Arcipreste de Issoudun, con lo cual aumentaron considerablemente sus actividades ya de suyo excesivas. No obstante, lejos de sentirse abrumado, se entregó con infatigable denuedo a las ocupaciones de su sagrado ministerio. Sólo Dios sabe los afanes y desvelos apostólicos que llegó a desplegar por las almas que le habían sido confiadas. Cuarenta y ocho años tenía entonces. Hacía diez y nueve que vivía en aquella parroquia en la que había de terminar santamente su larga carrera. Nadie mejor que él podía conocer la parroquia que ahora le tenía como pastor; nadie por lo tanto como él podía disponer de los mejores medios de evangelización, ya que, además, como Superior, podía contar con la ayuda de una Comunidad para tan ardua tarea.

Su primera idea, diría mejor su primera decisión, fue la reconstrucción de una parte de la iglesia parroquial; obra desde tantos años deseada por la autoridad eclesiástica y por el grupo sano y razonable de la población. No fue suficiente para intimidarle una empresa erizada de dificultades que habían parecido insuperables a sus predecesores. Estudió y maduró durante algunos años el proyecto, y, cuando creyó llegado el momento, lo emprendió con valiente decisión y gran prudencia. Si no pudo consumar la completa realización de todos los planes que proyectaba, sería una flagrante injusticia hacer caer sobre él la culpa. Fácilmente habría logrado superar algunas dificultades si hubiera podido contar con una administración municipal perspicaz y solícita de los intereses comunales. Pero ya se había desatado la hora de la persecución religiosa que desoló y cubrió de ruinas nuestra infortunada patria. Los concejales de Issoudun, prestando oído más fácil a la pasión antirreligiosa  que los del buen sentido, y la razón, se opusieron con mezquinos impedimentos al magnífico y grandioso proyecto de su Arcipreste. La fachada con sus dos torres no pudo construirse. Fuera de esta omisión, considerable desde el punto de vista de la estética de la población, el resto del edificio está terminado[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/11ChevPip.htm#_ftn1)' . Sus vastas proporciones, la armonía de todas sus partes, la pureza de líneas hacen de él un edificio religioso notable, admirablemente apropiado para las grandes solemnidades del culto católico.

Todo su desvelo fue la organización del ministerio parroquial, tal como lo había concebido. Considerando como uno de los deberes primordiales del pastor la instrucción religiosa de los niños, los dividió en secciones de acuerdo con la edad, aptitudes y necesidades, dejando encomendada cada sección a los coadjutores o a alguno de los Padres de la Comunidad. El mismo, a pesar de sus muchas ocupaciones, se preocupó de la catequesis a los niños, y perseveró en ello hasta su ancianidad. iQué maravillosa y tierna estampa la de aquel hombre de cabellos blancos, debilitado por el trabajo y las enfermedades, mezclado entre los niños, explicándoles los rudimentos de la fe cristiana! La enfermedad, sólo la enfermedad o alguna complicación imprevista, podían impedirle el cumplimiento de este gran deber de pastor.

Esta providencia produjo frutos excelentes. Más de una vez los Arzobispos de Bourges, llegados para administrar la Confirmación hubieron de felicitar a los Catequistas de Issoudun por los conocimientos religiosos de sus niños y por su comportamiento.

Multiplicar el número de catequistas era un verdadero progreso. Absolutamente convencido de que la regeneración de una parroquia debe comenzar por la formación cristiana de la infancia, sufría al ver a los niños de las escuelas situados en el lugar menos apto para poder prestar atención durante las ceremonias religiosas, por la absurda disposición de las dos partes de la iglesia. Para salir al paso de este grave inconveniente, decidió tener una misa especial para los niños, y por las tardes una breve función religiosa. Esta acertada innovación permitió poder colocar en primeras filas a los niños de las escuelas sin incomodar para nada a los feligreses habituales, y al mismo tiempo proporcionaba a los catequistas una magnífica ocasión para darles la conveniente enseñanza. Durante la misa, los niños entonaban cánticos, y por la tarde algunos salmos de las Vísperas de la Virgen, terminando con el Ave Maris Stella y el Magnificat. De esta manera los pequeños estaban piadosamente ocupados y se acostumbraban más fácilmente al respeto debido a los lugares sagrados.

Entre las cofradías establecidas en la parroquia, algunas de ellas estaban abandonadas casi por completo o se mantenían a duras penas por el grupito de costumbre de forma rutinaria, particularmente la del Santísimo Sacramento. Una cofradía del Santísimo, creada con el fin de honrar a Nuestro Señor en la Eucaristía,debía contribuir a dar en su honor una mayor solemnidad a las manifestaciones de fe. Así lo pensó. Para mejor lograrlo dividió a los miembros en dos secciones, hombres y mujeres. A los hombres correspondería llevar el palio en las procesiones y formar la guardia de honor a su alrededor con cirios que proporcionaría el tesorero. A las mujeres correspondía confeccionar los paños y ornamentos, y su cuidado. La tesorera podía disponer de fondos con este fin. Cada grupo tenía su presidente o presidenta, y su reglamento particular y sus reuniones, independientemente. Para todos los demás deberes los cofrades se regían por los mismos estatutos y bajo la dirección espiritual de uno de los coadjutores. Así llegó a ser esplendorosa la cofradía. En poco tiempo el grupo más selecto de cristianos de la parroquia se honraba de alinearse bajo la bandera del Santísimo Sacramento. Por medio de esta nueva organización, la cofradía prestó verdaderos servicios a la parroquia: los hombres asistiendo con regularidad a las procesiones agrupados alrededor del palio con mucha compostura, contribuían a dar esplendor a aquellas solemnidades. Por su parte las mujeres, renovaron con sus primorosos trabajos, en poco tiempo, las ropas y ornamentos sagrados.

Cuando el Padre tomó posesión de la parroquia, la sacristía estaba en un estado de absoluta depauperación; apenas había lo más absolutamente indispensable; el desastrado estado de los paños de altar, de los ornamentos y demás objetos de culto los hacían prácticamente inservibles; y sin embargo, al poco tiempo, y merced a la diligencia y actividad de las "operarias del Smo. Sacramento", puesta a competir con las sacristías de las iglesias mayores y más ricas de la diócesis, no quedaría en último lugar. De esta manera el venerable Arcipreste proporcionó a la parroquia de Issoudun una amplia iglesia, una sacristía renovada y cuanto podía contribuir al esplendor del culto divino.

Los Coadjutores, aumentados en número, compartieron las intensas actividades. Cada uno de ellos tenía asignada una actividad bien concreta de acuerdo con sus aptitudes,*y*se dedicaban a ella con tesón. Por eso, ya que participaban en los trabajos, son dignos de participar también en el honor y en los elogios.

El P. Chevalier, conocedor de las necesidades de la parroquia, no concentraba sus esfuerzos exclusivamente en algunas actividades, sino que se entregaba a cuantas podían contribuir al bien de los feligreses. Obra existente que funcionara con regularidad, no desperdiciaba detalle que pudiera servir para mantenerla o desarrollarla más aún. Así ocurrió con el Rosario, al cargo del cual se puso a uno de sus coadjutores. Si se presentaba una circunstancia favorable para poner en marcha otras obras, se lanzaba para promocionarlas sobre bases sólidas. Así ocurrió con las Conferencias de S. Vicente de Paúl para las visitas a las familias pobres; con la Obra de Damas de la Caridad con el Ropero de los pobres, etc.

En vista de la enorme cantidad de muchachas de servicio que perseveraban difícilmente en la observancia de sus deberes religiosos, fundó la Asociación de Empleadas de Hogar bajo el patrocinio de Santa Blandina. Se encargaron de ellas las Hijas de San Vicente de Paúl. El Vicario-Director las convocaba mensualmente a unaMisa en la que les dirigía una plática, y anualmente en el tiempo de Pascua, tenían un Retiro con el fin de renovar su fervor y prepararlas para la comunión pascual.

Cada año se organizaba un retiro que daba el mismo Padre o alguno de los Vicarios por separado a las jóvenes, a las madres de familia y a los hombres. Las últimas semanas de Cuaresma estaban dedicadas a este ministerio que producía frutos verdaderamente gratificantes. Cada tanda de Ejercicios terminaba con una Comunión General.

A las predicaciones de los Retiros anuales, hay que añadir las homilías de los domingos, las pláticas mensuales a los miembros de las distintas Asociaciones, a las Madres Cristianas, a los miembros de la Asociación del Smo. Sacramento y del Santo Rosario; la alocución de los jueves durante la Misa de la Archicofradía de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón; los Ejercicios preparatorios para las cuatro grandes Fiestas de la Congregación; los sermones de los tiempos fuertes de Adviento y Cuaresma; los del mes de María y del Sagrado Corazón; las instrucciones a los niños de las dos secciones de perseverancia, a los y las jóvenes; además de los sermones

de circunstancias que sucedían varias veces al año. Todo ello significa la preocupación del P. Chevalier por la instrucción religiosa de sus feligreses. ¿Será fácil encontrar parroquias en que la semilla de la palabra de Dios haya sido más abundante? Posiblemente. En cualquier caso pocas tan favorecidas en este sentido como la deIssoudun.

Ciertamente, entre los miembros de la Congregación encontró valiosos colaboradores para estos menesteres, pero también solía traer predicadores seculares o religiosos para las predicaciones de Cuaresma, para el mes de María o para otras ocasiones. También organizó una magna misión en la parroquia en 1887.

A todas estas obras pastorales, habría que añadir la obra de Catequistas voluntarios que el Padre había logrado formar después de largos años de ensayo. Aún funciona admirablemente gracias a los desvelos de las Damas que la componen. Estaba ya él en su lecho de muerte cuando la hizo erigir canónicamente en Cofradía adscrita a la Archicofradía del mismo nombre establecida en París.

Aún habría que citar las Escuelas Cristianas para niños y niñas; los Patronatos para jóvenes; la Obra de los Militares; que tenían su capilla y sus oficios particulares cada domingo, amén de un Retiro anual; la de la Buena Prensa; la publicación de un Boletín parroquial; la fundación de una casa de Religiosas veladoras de enfermos, consagradas exclusivamente al servicio gratuito de los pobres...

Así fue el P. Chevalier en el ejercicio de su ministerio parroquial en una población en que la mayor parte había sido sistemáticamente hostil a las prácticas religiosas.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/11ChevPip.htm#_ftnref1) **Pueden encontrarse interesantes detalles sobre la reconstrucción de la iglesia de St. Cyr en "Historia religiosa de issoudun", con numerosos grabados que ilustran el texto. Cap. IX.**

****Capítulo XII****

****LA CONGREGACIÓN DE MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN****

****CONTRARIEDADES Y PRUEBAS****

 La obra fundamental del **P.**Chevalier era la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón. Todas las demás, fundadas durante su larga vida, no exentas de importancia ciertamente, se ofrecen a nuestra vista como flores y frutos de un árbol plantado en un suelo fecundo. El mismo estaba plenamente convencido de esta realidad. Ni sus agotadores trabajos, ni sus prolongados y dolorosos sufrimientos, ni las incontables pruebas surgidas en las distintas épocas de su vida fueron capaces de desviar su mente de la Congregación. En la jerarquía de sus afectos, después de su acendrado amor al Sagrado Corazón y a Nuestra Señora, era ella la que ocupaba el puesto de honor, y nada podía desbancarla.

La fundación de una Congregación religiosa no es una obra normal y corriente, dependiente de la voluntad del hombre, que puede emprenderla o no según su capricho, como la construcción de un monumento, la explotación de una propiedad, o cualquier otra operación dejada al arbitrio de sus inclinaciones naturales. Sólo el pensarlo sería ignorar una verdad de nuestra Religión.

El Fundador recibió su misión de arriba. Como a Moisés, le fue dicho: "Considera y ejecuta el modelo que te ha sido mostrado" (Exod. 25,40). De la fidelidad a las luces del Espíritu Santo depende el éxito o fracaso de su empresa. De ahí también para una familia religiosa la obligación de conservar entrañablemente el espíritu de su Fundador, si no quiere sucumbir. La historia puede aportar, desgraciadamente, demasiados ejemplos que lo confirman.

El P. Chevalier fue el hombre iluminado elegido por Dios para fundar la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón. Cuanto hasta aquí hemos visto de su vida confirma nuestra convicción. Todo! Su origen humilde, su infancia, sus primeros pasos hacia el Sacerdocio, las obras de su ministerio nos desvelan la acción de la Providencia llevándole de la mano hacia el lugar escogido para establecer en él la obra a que estaba predestinado. Las demás grandes tareas llevadas a cabo por este ardiente apóstol después de haber puesto los cimientos i humildes cimientos! de la Congregación, no son más que el complemento del plan marcado por Dios a nuestroPadre. Han sido queridas por Dios como la misma Congregación. De otro modo no habrían podido ni nacer ni desarrollarse en un tallo tan débil, incapaz de proporcionarles la savia necesaria para su vida. ¿Cómo explicar la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, su rápida extensión en todo el mundo, el maravilloso e irresistible atractivo que atrae a los peregrinos, sin reconocer la acción providencial del Sagrado Corazón de Jesús? El Padre lo sabía mejor que nadie. ¡Cuántas veces, a los cumplimientos recibidos bien a su pesar, le hemos oído contestar: " i Demos gloria a Dios; El es quien lo hace todo; el hombre no es nada!".

La Congregación se iba desenvolviendo lentamente. El Padre comenzó su obra como hemos visto, con un solo hombre que bien pronto le fue arrebatado con dolor de su corazón. Otro permaneció solamente unos años. Solamente después de la erección de la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en 1864, es decir, diez años después de su primer brote, la Comunidad vio multiplicarse sus miembros. ¿De dónde venía esta aparente esterilidad que fue para algunos un escollo que los detuvo en los umbrales mismos de la casa? La divina Providencia tiene previsto en su sabiduría el momento y la hora para el desenvolvimiento de sus obras. Exactamente igual que como para la semilla confiada a la tierra: queda soterrada durante el tiempo preciso, siguiendo las leyes de la naturaleza y las circunstancias que retardan o apresuran su germinación.

El Padre Chevalier, sin la menor turbación por la demora, esperaba tranquilamente la llegada de la hora de Dios. Estaba seguro que el Señor quería la Congregación; por eso las contrariedades no pudieron quebrantar su confianza. Contaba con la protección poderosa de la Tesorera del Corazón de Jesús. No podía abandonarle

la Madre que hasta entonces "lo había hecho todo" en la Congregación. De haber dejado penetrar en su confianza el más mínimo resquicio de duda en este sentido, el piadoso Fundador se habría acusado culpable de la más negra ingratitud hacia su Celestial Protectora.

Si, porque ¿qué era la Congregación de Misioneros del Sagrado Corazón hasta que le fue confiada la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón sino un tallo enclenque y desmedrado cuyas raíces apenas podían asimilar la savia necesaria para su desarrollo? ¿Qué fue para la Congregación la Archicofradía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón sino la cepa vigorosa y fecunda en que quedó injertada? Ella fue la que le infundió una vida más intensa. Ella la que le dio la facultad de producir al instante los frutos más abundantes y sabrosos. En los planes de la Divina Providencia todo se armoniza de manera admirable: el poder y la debilidad; la soberanía de la grandeza e insignificancia de la nada; la obra de Dios y la cooperación de la voluntad del hombre.

El Corazón de Jesús que deseaba más que nunca ser glorificado y amado en el mundo entero —"ubique terrarum"— había confiado a su Madre el cuidado de conducir a la naciente pequeña Sociedad hacia este noble fin, fortalecerla en su debilidad, protegerla y defenderla contra sus poderosos enemigos y auxiliarla en todas sus dificultades.

Con gratitud lo digo: si la Congregación pudo nacer, crecer y desparramarse por todas partes, lo debe a la Virgen Inmaculada, Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

En medio de tantas contrariedades surgidas sin interrupción, la Congregación tenía que haber perecido como perece ahogada la semilla que cae en medio del zarzal. Al cabo de 20 años (1874) contaba solamente con tres casas: Issoudun, que había sido su cuna; Chezal-Benoît, la casa de estudio de los niños de la escuela apostólica, y el Noviciado de Saint-Gérand-le-Puy, en la Diócesis de Moulins. Pero ¿qué son 20 años en la vida de una Congregación? ¿No exige un tiempo más largo la formación completa de un hombre según las leyes ordinarias de la naturaleza?

El P. Chevalier que, desde los primeros tiempos alimentaba la convicción de ver un día a los Misioneros del Sagrado Corazón esparcidos hasta los más extremos países del mundo, sufría por la rémora en el desarrollo de su obra, no por eso se debilitaba ni su confianza ni su tesón. A pesar de su natural vehemencia y de su deseo intenso de multiplicar el número de los obreros del Evangelio, permanecía humildemente abandonado a la Providencia divina, esperando con serenidad la hora marcada por sus designios. Esta hora iba a llegar, pero con qué séquito de sufrimientos, desconsuelos y contrariedades! Ya es sabido que las obras de Dios nacen, se consolidan y crecen en el Calvario, a la sombra de la cruz. Es una ley general a la que no se escapó el P. Fundador. Cada paso de su obra iba precedido o anunciado por la prueba, o bien ella lo seguía como la tempestad que obliga a consolidar y a hundir más las raíces de las plantas jóvenes. No cabe aquí entrar en detalle de los sufrimientos múltiples soportados por el sufrido Padre, bien que podamos hacer mención de alguno para resaltar la acción divina en la fundación de nuestra Congregación.

Al final del Capítulo VI, al referirnos a las fiestas de la Coronación de la imagen de Nuestra Señora, hemos dejado constancia del episodio que transformó para el P. Fundador una fiesta de gozo y de gloria en una jornada de dolorosa angustia. No vamos a volver sobre ello. Pero a raíz de aquello se preparaba otra serie de pruebas más angustiosas aún; pruebas que se prolongaron durante largos años.

En 1872 se había fundado en Roma una Cofradía en honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazón dirigida por una junta compuesta por sacerdotes y laicos. Tuvo su sede en la iglesia de San Andrés del Valle. Esta Cofradía fue muy bien acogida por el pueblo romano, adquiriendo en poco tiempo gran expansión.

El P. Fundador, al corriente de las honras que se tributaban a Nuestra Señora del Sagrado Corazón en la Ciudad Eterna, se alegraba infinitamente, pero su alegría duró poco. Durante el primer año las relaciones con el Centro de la Devoción fueron, como debían ser, complacientes y cordiales. Pero las cosas cambiaron.

Con el pretexto de que la imagen de Issoudun no encajaba exactamente en el estilo de la piedad romana para representar a la Virgen, la Junta la rechazó y escogió otro modelo, la conocida Virgen de Overbeck, pintura ciertamente preciosa en sí misma, pero en modo alguno apropiada para representar a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Para adaptarla a su nueva advocación creyeron suficiente colocar en el pecho del Niño Jesús un corazón y, en la peana de la Imagen la inscripción "Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Rogad por nosotros".

Al año siguiente (agosto de 1873) la Junta solicitó y obtuvo la erección de una Archicofradía Universal de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. A partir de este momento comenzaron complicadas dificultades. La Junta Rectora se creyó con derecho a dirigir todo lo concerniente a la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón sin tener en cuenta los legítimos derechos de la Asociación establecida en Issoudun, cuyo Fundador y Director era indiscutiblemente el P. Chevalier. Además él quería que la Imagen que había adoptado fuese la única para todas las cofradías. Era trastornar de golpe la Obra del P. Chevalier, "someter la madre a las exigencias de la hija", como dice él mismo en sus notas; es decir, la Asociación de Issoudun a la Asociación de Roma, una de las hijas que había dado a luz.

Poco después se hizo pública una respuesta del Cardenal Patrizi (28 febrero 1875) al Obispo de Prismil en Galicie a propósito de una falsificación de la imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Issoudun. En pocos días se enteraron en todos los lugares en que se conocía la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Para colmo, la mayor parte de los prospectos en que se anunciaba esto se contentaron con extractar algunos párrafos faltos de relación con el contexto. A estas frases aisladas que falseaban la idea del Cardenal, los redactores añadían comentarios más o menosexagerados que manifestaban una absoluta ignorancia del tema y en el mejor de los casos una clemencia más o menos dudosa. Incluso algunos se desentendieron alegando que la Santa Sede había condenado la Imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Issoudun, coronada en nombre de Pío IX, y que había recibidouna censura toda la Asociación.

Todo el embrollo armado por las publicaciones religiosas con ocasión de esta respuesta produjo una gran turbación entre los numerosísimos Asociados. El Padre, que no había recibido ninguna comunicación oficial de la carta, y que no la conocía más que por los párrafos aparecidos en los prospectos publicados, tuvo un disgusto tanto mayor cuanto que desconocía los motivos que habían decidido a la Santa Sede a manifestar sus disposiciones. Se preguntaba ansiosamente qué medidas había de tomar para acatar las órdenes del Santo Oficio.

Dos interminables meses duró esta ansiedad. Hasta que el 1 de mayo de 1875, el Arzobispo de Bourges, después de haber consultado al Santo Padre, pudo escribirle la carta que transcribimos a continuación:

Bourges, 1 de mayo de 1875

Rdo. Padre:

"Es para mí una gran satisfacción poder tranquilizarle absolutamente respecto a la respuesta dada últimamente por S.E. el Cardenal Patrizi al Obispo de Prismil en Galice.

Esta carta publicada en los diarios con comentarios más o menos exactos, había producido una gran conmoción. Todo parecía que la Santa Sede había desaprobado la Imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Issoudun. Felizmente estos temores carecen de fundamento.

El Cardenal Patrizi, en carta particular me indica que en la respuesta dirigida al Obispo de Prismil no hay ni una sola palabra que se refiera a la "forma" de la Imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón venerada en Issoudun; que erróneamente se ha llegado a la conclusión de que había sido desaprobada por el Santo Padre. Lo que el Santo Padre ha indicado es que, en lo sucesivo, las estatuas y pinturas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón "destinadas al culto público", fuesen modificadas para evitar algunos abusos producidos en países extranjeros.

Tranquilícense, pues, los numerosos asociados de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. La hermosa imagen de Issoudun que Nos mismo hemos coronado en nombre del Santo Padre en 1869, seguirá siendo venerada en su Santuario".

El piadoso Arzobispo terminaba su carta felicitando al P. Fundador por haber previsto los deseos del Santo Padre presentando a su aprobación un nuevo arquetipo de imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el único que en adelante podrá ser reproducido. Esta Imagen es bien conocida de nuestros lectores de Anales, puesto que aparece en la cubierta. La Archicofradía no reconoce ninguna otra.

En cuanto a, la estatua que preside la Capilla de Peregrinaciones en Issoudun no solamente se autorizó al P. Chevalier a conservarla, sino que en consulta al Santo Oficio se le contestó oficialmente: "No debe cambiarla".

Yo mismo recibí idéntica respuesta en otro momento en que tuve que hacer otra consulta en nombre del Padre.

Estas pruebas que hemos expuesto tan someramente y muchas más contribuyeron a afligirle profundamente. Aunque su mente impregnada de amargura no logró aún vislumbrar el medio de recobrar sus derechos sobre la Archicofradía Universal de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, de los que la Junta romana le había desposeído injustamente, nunca perdió la esperanza, teniendo como tenía por Abogada a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Se confió a su poderosa protección que nunca le había defraudado; rezó e hizo rezar. En aquella coyuntura, algunos amigos conocedores de las costumbres de Roma, le aconsejaron establecer cerca de la Santa Sede un Procurador General encargado de los asuntos de la Congregación con una iglesia pública. "De otro modo serán vanos todos sus esfuerzos", le decían.

Esto fue para él una luz y la respuesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

**Capítulo XIII**

**FUNDACIÓN DE UNA CASA EN ROMA**

**LA IGLESIA DE SANTIAGO DE LOS ESPAÑOLES   
LA EXPULSIÓN DE 1880**

En los últimos meses de 1875 salía para Roma el P. Jouet con el título de Procurador General, llevando entre otros cometidos el de buscar una residencia apropiada para la proyectada fundación.

La Divina Providencia, atenta siempre a las necesidades de quienes a ella se confían, puso en relación al nuevo Procurador con un venerable anciano, antiguo Abad de la Trapa de Staouéli (Algeria), y Más tarde Procurador General de su Orden. El Padre Francisco Regis, tal era su nombre, hombre de gran experiencia y buen consejero, gozaba de gran prestigio en las Congregaciones Romanas. Su caridad estaba siempre alerta cuando se trataba de prestar un servicio. Fue una gran ayuda para el Padre que le consultaba en todas las circunstancias difíciles. Incluso el P. Abad, accedió a alquilar una parte de la amplia casa que él ocupaba en la Calle de S. Juan de Letrán, para recibir al grupo de Religiosos jóvenes que el P. Fundador había decidido enviar a terminar sus estudios en Roma. Allí comenzó, con extrema pobreza, la residencia de los MSC en la Ciudad Eterna. Estaba situada entre el Coliseo y la Basílica de S. Juan, dos monumentos que evocan tantas páginas de gloria para la Iglesia. ¿Sería temerario ver en ello como un presagio de lo que estaba reservado a la Comunidad naciente? Sea lo que quiera, esta fundación fue un camino hacia la solución de las graves dificultades que tan profundamente afligían al P. Chevalier, que veía allí la aurora de días mejores, y esta esperanza fue como un bálsamo para la angustia de su alma. Sin embargo la prueba iba a prolongarse aún durante varios años. Tres muertes en tres años sucesivos vinieron a aumentar su dolor.

El primer jueves de marzo de 1877 (ATENCION: el necrologium da la fecha del 26 de abril), el P. Vandel, a quien llamábamos cariñosamente "el santo Padre Vandel" cambiaba las tristezas de esta tierra por los gozos de la Patria eterna. Nadie como el P. Chevalier había profundizado en las grandes cualidades y eminentes virtudes de este religioso modelo, que dejaba un gran vacío entre nosotros; nadie como él experimentó una aflicción tan profunda por su muerte.

El 7 de febrero de 1878, fallecía en Roma, cargado de años y de méritos, el gran Pontífice Pío IX. Había ocupado la Cátedra de Pedro durante 31 años. Su Pontificado fue el más largo y uno de los más gloriosos que ha registrado la historia desde San Pedro. El P. Chevalier sentía un profundo afecto hacia el Santo Pontífice que había bendecido y animado su Obra desde los comienzos y no había cesado de colmarla de favores, y, como hemos relatado antes, se consideraba como su fundador y Superior directo y personal. Su muerte fue un luto doloroso para el P. Superior.

Y por fin, el 17 de octubre de 1878 el Príncipe de la Tour d'Auvergne, el abnegado y piadoso Arzobispo de Bourges, era arrebatado repentinamente al cariño de su diócesis. En él perdía el P. Fundador un consejero ilustrado y prudente, un protector entregado, un padre bueno, el más seguro apoyo de su Congregación, por la que el venerable prelado se interesaba cono si fuese su propia obra.

De las tres muertes, fue indudablemente esta última la que desgarró con más crueldad su alma, hasta el punto que llegamos a temer que no fuera capaz de superar la pena. Incluso en sus últimos años, cuando hablaba de su insigne bienhechor, la emoción se le notaba en el tono de su voz. Amaba a su Arzobispo como el mejor de los hijos puede amar al más afectuoso de los padres. En ningún momento de su vida le vimos derramar tantas lágrimas como ante los despojos mortales de aquel hombre. Y todas estas pruebas, lejos de amortiguar su bravura, la hacían aún más vigorosa, porque, al sentirse menos apoyado en la tierra, mayor era su confianza en la ayuda de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Solía exclamar como el santo Job: "El Señor me dio todos estos apoyos a mi debilidad; El me los ha quitado; bendito sea su santo nombre".

El 20 de febrero de 1878, León XIII había sucedido a Pío IX en la Cátedra de San Pedro. Siendo Obispo y Cardenal, ya conocía y amaba la devoción a Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Y no la olvidó después de ser elevado al Supremo Pontificado. Debo añadir que nuestra Madre del cielo quiso darnos una prueba más de su maternal solicitud por medio de este glorioso Pontífice. En medio de los muchos y complicados asuntos del gobierno de la Iglesia, había uno que, dentro de una relativa importancia si se lo compara con otros, le tenía preocupado. La célebre iglesia de Santiago de los Españoles, tan abundante en recuerdos históricos y religiosos, uno de los monumentos más renombrados de Roma en otros tiempos por su riqueza en objetos de arte, estaba en un lamentable estado de ruina. Había sido despojada de sus tesoros, y a través delos años había quedado reducida a un vulgar almacén de mercancías de los comerciantes del barrio y taller de algunos artesanos. Recuerdo haberla visitado entonces con el alma encogida al descubrir entre polvo y yeso restos de ornamentaciones artísticas indicadores del antiguo esplendor de aquel lugar sagrado. El altar mayor, obra de arte de Bramante, servía de soporte a unos tablones de un carpintero que no tenía ningún cuidado en preservar de la destrucción aquella maravilla[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/13ChevPip.htm#_ftn1). Aún podían verse por algunos sitios restos de pintura, escultura y mármoles preciosos, testigos mudos de la incuria de los guardas de aquel monumento que había sido una gloria para España, de la que durante siglos había estado muy orgullosa.

En los días que León XIII subía al trono pontificio iba a ser puesta a pública subasta y adjudicada al mejor postor. La administración municipal de la ciudad deseaba comprarla para destinarla a mercado público o teatro. Por otra parte les apetecía a los protestantes para convertirla en iglesia de su secta en el mismo centro de la Ciudad escogida por Dios como capital del mundo católico.

El Papa deseaba con toda el alma preservar de una indigna profanación aquellas ruinas sagradas. Hubiera querido a toda costa arrebatarles a los enemigos de la Iglesia para restaurarlas y devolverlas a su primer destino. Pero ¿qué podía hacer para realizar este propósito siendo como era un prisionero de la Revolución, encerrado en el Vaticano, sin ninguna autoridad sobre la administración de Roma? Pero si el Papa, con gran pesar, carecía de poder en este aspecto, Nuestra Señora del Sagrado Corazón no había abdicado del suyo. Ella iba a instaurar su trono sobre aquellas ruinas y abrir una fuente abundante de gracias en aquel santuario restaurado y dedicado de nuevo al culto. Veamos cómo se realizaron sus designios.

León XIII estaba enterado de que los MSC, alojados provisionalmente en el convento de los Trapenses de la calle de S. Juan de Letrán, buscaban una casa con iglesia para establecerse en ella definitivamente. El 25 de mayo —y nótese bien esta fecha en que se comenzaba en Issoudun la Novena preparatoria para la fiesta de Nuestra Señora del Sagrado Corazón— el 25 de mayo digo, el Papa estudiaba el asunto de la iglesia de Santiago de los Españoles con su Secretario de Estado el Cardenal Franchi, buscando el medio de salvarla de la profanación y la ruina. Su Santidad tuvo entonces la idea de proponer a los MSC presentarse como postores, prometiéndoles su cooperación. Fue una idea genial. Al día siguiente enviaba Mons. Folchi, prelado doméstico, a hacer de su parte esta proposición a los MSC. Estos inmediatamente la transmitieron por telegrama al P. Chevalier a Issoudun. En el momento que el despacho legaba a sus manos estaba reunido el Consejo para deliberar sobre asuntos de la Congregación.

Al leer el comunicado, el Padre se emocionó profundamente. Cuando la puso en conocimiento de los Consejeros, vieron el cielo abierto. Ahí estaba la respuesta de Nuestra Señora a las incesantes oraciones y el regalo de la fiesta. Después de elevar al cielo una acción de gracias, trataron de decidir la respuesta al Santo Padre. Todos estuvieron de acuerdo en que, tratándose de un asunto de tanta importancia, no se podía tomar una decisión seria antes de conocer las condiciones de la operación y las cargas resultantes para a Congregación. Se acordó enviar a Roma al Procurador General con otros dos consejeros para estudiar prudentemente sobre el terreno el asunto.

Ante el informe favorable de los delegados, adoptaron la decisión de aceptar la propuesta del Santo Padre. La respuesta al Soberano Pontífice fue redactada por el P. Superior y enviada al Arzobispo de Bourges, el cual, a su vez, escribió también al Papa y, por su Secretario particular a la sazón en Roma, le hizo llegar las dos cartas.

Es interesante comprobar la grata impresión que produjeron a León XIII. Está expresada en una carta del solícito secretario al P. Chevalier, con fecha 30 de junio de 1878, en la que, después de los saludos y felicitaciones, añade:

"Ayer tarde, fiesta de S. Pedro, he tenido el honor de ser recibido en audiencia por el Santo Padre. No tenía intención de recabar su atención sobre nuestros asuntos. Pensaba solamente pedirle una Bendición antes de regresar a Francia.

Al reconocerme, el Santo Padre, espontáneamente me dijo: Esta misma mañana he visto vuestra carta y los despachos del Arzobispo de Bourges y del P. Chevalier. Estoy francamente contento de la decisión tomada. Para mí es una gran alegría tener la seguridad de que esta iglesia de Santiago no sólo no será profanada sino reintegrada al culto y dedicada en el centro de Roma a ser Santuario del Sagrado Corazón. Será una magnífica situación para los MSC. Estoy muy contento; dígaselo al P. Chevalier. Con él nos entenderemos bien.

Estas fueron las palabras textuales del Santo Padre. Después añadió: ¿Vd. volverá a venir?

Yo le contesté: Santísimo Padre, el Padre Chevalier ha dado plenos poderes al P. Procurador General de la Sociedad para que se presente a la subasta que tendrá lugar el 12 de octubre y realice la compra.

— Ah, magnífico, el Señor bendecirá la gestión y Nos estaremos en contacto con el P. Chevalier para lo referente a la negociación".

Estas son, querido Padre, las estupendas, paternales y consoladoras palabras!".

El 16 de julio era adquirida, en efecto, la iglesia de Santiago en nombre de los Misioneros del Sagrado Corazón. Diez días después, el Padre Chevalier, llegado a Roma para firmar el acta oficial de venta, era recibido en audiencia privada por León XIII. El Papa le manifestó su alegría al ver por fin resuelto un asunto tan preocupante, y le felicitó por su decisión.

Después, durante media hora se interesó familiar y afablemente por los orígenes de la Congregación, su fin y sus obras; por la Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, su maravillosa divulgación, los favores concedidos por la inefable Tesorera del Sagrado Corazón de Jesús; por la hermosísima imagen de Issoudun coronada por el Arzobispo de Bourges en nombre de Pío IX; en una palabra, por cuanto podía referirse a la pequeña Congregación.

León XIII escuchó con suma atención e interés las explicaciones del Padre y, al despedir a los piadosos visitantes, les dio la más paternal bendición.

Unos días más tarde, el 31, quedaba definitivamente firmado el contrato. El cronista de esta audiencia memorable terminaba su relato con estas palabras: "Agradezcamos a Nuestra Señora del Sagrado Corazón su intervención, pues Ella fue la que movió todos los resortes; Ella será la que hará salir adelante lo que ha comenzado". También nosotros podemos repetir hoy, llenos de agradecimiento, nuestra acción de gracias a Nuestra Señora porque ha llevado a feliz término su obra a pesar de todos los obstáculos suscitados por el espíritu del mal. Una vez más se ha manifestado como Abogada de las causas difíciles y desesperadas.

A partir de aquel momento la iglesia de Santiago quedaba a salvo de profanación gracias al apoyo del Soberano Pontífice, y gracias sobre todo al anticipo que había hecho de un préstamo de la mitad del importe de la compra.

Era un paso adelante; un verdadero triunfo, al decir de los que habían seguido de cerca la complicada trama de este asunto. Pero no era más que un paso que, si bien era decisivo, no eliminaba las enormes dificultades venideras. El Padre contaba con ellas y lejos de dejarse acobardar, se entregó inmediatamente a la labor. Se diría que una fuerza le ponía alas en los pies para asegurar el éxito. Durante los días pasados en Roma con aquella ocasión, después de las consultas técnicas a arquitectos y constructores, decidió los trabajos de inmediata ejecución y los que podían dejarse para una etapa posterior. En todo caso se presentaba un problema que requería una solución rápida. Se preguntaba dónde podría alojar a la comunidad que habría de ponerse al frente de la iglesia y el grupo de los religiosos jóvenes que estaban ya siguiendo los cursos de teología. El antiguo monumento de Santiago ocupaba un cuadrilátero fuera del cual no había ni un palmo de terreno libre. El inmenso complejo de construcciones comerciales o de pisos habitables, más parecían querer aplastar la iglesia con sus arrogantes fachadas y su altura, que para alojamiento de una comunidad. Y por si fuera poco, todas estas construcciones pertenecían a España, y el administrador no parecía muy dispuesto a darles nuevo destino por las rentas que producían.

¿Qué solución arbitrar? Lo que no encontraba a ras del suelo lo buscaría cerca del cielo: situaría la residencia de los religiosos sobre los mismos pilares de la iglesia. Según el parecer del arquitecto, el proyecto es realizable. La Santa Sede concede los permisos necesarios y se pueden comenzar de inmediato las obras. Los trabajos se llevaron a un ritmo tal que en menos de un año quedaba terminada la obra de consolidación de todo el edificio, completa mente restauradas las dos fachadas —la principal que da cara a la Plaza Navona y la de la calle de la Sapienza (hoy Corso Rinascimento 23)—, instalada la residencia como un nido de águilas sobre el ábside de la iglesia, y una de las tres naves quedaba abierta a público.

El 23 de mayo de 1879 llegaba a Issoudun este telegrama dirigido al Director de los Anales, anunciando la inauguración de la parte restaurada de la Iglesia; un telegrama que en su laconismo sonaba como un grito de triunfo. Helo aquí:

"Ceremonia espléndida presidida por Cardenal Vicario. Nutrida asistencia de prelados, dignatarios y fieles. Hoy tarde sermón de Mons. Mermillod. Sede de Archicofradía Universal en iglesia y bajo dirección MSC. Decreto Pontificio ya en mano. Se publicará. Detalles pronto.

Firmado: J. Chevalier"[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/13ChevPip.htm#_ftn2)

Los sacrificios habían dado sus frutos reconfortantes. En e proceso de todos estos avatares hemos podido comprobar el poderoso y exquisito poder de Nuestra Señora del Sagrado Corazón preparando a su apóstol y a su Congregación la posibilidad de establecerse en Roma en las mejores condiciones. Ella había querida tener en la Ciudad Eterna un Santuario en que pudiera ser venerada de manera especial; un Santuario en el que su Archicofradía, oficial, irrefutable y "enteramente confiada" por el Soberano Pontífice "a la dirección y custodia de los MSC de Issoudun", pudiera extender por todo el mundo su bienhechora influencia.

En sus apuntes, termina el Padre el relato de los hechos que acabamos de exponer, con estos piadosos pensamientos que retratan perfectamente su estado de ánimo:

"Así es como Dios sabe sacar bien del mal y encauzar todo para su gloria. Sin todas estas dificultades, probablemente no estaríamos aún establecidos en Roma, con una casa amplia, una procura, un escolasticado y una escuela apostólica".

Y un poco más adelante añade:

"Habíamos superado unas dificultades y se presentan otras. ¡Las obras de Dios han de pasar por el crisol de la prueba!".

Las nuevas dificultades a que se refiere el P. Chevalier son las expulsiones de 1880. El 5 de noviembre de aquel año funesto tuvo el disgusto de ver a todos sus religiosos, en un solo día, expulsados por la policía, la gendarmería y las fuerzas armadas de todas sus casas de Francia; precintadas infamantemente las 'puertas de la Basílica de Issoudun y de las capillas de otras casas como si se tratara de lugares ignominiosos de acceso prohibido. Los religiosos, expulsados de sus tranquilas viviendas, tenían que atravesar, como si se tratara de viles y peligrosos delincuentes, por entre las apretadas filas de soldados llenos de vergüenza al verse empleados en tan triste servicio. Más de un gesto de respeto y compasión tuvieron ocasión de recibir de ellos los expulsados. Era como una escaramuza de la guerra emprendida contra la Iglesia de Francia; más aún, era el asalto violento contra sus murallas, abriendo una brecha para triunfar más fácilmente de su resistencia. En esta primera tentativa de persecución abierta, siguiendo el método hipócrita y cauteloso de las logias masónicas, los enemigos del nombre cristiano, no atacaron de plano a todas las congregaciones religiosas. Hicieron una selección lo bastante hábil para no asustar a la población honrada y provocar posiblemente una temible reacción. Para la pequeña Congregación de MSC recién comenzando su desarrollo, fue un honor el haber sido considerada digna de afrontar la cruz de las persecuciones y sufrir por el nombre de Jesús en la primera embestida de la inmolación. Humanamente hablando se podía pensar que este terrible infortunio tenía necesariamente que ser su ruina.

¿Qué iba a hacer ahora el Padre de una institución tan pequeña y tan débil?

Desde la primera noticia de la tragedia, con su serenidad y su sensatez características, había calculado la trascendencia del peligro. Después, sin desfallecer un momento, seguro más que nunca del futuro de la Congregación, empezó a buscar cobijo para los compañeros que iban a verse obligados al exilio fuera de Francia. "Si el Señor nos prueba, decía, es para su gloria y para nuestro bien. Pongamos en El nuestra confianza, que no nos dejará perecer". Una vez más tenía razón: su abandono pleno y confiado en manos de la Providencia fue como el pararrayos que atrajo las bendiciones del cielo sobre la Congregación, y la persecución, en vez de producirle un descalabro, estimuló su crecimiento.

La confianza en Dios no exime, sin embargo, de cooperar en la medida de lo posible a su acción poderosa. El Padre Chevalier lo tenía todo previsto. Anticipadamente había indicado a cada uno de los suyos el albergue que les había preparado. Algunas familias cristianas de Issoudun habían puesto a su disposición habitaciones para sus religiosos expulsados. Las aceptó con profunda gratitud. Los hogares de aquellas caritativas familias fueron el refugio provisional para los compañeros sacerdotes que quiso conservar cerca de él para 'continuar las obras que tenían a su cargo. Los niños de la Pequeña Obra, echados a la calle, fuera del nido caliente de Chezal-Benoît donde maduraban tranquilos su vocación, fueron llevados a Issoudun, y, divididos por grupos, se alojaron por las noches con sus profesores en dormitorios que había preparado en varios lugares de la población. Por las mañanas volvían a reunirse en alguna de las dependencias de la comunidad para hacer sus ejercicios de piedad, realizar sus estudios y recibir clase.

Las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón les preparaban la comida que se les servía en un local cercano y de fácil acceso. Muchos sacrificios que realizar y muchas dificultades que superar para aquellos niños, pero con los desvelos de sus profesores y sus buenas disposiciones, aquellos años no desmerecieron mucho de los mejores años anteriores. El entonces Director me decía recientemente que quizás por una ayuda especial de Nuestra Señora, nunca había notado mayor aplicación, ni más generosas disposiciones que en los días de la persecución. Los religiosos jóvenes, recién salidos del noviciado fueron enviados a Roma, acogidos fraternalmente por los mayores.

Previa una serie de gestiones, el P. Chevalier pudo alquilar en la diócesis de Bois-le-Duc, en Holanda, la propiedad del Seminario Mayor, pero totalmente independiente, una casa que había sido la vivienda del predecesor del Obispo. Había quedado abandonada hasta que llegaron a ocuparla los novicios a mediados de noviembre, 8 días después de haber sido expulsados de St-Gérand-le-Puy, cuando comenzaban las inclemencias y rigores invernales propios de una región húmeda y fría. La pobreza era absoluta. La carencia de los útiles más elementales, como en el Portal de Belén, era lo más propicio para paladear los tragos amargos del destierro; era como un anticipo, un aprendizaje de la vida del misionero que llega a un país totalmente desconocido.

Sin embargo no puedo menos de hacer constar que las privaciones fueron considerablemente aliviadas por la paternal solicitud y atenciones de los Directores del Seminario, como también por la exquisita caridad de algunas familias y de las generosas comunidades de la vecindad. Eso fue un inmenso consuelo y un gran alivio para los exiliados. El Superior del Noviciado y sus compañeros conservan el más grato recuerdo de tanta solidaridad y tan finas atenciones recibidas en aquellos días amargos.

Para el P. Chevalier supuso una satisfacción el haber podido proporcionar a todos sus religiosos un asilo seguro. El permaneció con sus vicarios en la parroquia continuando sus obras pastorales.

Al día siguiente de la expulsión, los obreros ocupados en las obras de la iglesia parroquial, terminaron las más urgentes, y el domingo el celoso pastor pudo abrir a sus fieles las puertas de la iglesia reedificada gracias a sus desvelos. Por esta feliz circunstancia quedó aliviada la pena de sus feligreses por el cierre de la Basílica.

Quedaba la bendita imagen de la Virgen tras las puertas oprobiosamente precintadas. Una tras otra se habían ido apagando los centenares de lámparas que día y noche ardían en su Santuario; ante su altar, despojado de todo ornamento, ya nadie podía arrodillarse a rezar. La desolación inundaba el corazón de cuantos estaban a su servicio y de manera más lacerante el del buen P. Chevalier, su apóstol. Para suavizar la amargura y para proporcionar ocasión de implorar el auxilio de la Abogada de las causas difíciles y desesperadas a los feligreses y peregrinos que incesantemente acudían hizo colocar la imagen en una capilla de la nueva iglesia. Allí pudieron continuarse, como antes en la Basílica, las reuniones de la Archicofradía; allí siguieron alumbrando las lámparas que los asociados querían mantener encendidas ante la piadosa Madonna; allí las llamas incesantes de los cirios se elevaban como súplicas y testimonios de gratitud ante la imagen de la Inmaculada Madre de Dios.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón seguía atrayendo a las almas hacia el nuevo altar erigido en su honor. Innumerables devotos acudían incesantemente a rezar a los pies de Aquella que se mostraba siempre tan pródiga en gracias; no había hora del día en que no se encontrara personas implorando devotamente algún favor.

Era frecuente ver al P. Chevalier, arrodillado ante el altar, uniendo su oración a las de cuantos acudían a implorar la protección de la Sma. Virgen. Cuando sus obligaciones o su salud se lo permitían, celebraba la Misa en el altar de la Virgen. Era conmovedor ver a aquel anciano pastor dirigirse hacia el altar de María para celebrar el Santo Sacrificio a primera hora de la mañana, en todas las estaciones y hasta su extrema vejez. Sólo dejó de hacerlo el día en que sus fuerzas agotadas no pudieron ya sostener sus pasos vacilantes.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/13ChevPip.htm#_ftnref1) Este altar, cuidadosamente restaurado, quedó convertido en el más hermoso adorno de la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en Roma.

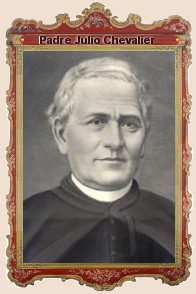
[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/13ChevPip.htm#_ftnref2) . El Decreto tiene la fecha de 26 de abril. Por él el Santo Padre ordena que la Archicofradía de NSSC establecida en San André del Valle sea pasada a la iglesia de NSSC, pl. Navona, y sea confiada por entero a los MSC.

**Capítulo XIV**

**CONSECUENCIAS DE LAS EXPULSIONES**

**LOS CAMINOS DE DIOS**

**LAS MISIONES**

Las persecuciones religiosas producen los mismos efectos que los demás azotes que asolan la tierra; su paso siembra ruina y destrucción, y el hombre, víctima de sus desastres, necesita una excepcional energía y un indomable valor para reemprender y continuar sus empresas aniquiladas o gravemente sacudidas por el azote.

Hubo un día en que el P. Chevalier, después de veinticinco años de incesantes trabajos sembrados de dolorosos sacrificios, en el momento en que todo parecía presagiar una era de prosperidad para su obra, vio su amada Congregación amenazada de aniquilación por la tormenta revolucionaria. Sus religiosos brutalmente expulsados de sus Comunidades por inicuos decretos, erraban por los caminos del destierro. Hemos visto cómo previsoramente había tomado todas las medidas a su alcance para asegurarles a todos un refugio en la tempestad, pero ¿quién acudiría en su ayuda en tierra extranjera?, ¿quién les proporcionaría los recursos necesarios para su subsistencia y sus necesidades de cada día? ¿Tenía acaso reservas para afrontar al menos los gastos más urgentes? Y el futuro?, ¿qué esperanzas había para el futuro?

Angustiosas preguntas para un padre separado de su familia amenazada por el peligro. iQué tormento, qué dolorosa inquietud estos sentimientos que brotan espontáneos en el corazón! Y sin embargo, debo confesar que nunca pudimos sorprender en sus labios la más mínima palabra que reflejara una duda sobre el porvenir. El había fundamentado su Congregación sobre la confianza en Aquel que proporciona a las aves del cielo el grano que necesitan y la hierba del campo el rocío necesario para crecer, y nunca, desde primer momento, se había sentido abandonado de la Divina Providencia. Habría temido parecer ingrato hacia ella si no hubiera puesto en práctica la palabra del Señor a sus Apóstoles: "No os inquietéis por lo que hayáis de comer para conservar la vida, ni por vestidos con que hayáis de cubrir vuestro cuerpo... vuestro Padre e está en los cielos sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas". Y su admirable confianza no fue defraudada.

Pero, aunque se entregaba a sí mismo y a sus compañeros en manos de la Providencia, no olvidaba que la precaución debe ser una  de las cualidades del Superior prudente y que esa virtud puede muy bien asociarse con el santo abandono en las manos del Padre e está en los cielos.

Veamos al prudente Fundador:

Antes de comenzar las expulsiones, la Congregación contaba siete casas: dos en Issoudun: la casa madre que atendía la Basílica, y la casa parroquial en que residía el Arcipreste con sus vicarios; después Chezal-Benoît, Saint Gerand-le-Puy y Arles-en-Provence ; y por último la casa de Roma y la de Watertown en los Estados Unidos. Esta última, comenzada en 1877, tenía entonces muy poca importancia.

En Francia la persecución acababa de clausurar cuatro de estas casas; solamente se había librado la casa parroquial de Issoudun. Con esta pérdida a la vista, el P. Fundador decidió compensarla en cuanto fuera posible con fundaciones en los países vecinos. Con ellos  aseguraría una situación estable y empleo fijo a aquellos religiosos que carecían de él desde la expulsión. Por otro lado, eran de temer nuevas calamidades de parte de los enemigos de la religión cuya fobia no cede nunca. Algunas fundaciones fuera de Francia prepararían un nuevo campo de trabajo al celo de los Misioneros, y, en caso de necesidad, les ofrecerían casas de refugio. Esta era su idea. Este y otros motivos le decidieron a intentar una residencia en España y otra en Inglaterra. La empresa no estaba exenta de dificultades, pero no acobardaron al decidido Fundador. Así fue como desde finales de 1880, en plena persecución, daba los primeros pasos para las fundaciones de España e Inglaterra que constituyeron una gran ayuda cuando entró en vigor en 1901 la ley contra las Congregaciones Religiosas.

Cuando el Padre estaba metido de lleno en el empeño de reparar los destrozos que la persecución había causado en su Congregación, la Providencia proporcionaba a su espíritu de apóstol un gran consuelo. Entre las obras a las que quería dedicar a sus religiosos, una, quizá la más acariciada, era la de la evangelización de infieles, como constaba en las Constituciones (Cap. 2do., art. 2do.): "Nuestra pequeña Sociedad se propone también la extensión de la fe entre infieles. Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús". Con toda el alma nos exhortaba a "estar preparados, según la medida de nuestras fuerzas, a ejercer toda clase de ministerios en cualquier lugar del mundo, según la voluntad del Soberano Pontífice y del Superior General". Y para que nadie ignorara las virtudes y sacrificios que exige, añadía: "Para poder cumplir con éxito las exigencias de estas misiones es imprescindible que los candidatos sean firmes en la virtud, que gocen de una invencible fortaleza de ánimo y que estén inquebrantablemente enraizados y fundamentados en su vocación. Que estén dispuestos a todo sufrimiento por el Sagrado Corazón y por la salvación de las almas, y a aceptar el hambre, la sed, la pobreza, los peligros, las persecuciones e incluso la muerte si fuera necesario" (Constituciones).

Heroicas disposiciones que requieren una profunda virtud. Pero el apóstol llamado por Dios a este sublime ministerio, las encuentra en su alma dispuestas por el Espíritu Santo, y, si responde fielmente a su vocación, llegan a desarrollarse en él hasta ser la admiración de los ángeles y de los hombres. Leyendo relatos emocionantes de las misiones llega uno a convencerse de ello.

Al trazar con rasgos tan enérgicos el retrato del apóstol entre infieles, el Padre no hace más que desvelar sus propios sentimientos sobre lo que son las misiones, y al mismo tiempo su ardiente deseo de ver a su Congregación dedicada a este apostolado. Que no se olvide: como hemos dejado ya dicho, nuestras Constituciones fueron escritas en los comienzos de nuestra Sociedad, y presentadas a la aprobación de la Congregación de Obispos y Regulares en los comienzos de 1869, es decir, casi 12 años antes de que los inmensos Vicariatos de Melanesia y Micronesia fuesen confiados a nuestra pequeña Sociedad.

A finales de marzo de 1881, algunos meses después del cierre de nuestras casas de Francia por la persecución, el Padre recibía una carta de Roma, escrita en nombre del Sumo Pontífice y firmada por el Cardenal Simeoni, Prefecto de Propaganda, concebida en estos términos:

Roma, 25 de marzo de 1881

"Muy Reverendo Padre:

Desde hace varios años el Vicariato de Nueva Guinea está vacante, a falta de una Congregación Religiosa que quiera hacerse cargo de él.

La Santa Sede que tiene el más vivo interés por aquel importante territorio en el que no existe ninguna misión católica, mientras que los pastores protestantes están sembrando el error, y, conociendo el espíritu que anima a vuestra Paternidad y a los miembros de vuestra Congregación por la propagación de nuestra santa Religión, vería con gran placer que los Misioneros del Sagrado Corazón se encargaran de evangelizar aquel inmenso campo. No le oculto que para realizar este proyecto serán necesarios tiempo y paciencia.

Por el momento se trataría solamente de enviar algunos Sacerdotes de vuestra Congregación que, al mismo tiempo que atiendan espiritualmente a los católicos que integran la Colonia de Nueva Francia, establecida allá, puedan buscar el medio de fundar una Misión y cuidarse del vicariato que, como digo, está vacante desde hace tiempo.

Tengo la segura confianza de que Vuestra Paternidad aceptará gustoso la propuesta que esta carta contiene, etc."

El P. Fundador acogió con gozo la propuesta del Eminentísimo Cardenal, ya que respondía perfectamente a los pensamientos y esperanzas elaboradas durante largos años. iQué laboriosa y abrumadora tarea se ofrecía a una Congregación tan débil aún y precisamente en el momento en que estaba siendo tan duramente castigada por la persecución! ¿No sería una imperdonable temeridad aceptar semejante misión que otras Congregaciones más fuertes y numerosas que la nuestra habían tenido que abandonar?

Estas y otras reflexiones causaban una profunda impresión a los compañeros del P. Chevalier. Sin embargo, con gusto se habría enrolado él mismo en la llamada de la Santa Sede, convencido de que esta llamada venía de Dios mismo, y que, a pesar de la penuria de los elementos de que quería servirse, su divina sabiduría sabrárealizarla. No obstante, por condescendencia con el parecer de algunos de sus consejeros, encargó a uno de ellos redactar en su nombre una respuesta a la carta del Eminentísimo Cardenal, en la que le diera a conocer la situación de la Sociedad y la escasez de  personal para la obra que se le proponía, añadiendo que acataría decisión del Cardenal para tomar una decisión.

A vuelta de correo, el Cardenal Simeoni respondía que debíamos acatar la expresa voluntad del Santo Padre.

Con esta carta quedaba disipada toda duda. El parecer unánime; no es cosa de cuestionar la voluntad del Papa, sino simplemente de obedecer. Aunque perezca la Congregación.

El 16 de abril, el Padre expresaba su aceptación al Eminentísimo Cardenal. Los términos de su carta reflejan nítida y claramente] las habituales disposiciones y el estado de ánimo del Padre. Por hermosa y por edificante, no puedo menos de transcribirla. Dice así:

"Eminentísimo Cardenal:

La propuesta que la Santa Sede se digna hacernos por mediación de vuestra Eminencia, nos honra en la misma medida que nos abruma. Lejos estábamos de pensar que Su Santidad pondría los ojos en los humildes Misioneros del Sagrado Corazón para confiarles una misión de tal envergadura. Sin género de duda, la empresa de la evangelización de Nueva Guinea y los archipiélagos adyacentes está muy por encima de nuestras fuerzas. Las costumbres de los indígenas, su condición salvaje, sus lenguas difíciles, el clima de la zona tórrida,... todo en definitiva nos hace prever un apostolado de los más laboriosos.

La carta oficial que Vuestra Eminencia me ha concedido honor de escribirme para transmitirme el deseo del Santo Padre está fechada el 25 de marzo. Esta fecha tiene un profundo significado: es el día escogido por el cielo para anunciar la noticia de la salvación por medio de la Encarnación del Verbo. Es también el día escogido por León XIII para encomendarnos p medio de su fiel mensajero, la misión de Melanesia.

Al igual que María, nosotros hemos manifestado nuestra evidente pequeñez y nuestras legítimas inquietudes; y puesto que, pese a nuestros sinceros temores, Eminencia, se nos dice como el Ángel: "No temáis, aceptad el ofrecimiento que se os hace, el Espíritu de Dios estará con vosotros y la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra", nosotros nos inclinamos respetuosamente y nuestra humilde Congregación responde con la Virgen de Nazareth: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra". Y con San Pedro: "En tu nombre echaré la red".

El 14 de mayo, el Eminentísimo Cardenal, en nombre del Papa y en el suyo propio, felicitaba al P. Chevalier por su generosa aceptación, y añadía: "Por el momento bastará que vayan al Vicariato algunos Misioneros".

Pero ese Vicariato para el que el Santo Padre pedía "algunos misioneros", ¿qué era, dónde estaba, cuáles eran sus límites, cuáles sus características?

Encontramos la respuesta en los Anales del mes de agosto de 1874. Nada mejor que transcribirla:

"Mientras nuestra pequeña Sociedad se fundaba en Issoudun con la firme decisión de reclamar, en su momento oportuno, su parte en el combate que la Iglesia mantiene constantemente contra las tinieblas y la corrupción del paganismo, en Oceanía dos inmensos vicariatos acababan de perder a los valientes Misioneros que les llevaban la luz de la fe y privilegio de la Religión a causa de la crueldad de los salvajes, y toda la gama de dificultades que presentan sus inhóspitas costas. El demonio quedaba dueño y señor del campo de batalla. iY qué campo de batalla!... Mil quinientas leguas de largo por trescientas cincuenta de ancho el Vicariato de Micronesia; ochocientas de largo por trescientas de ancho el de Melanesia. Seiscientas islas separadas unas de otras por enormes distancias".

Este era el campo que la Congregación MSC estaba llamada a roturar y sembrar. Para afrontar esta enorme tarea que habría necesitado legiones de apóstoles, solamente podía disponer de tres Sacerdotes:

El P. José-Fernando Durin, superior de toda la Misión, que, con la salud completamente agotada a causa de las duras fatigas viaje y sobre todo por los calores asfixiantes de aquellas tierras, tuvo que regresar a Europa sin haber podido siquiera abordar Misión.

El P. Luís-Andrés Navarre, que llegó a ser el primer Vicario Apostólico de Nueva Guinea.

Y el P. Teófilo Cramaille, el primer sacerdote salido de la Pequeña Obra, muerto el 22 de septiembre de 1896 en el Mar Rojo cuando regresaba a Francia para recuperar las fuerzas exhaustas después de quince largos años de privaciones y trabajos apostólico.

Estos son los tres apóstoles que salieron acompañados de Hermanos Coadjutores. Al bendecir la expedición, León XIII había dicho al Superior postrado a sus pies: "Id sin temor, es la Iglesia quien os envía. Dios bendecirá vuestra entrega".

Confortados con la bendición del Santo Padre, enteramente confiados en sus promesas, marcharán "sin temor". Nada podía debilitar su enardecimiento por la salvación de las almas que Iglesia les confía. Han de ser incontables las privaciones y los sufrimientos; se multiplicarán bajo sus pies los peligros; volverán a nacer los obstáculos vencidos... Ellos emprenderán sin desfallecimiento ni desánimo, por amor de Dios y bajo su mirada, la obra que les ha sido encomendada.

El 1 de septiembre de 1881 habían embarcado cinco rumbo las tierras en que debían empezar su apostolado. Tres, iay!,  tres solamente pudieron llegar a destino. Ya queda dicho: la enfermedad había arruinado totalmente la salud del Superior, y uno de Hermanos le había acompañado para cuidarle en el viaje de regreso.

iTres para emprender la conquista de todo un mundo! ¿Qué podían hacer? Pregunta inútil que no preocupa en modo alguno a nuestros intrépidos apóstoles. Al abordar aquella tierra inhóspita su primer pensamiento fue de gratitud. Entonan el Magnificat-acción de gracias.

Trece meses habían necesitado, a través de los océanos, para llegar al final del viaje. Un viaje que comenzó el 1 de septiembre de 1881 para desembarcar el 29 del mismo mes, en 1882.

El 3 de octubre el P. Navarre escribía al P. Chevalier para dar cuenta de su llegada. Su carta comienza por estas expresivas palabras: " i Al fin hemos llegado!". Siguen detalles del viaje de Sydney a Beridni, Blanca Bahía, Nueva Bretaña; y después añade:

"El estandarte del Sagrado Corazón de Jesús bendecido por León XIII antes de nuestra partida, ondea al fin en esta tierra de Papua. Hemos tomado posesión de estas tierras bárbaras en nombre del Corazón de Jesús que quiere reinar por amor sobre estos pobres salvajes; en nombre de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la protectora de los abandonados, y en nombre de la Santa Sede que nos ha confiado esta Misión".

En el pulso de la mano que escribe estas líneas de tan modesta redacción, se percibe el pálpito del corazón del apóstol, radiante entusiasmo por entregarse a su labor. Al poner pie en tierra patria no tiene otra ambición que someter a todos sus habitantes al yugo suave del Salvador para hacer de ellos hijos de Dios y de la Iglesia.

Desde entonces ha pasado un cuarto de siglo. ¿Qué ha sido de obra de aquellos 3 Misioneros en estos 25 años?

En la actualidad, en 1908, nos encontramos con cuatro florecientes Vicariatos Apostólicos, tres de ellos regidos por Obispos y otro por un Superior. Cada uno de estos vicariatos comprende numerosas estaciones confiadas a Misioneros Sacerdotes, ayudados por Hermanos Coadjutores, Catequistas indígenas, y en algunos lugares Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón para las Escuelas de Niñas, enfermos y promoción de la mujer. Queda una inmensa Prefectura Apostólica organizada en la misma línea, para la que sin tardar mucho, esperamos que el Papa nombrará un Vicario Apostólico.

La bendición del Papa ha hecho fecunda esta tierra estéril; su palabra se ha hecho realidad: "Dios ha bendecido los desvelos de los apóstoles". Ellos, por su parte, han colaborado con sus trabajos y sufrimientos, y el Corazón de Jesús ha derramado sobre aquellas tierras desoladas los tesoros de su infinita misericordia.

****Capítulo XV****

**LAS CASAS DE TILBURGO Y ANVERES**

**OTRAS FUNDACIONES  
EXPANSIÓN MISIONERA**

Cuando el P. Chevalier encaminaba el Noviciado de la Congregación hacia Holanda en plena efervescencia de las expulsiones, no pretendía solamente procurar a los novicios un refugio en que pudieran terminar su formación religiosa en el retiro y la paz; su visión abarcaba otros horizontes más amplios. Holanda le parecía una tierra fecunda y bendita en que la vida de fe había echado profundas raíces y se traducía en obras admirables. La Asociación de Nuestra Señora del Sagrado Corazón empezó allí a ser conocida de manera providencial desde los primeros años. En 1886 se había erigido una Cofradía afiliada a la de Issoudun en la capilla de las Ursulinas de Sittard, en el Limbourg holandés, con la aprobación del Obispo de Ruremonde. Con este humilde comienzo en el estrecho recinto de un internado, y merced al entusiasmo de las Ursulinas, su radio de acción se extendió en poco tiempo no sólo a las diócesis de los Países Bajos, sino el Limburgo belga, a la Prusia del Rin y otras comarcas. Cuando el 11 de diciembre de 1873 Mons. Paradis coronó en nombre de Pío IX la Imagen de Nuestra Señora del Sagrado Corazón en la modesta capilla de las Ursulinas, la Cofradía de Sittard contaba ya con cuatro millones de Asociados de Holanda y de los países limítrofes. En el discurso que el P. Chevalier pronunció en aquella memorable solemnidad en presencia del Obispo y de gran cantidad de sacerdotes y fieles, dejó caer estas palabras que contenían un deseo y una súplica:

"Vuestro Santuario rebosante de exvotos es hoy centro y meta de tan numerosas peregrinaciones que su recinto resulta ya incapaz de recibir a la piadosa multitud que estoy contemplando. Quiero ser el portavoz de Nuestra Señora del Sagrado Corazón pidiéndoos n su nombre que levantéis en vuestro rico y generoso país un amplio templo en consonancia con el incremento extraordinario de Asociación".

Pronto este deseo del P. Chevalier quedó cumplido. Con la probación del Obispo, el mismo día se abrió una suscripción y se acogieron muchos y generosos donativos. Unos años después se abrió a la piedad de los fieles el nuevo Santuario. Cuando 7 años más tarde los Novicios expulsados de Francia tuvieron que buscar efugio en las hospitalarias tierras de Holanda, pudieron contemplar aquella manifestación de fe y de amor convertida en un monumento dedicado a gloria de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Fue para ellos un reconfortante gozo poder arrodillarse a los pies re la Virgen coronada como la de Issoudun en nombre de Pío IX implorar su protección para los desterrados y la bendición para sus bienhechores.

El P. Chevalier, después de haber participado en las fiestas de a Coronación y haber vivido los días de triunfo de la Virgen, estaba persuadido de que Nuestra Señora del Sagrado Corazón había reparado a sus apóstoles un nuevo campo en que podrían dar rienda suelta a su celo. Por eso, cuando sonó la hora de la prueba, no dudó en encaminar a los novicios hacia aquella bendita tierra. Cosa admirable: entre los novicios de entonces, había algunos holandeses, oriundos todos de aquella Diócesis que Nuestra Señora del Sagrado Corazón había escogido para su acogida.

iAdmirable coincidencia preparada por delicadeza de la divina providencia! El P. Chevalier que había quedado tan impresionado por el vigor de la fe de aquellos pueblos católicos y había podido :contemplar con sus mismos ojos su amor y confianza en Nuestra Señora, no sin razón había sacado en consecuencia que si Ella ha3ía sabido seleccionar almas privilegiadas entre sus devotos para consagrarlos al Corazón de su Hijo, no dejaría de seleccionar algunos obreros del Evangelio para el día en que pudiera plantar su abra en una región tan fecunda en vocaciones. El tiempo ha demostrado lo acertados que eran sus presagios.

A partir de 1882, la casita de Géra, próxima al Seminario Mayor, en que se habían instalado los novicios, se quedaba ya pequeña.

Por otra parte estaba intranquilo por la suerte que pudiera correr la Escuela Apostólica de Issoudun. No sin fundamento temía que el día menos pensado tuviera que ser desalojada del cobijo que le había buscado. La tormenta desatada en Francia contra las Congregaciones Religiosas, lejos de amainar, crecía cada día más amenazadora. Acuciado por estos presentimientos, escribió al Superior del Noviciado: "La Pequeña Obra no está segura en Issoudun ; de un momento a otro puede llegarnos la orden de enviar los niños a sus casas. Busque un edificio en el que podamos darles acogida junto con los novicios y estudiantes. Apresúrese, no hay tiempo que perder".

Aquel mandato puso un nudo en la garganta del superior que lo recibía. Como las almas vacilantes, veía surgir por todas partes dificultades insuperables[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftn1). Quería obedecer, pero se veía incapaz. ¿Cómo iba a poder él dirigir adecuadamente las tres obras que se le venían encima, cuando ya se sentía abrumado con sólo la responsabilidad de la dirección del Noviciado?

Entre tanto recibió una carta de una de sus antiguas dirigidas, un alma de exquisitos sentimientos, que le pedía consejos. En su carta de respuesta, terminaba con estas palabras:

"Encomiende mucho un asunto muy importante para el bien de las almas que me preocupa día y noche. Pida al P. Vandel que me ilumine; me hace mucha falta".

Aquella persona tenía una gran confianza en la intercesión del P. Vandel, muerto en olor de santidad 5 años antes, y a quien ella creía deber muchos favores. Ella ignoraba completamente los proyectos encomendados a sus oraciones. Vivía lejos de Issoudun y era imposible que estuviera al corriente de ellos.

Poco después llegaba una nueva carta en que decía: "El querido P. Vandel me ha inspirado que le escriba de Vd. para decirle que no se inquiete; la Pequeña Obra saldrá adelante".

Estas líneas tranquilizaron al Superior. A partir de aquel momento se entregó confiado a la obra que se le encomendaba. En lo sucesivo no volvió a inquietarse a pesar de las incontables dificultades surgidas. Dios quería aquella obra, estaba seguro. El Corazón de Jesús sabría bien el modo de sacarla adelante a pesar de la inutilidad del instrumento escogido.

La casa estaba preparada ya en el mes de octubre siguiente. Quedaron instalados novicios y escolares y poco después llegaron los niños.

Se trataba de una antigua fábrica de tejidos, abandonada desde hacía mucho tiempo. Estaba situada en el barrio de Veldhaven, en Tilbourg. En pocos meses había quedado acomodada para una Comunidad. Ciertamente en aquella nueva vivienda de aspecto antiestético no había nada que pudiera halagar las exigencias de la naturaleza; todo, absolutamente todo era de una pobreza extrema, pero lo importante es que la obra de la Congregación podía continuar. El futuro de la Congregación estaba asegurado.

Aún no habían pasado tres meses y ya el P. Chevalier estaba pensando en una nueva fundación. Era necesaria; la casa de Tilbourg resultaba insuficiente para las necesidades del momento. Ahora la mirada del Fundador se dirigía hacia Bélgica. Tenía la seguridad de que los católicos de aquel bravo y espléndido país que con tanto entusiasmo habían recibido la devoción a Nuestra Señora, verían bien una comunidad de MSC.

No estaba equivocado. Quedó establecida una casa en Borgerhout, dentro del recinto amurallado de Anveres. El P. E. Bontemps que estaba entonces en Issoudun fue el encargado de ponerla en marcha y quedó en ella como Superior. Pero estaba llamado a algo más importante, difícil y comprometido que la fundación de una Comunidad en país civilizado: estaba destinado a fundar una nueva Misión en el Archipiélago de las Gilbert.

Sólo permaneció unos meses en Anveres. Cediendo a sus ruegos, el Superior General le permitió salir para Sydney, en Australia, desde donde poco después partió hacia las Gilbert.

El 8 de mayo de 1888, día de la Ascensión, tras un largo y penoso viaje, complicado por la falta de servicio marítimo regular entre Sydney y el archipiélago, escribía al P. Chevalier:

"Desembarcamos en Nonouti. Bajamos a Papuaki, nombre que significa "lugar santo". Nos reciben unos doscientos habitantes llenos de algazara". Con el P. Bontemps se encontraba el P. José Leray, hoy Vicario Apostólico, y el Hno. Conrado Weber. Un trío de Misioneros como la primera expedición que 5 años antes habían tomado posesión de los inmensos Vicariatos de Melanesia y Micronesia de los que dependía el Archipiélago de las Gilbert.

oOo

El P. Chevalier que se sentía satisfecho con los progresos de la Congregación en el Norte, quiso que la nueva fundación de Anveres fuera suficientemente amplia para poder albergar las obras vitales de la Sociedad: los dos Noviciados: el de los Hermanos Coadjutores y el de los candidatos al sacerdocio; un Escolasticado para los estudiantes de filosofía y teología, y el colegio para los alumnos de la Pequeña Obra de Bélgica y Alemania. En sus planes Anveres iba a ser como la casa de formación para nuestras Misiones, que en auge continuo, requerían incesantemente nuevos recursos de personal. La casa de Tilbourg continuaba con su Escuela Apostólica cada vez más floreciente.

Empezábamos a palpar la acción del Corazón de Jesús suscitando apóstoles en diversas naciones para la propagación del Evangelio. Alemania empezaba a lanzar miradas de codicia sobre Nueva Bretaña e islas adyacentes para establecer allí su protectorados[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftn2). A partir de ese momento las islas son el "Archipiélago Bismarck", y Nueva Bretaña se llama "Nueva Pomerania". El P. Chevalier que seguía atentamente estos acontecimientos, se deshacía en agradecimiento a Nuestra Señora por haber preparado de antemano elementos de lengua alemana para continuar la obra de evangelización tan laboriosa y heroicamente comenzada por sus tres primeros misioneros. Probablemente, si los MSC no se hubieran establecido en "Nueva Bretaña" cuando los súbditos del imperio alemán enviaron allá al primer gobernador, ya no habrían podido entrar. Además, de no haber estado en condiciones de aportar personal de lengua y nacionalidad alemanas, habrían tenido serias dificultades para quedarse allá; lo cual habría sido un obstáculo insuperable para el

desarrollo de la misión. De ahí la fundación de la Provincia Alemana, la segunda cronológicamente. La primera es la del Norte, erigida el 5 de mayo de 1894, con las fundaciones de Holanda y Bélgica. Esta Provincia incluye además la Prefectura Apostólica de Nueva Guinea Holandesa y de las Islas Kei, cuyos primeros Misioneros salieron en otoño de 1903.

Entre las numerosas dificultades de las Misiones en las Islas del Pacífico hay que destacar en primer lugar la falta de comunicaciones regulares entre aquellas islas y los países civilizados[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftn3). La mayor parte de la población vive en estado salvaje; viven míseramente, sin más reservas que la caza, la pesca o los productos espontáneos del suelo. Los indígenas no conocen oficio alguno; no son capaces de dedicación a ningún trabajo continuado si no es obligados por perentoria necesidad. El misionero que llega a estas inhóspitas tierras, si no quiere exponerse a perecer de miseria o de hambre, tiene que proveerse de todo lo absolutamente necesario para sobrevivir: comida, vestidos, instrumentos de trabajo y tantas otras cosas indispensables. Tiene que tener prevista a tiempo la renovación de provisiones antes de que se acaben. Por ese motivo es necesario que el puesto de Misión esté en conexión con un puerto de mar frecuentado por barcos que aborden las costas en que ha fijado su residencia. De ahí también la necesidad de establecer una residencia bien abastecida y lo más económica posible de las cosas más precisas. Esta residencia se llama "la procura", y el que está al frente de ella es el "Procurador" de la Misión.

Los primeros misioneros, destinados por la Santa Sede en 1881 a la colonia libre de Nueva Francia, contaban con los barcos de aquella colonia para el avituallamiento necesario. Su ilusión duró lo que tardaron en conocer el fracaso de la colonia y la dispersión de los colonos.

A consecuencia de ello, las condiciones en que quedaban nuestros queridos misioneros, se hacía indispensable una Procura en Sydney. Y se hacía tanto más urgente cuanto que a los nueve meses de su llegada, el 27 de junio de 1883, en menos de media hora, un incendio abrasó su choza de madera y techumbre de pajón y cuanto contenía. El fuego producido durante la noche los dejó con lo puesto.

Tres meses después, el P. Navarre que había podido tomar un barco con rumbo a Sydney, anunciaba la desoladora noticia al P. Chevalier: en estos términos: "Hemos quedado arruinados, bendito sea el Sagrado Corazón! Las llamas han devorado absolutamente todas nuestras pertenencias dejándonos medio desnudos en el frío de la noche, pero no han podido debilitar nuestra entereza, nuestra indomable esperanza en el Sagrado Corazón, ni nuestra confianza en el feliz éxito de nuestra Misión, comenzada con tantas dificultades. Cuando falta todo, queda aún la ayuda de Dios...!"

Terminaba la carta el 4 de octubre, añadiendo: "He llegado a Sydney después de cuatro semanas de navegación... Me quedaré aquí esperando la llegada de nuevos compañeros, cuya colaboración nos será de la mayor utilidad. Envíennos por ellos todo lo que puedan. No tenemos nada de nada: ni libros, ni ornamentos, ni cálices. Quisiéramos también una imagen de Nuestra Señora".

El animoso Misionero tuvo que esperar cerca de un año la ayuda tan urgente y tan angustiosamente pedida. Francia estaba tan lejos!...

Un Procurador de Misiones con residencia en Sydney, hubiera podido desde el primer momento del desastre cubrir las necesidades más urgentes y ahorrar a nuestros Misioneros muchos y angustiosos sufrimientos. Desde ese momento quedó decidida la creación de una Procura. El Cardenal Morán, muy interesado por nuestras Misiones, para apoyar esta fundación, confió a nuestros Padres una Parroquia.

El 4 de febrero de 1885, el P. Navarre escribía desde Sydney al P. Chevalier: "He visitado al Arzobispo con los PP. Couppé y Verius para agradecerle la Parroquia que acaba de ofrecernos y desea confiar al P. Couppé para que con dos de nuestras monjasabran una escuela y sea al mismo tiempo Procurador de la Misión". El 25 de julio del mismo año, el Cardenal, trasladado a Roma en visita al Santo Padre, escribía al P. Chevalier una atenta carta de la que gustosamente transcribimos algunos párrafos.

El Cardenal felicita al Padre por haber aceptado "tan animosamente y con tan indecible confianza en el Sagrado Corazón los inmensos y difíciles Vicariatos de Melanesia y Micronesia, abandonados durante un cuarto de siglo". Después añade:

"Testigo yo mismo del espíritu de fe y de la tenacidad del P. Navarre, Superior de la Misión, y de sus compañeros, he creído

que lo mejor que podía hacer por ellos era ofrecerles la oportunidad de situarse en Sydney para poder establecer la Procura y al mismo tiempo desempeñar un ministerio en mi diócesis".

Al tiempo que agradecían las propuestas del Cardenal, los Misioneros quedaron instalados en Botany Bay. El benévolo Cardenal, al confiarles la pequeña Parroquia, les dijo: "Mucho ánimo, Padres! El trabajo será abrumador, pero es la parroquia que mejor les va, pues en ella, con la evocación de la patria, tiene la tumba de uno de sus Sacerdotes["](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftn4).

Mucho ánimo, en efecto, necesitaban los dos Padres que se encargaron de aquel ministerio. ¡Estaba todo sin hacer! Se encontraron con una pequeña y mísera iglesia a la que acudía de tarde en tarde un sacerdote a celebrar Misa y administrar los Sacramentos a los obreros de los alrededores. No tenía ni casa parroquial para el cura, ni escuela para los niños. Los dos Padres asumieron con buena voluntad la responsabilidad e hicieron lo que pudieron; pero Botany Bay no era lo más indicado para establecer una Procura. Aquel villorrio quedaba excesivamente alejado del centro de población y del puerto. Era solamente una solución momentánea. El Cardenal lo sabía perfectamente. Por eso, en cuanto quedó libre la parroquia de Randwick, más céntrica y mejor comunicada, la confió a los Misioneros. Reconstruyeron la iglesia dedicándola a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, aumentaron la casa parroquial y construyeron las escuelas. Randwick quedó como residencia de la Procura hasta que se erigió la Provincia Australiana el 8 de diciembre de 1905. A partir de esa fecha la Procura quedó establecida en una casa dedicada únicamente al servicio de las Misiones, dependiente directamente del Superior General.

Las Misiones no absorbían por completo el dinamismo del P. Fundador. Veía con gozo cómo estaba aumentando el número de los religiosos. El Noviciado, aunque instalado lejos de Francia, seguía cada vez más floreciente. A los candidatos de Francia se añadían los de Holanda, Bélgica, Alemania, Irlanda, Inglaterra, Italia y España.

Se había cumplido la premonición de León XIII, cuando, bendecir a los primeros expedicionarios para Melanesia, había dicho: "Os harán falta muchos Misioneros". El Corazón de Jesús había ido llamando voluntarios en diversas naciones católicas paraextender su Reino hasta las islas remotas en que aún no era conocido.

El P. Chevalier saboreaba admirado el trabajo de la Gracia de las almas que habitaban en tan diversos países, y no escatimaba cuanto pudiera servir para favorecerlo y extenderlo, pues era medio puesto en sus manos para propagar el conocimiento y amor al Corazón de Jesús y la realización de su divisa "Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús".

En medio de las mayores dificultades, había esperado contra toda esperanza. Ahora el Corazón de Jesús recompensaba su confianza inquebrantable poniendo bajo su dirección operarios d< Evangelio de distintas lenguas y nacionalidades como diciéndole "No temas; trabaja sin descanso; yo reinaré a pesar de mis en amigos".

La primordial preocupación del P. Chevalier, fue asegurar, en cuanto lo permitían las circunstancias, la Comunidad del Sagrado Corazón en Issoudun. Antes de comenzar las expulsiones había fundado una institución de enseñanza secundaria para los jóvenes de la población y de los alrededores, respetando las exigencias de la ley y de la reglamentación universitaria. La escuela pudo seguir abierta a pesar de la persecución. En ella fueron admitidos los alumnos de la Pequeña Obra con sus profesores, primero como externos y más tarde como pensionistas. De esta manera la comunidad quedaba estabilizada y así pudo mantenerse a pesar de las tretas administrativas que el Padre supo soslayar. Unos años más tarde, los precintos puestos a las puertas de la Basílica, gastados por el tiempo, cayeron por sí solos, con lo cual quedaba franqueado el paso, se pudieron celebrar algunas Misas, y más tarde, con gran alegría de los fieles de Issoudun y de los peregrinos que acudían d fuera, empezaron a celebrarse ceremonias como en tiempos pasa dos. Aunque la inquina de la administración municipal no había bajado las defensas, el Padre tenía alguna influencia en las altas e! esferas para lograr alguna tolerancia que aprovechaba muy prudentemente para mantener sus obras y seguir trabajando por el incremento de la Congregación. De esta manera logró crear en 1885 un residencia en París, años más tarde otras en Vichy —diócesis de Moulins— y después una Procura de Misiones en Marsella. En 1889 enviaba algunos Misioneros a hacerse cargo del Colegio de Canet de Mar, Barcelona, España. En 1890, a instancias de Mons. Marchal, ocupaba de nuevo la abadía de Chezal-Benoît. En 1894 erigía la Provincia del Norte y tres años después la de Alemania, como henos dicho antes. En 1896 abría un nuevo Noviciado en Kensington Sydney— para la Provincia de Australia. Después vinieron las casas de SaintAlbans y de Baintree, en Inglaterra, la de Natick en los EE.UU., y por fin la de Québec, en Canadá. El mismo año las casas de Italia: Roma, Florencia y Omegna (Diócesis de Novara) .fueron constituidas en Provincia.

Hay que añadir a estas fundaciones las frecuentes expediciones de Misioneros para cubrir los puestos de los que iban cayendo o para multiplicar las estaciones a medida que lo iba exigiendo la expansión del Evangelio en aquellas tierras. Con esto será fácil hacerse una idea de la labor del P. Fundador hasta su ancianidad.

Para la fecha de su fallecimiento, 21 de octubre de 1907, la congregación comprendía ya 5 Provincias: la de Francia, terriblemente castigada por la persecución; la del Norte; las de Alemania, Italia yla Australiana recién erigida (8 de diciembre de 1905)..

A la Provincia de Francia están confiados los dos Vicariatos de Nueva Guinea inglesa y el de las Islas Gilbert, gobernados por un Vicario Apostólico; a la de Alemania el Vicariato de Nueva Pomerania y el de las Islas Marshall. La Provincia del Norte tiene a su cargo la Prefectura Apostólica de Nueva Guinea Holandesa, fundada por ella. La Provincia Australiana se ocupa de la Diócesis de Victoria Palmerston.

Estas cinco inmensas y difíciles Misiones están produciendo magníficos frutos.

Si bien es verdad que abundan los trabajos y preocupaciones, también es cierto que las bendiciones del Corazón de Jesús sobre los sacrificios de sus apóstoles son las que vigorizan sus fuerzas y los inundan de consuelos. Ahí está el gozo más íntimo del misionero y el colmo de sus ambiciones: abrir el cielo a sus evangelizados. Sucorazón, como el Corazón del que los envía, se consume por la salvación de las almas. Ese era también el gozo y la satisfacción del P. Chevalier al conocer el incremento de la Congregación y los frutos obtenidos por los Misioneros entre los infieles. Ese era al mismo tiempo la compensación a sus sufrimientos y a las preocupaciones causadas por la persecución en las obras de Francia.

En el fondo de su alma alimentaba la firme esperanza de que llegaría un día en que serían achantados los perseguidores, y de entre las ruinas amontonadas por ellos, volverían a renacer las obras de Dios que creían definitivamente aniquiladas.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftnref1) El P. Piperon está hablando de sí mismo con una excesiva modestia. Era un alma vigorosa, capaz de llevar a buen término las obras más difíciles que se le encomendaran. (Nota del editor de la edic. de 1924).

[[2]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftnref2) Cuando nuestros Misioneros abordaron aquellos territorios, no pertenecían a ninguna nación europea. El P. Chevalier propuso al gobierno francés tomar posesión oficial de ellos por medio de nuestros misioneros en nombre de Francia. La respuesta fue: "Ya tenemos bastantes colonias". En cambio Alemania, más avispada, no dudó en plantar su estandarte en un territorio que promete ser una colonia próspera y rica. Una vez más las pérfidas tendencias habían errado inspirando a1 gobierno francés una despectiva respuesta. Si Nueva Bretaña hubiese pasado a ser colonia francesa, habría sido imposible la Misión

[[3]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/15ChevPip.htm#_ftnref3) **Desde hace unos 10 años existen líneas marítimas más frecuentes y regulares.**

. El recuerdo de Francia a que hace alusión el Cardenal, era el monumento a La Pérouse, levantado por la madre patria sobre una roca que domina la inmensidad del océano. El Sacerdote cuyos restos reposaban desde hacía más de un siglo a la orilla del mar, era el franciscano Le Receveur, compañero de La Pérouse en sus expediciones, y que había muerto allí en 1788

**Capítulo XVI**

**LOS ÚLTIMOS AÑOS**

**PREPARACIÓN A LA MUERTE**

**ELECCIÓN DE UN VICARIO GENERAL CON DERECHO A SUCESIÓN**

**LOS OBISPOS MISIONEROS**

Los últimos años del P. Chevalier fueron una continua cadena de sufrimientos lacerantes para el cuerpo y para el corazón. Al cor­tejo de achaques de la senectud, dolorosos en extremo y excesiva­mente prolongados, se juntó la prolongada persecución que se encarnizó con rabiosa violencia contra la Congregación y sus obras, empleando todos los medios para aniquilarla.

Pero todas aquellas tribulaciones no fueron suficientes para de­bilitar su alma vigorosa. El P. Chevalier supo aceptarlas con la mis­ma entereza con que había aceptado las otras pruebas: con la hu­milde y absoluta sumisión a la Voluntad de Dios, uniéndolas espi­ritualmente a los sufrimientos de nuestro Redentor en reparación por sus propias culpas y las de las almas que le estaban confiadas. ¡Cuántas veces le oímos exclamar: "Soy un pobre pecador que merece mil veces más tormentos por tantas infidelidades! Ojalá el Juez Soberano se digne aceptar misericordiosamente mis sufrimien­tos en compensación de todas mis afrentas".

Tenía siempre presente el pensamiento de la muerte, y trataba de estar preparado para ella. Un día, unos cuatro años antes de que esto acaeciera, había hecho llamar a su sucesor para informarle so­bre las vicisitudes de nuestras obras, darle los oportunos consejos y recomendaciones, y manifestarle su última voluntad. Yo mismo fui testigo por mi condición de religioso más antiguo. Fue un momen­to solemne, una escena conmovedora difícil de describir. El vene­rable anciano estaba sentado en su sillón, extremadamente débil; su semblante enflaquecido a causa de los terribles y prolongados sufrimientos, reflejaba la palidez de la muerte que parecía inmi­nente. Al contemplarle, a duras penas pudimos contener las lágri­mas. El, sin embargo, en plena posesión de sus facultades, con ad­mirable serenidad, nos habló de su última hora que creía ya próxi­ma. Después con una pasmosa lucidez mental, empezó a exponer problemas de la Congregación en la crisis del momento; los peli­gros que corría y las precauciones que había que tomar; las caute­las oportunas para conservar y fomentar entre nosotros las prácti­cas de devoción al Sagrado Corazón conforme a nuestra vocación; el interés por nuestras reglas y la fidelidad a los deberes de la vida religiosa. En cada una de sus palabras, en cada uno de sus consejos, se sentían latir las vibraciones de su alma e irradiar los ardores de su corazón paternal. En ningún momento de su vida como en aquél habíamos descubierto tan viva y tan conmovedora la expre­sión de su tierna solicitud por la Congregación y por cada uno de sus miembros.

Cuando nos retirábamos para dejarle descansar después de aquel tremendo esfuerzo: "Padre, me dijo en voz baja, espere un poco; necesito hablarle a solas". Me confidenció de cosas íntimas y me dio sus paternales consejos, y después de un momento de re­cogimiento, añadió profundamente conmovido: "Padre, mi fin está ya próximo; el Señor puede llamarme en cualquier momento. Espero en paz su hora, lleno de confianza en la misericordia del Corazón de Jesús. Para su consuelo le diré que hace pocos días he hecho una confesión general. No me ha quedado nada que pueda inquietarme; estoy dispuesto para cuando al Señor le plazca". Y con el tono de la más profunda y sincera humildad que me llegó hasta lo profundo del alma y me hizo brotar las lágrimas, añadió: "Yo le he causado muchos disgustos durante tantos años como hemos vivido juntos. De ellos he pedido perdón a Dios y estoy se­guro que me lo ha concedido; dígame que también Vd. me perdo­na; esto me servirá de descanso y consuelo en esta hora decisiva".

La humildad de nuestro querido Padre le hacía invertir los pa­peles: yo no tenía nada que perdonarle a él; al contrario sí tenía mucho que agradecerle por su condescendencia y su paciencia para soportarme a mí más que a ninguno de los miembros de la Comu­nidad. Después de Dios y después de la Virgen María, es a él a quien yo debo el haber podido seguir mi vocación y mi perseverancia. Postrado a sus pies, se lo agradecí de todo corazón, le rogué que me perdonara cuantas molestias le había causado, y me diera su bendición; lo hizo con su característica amabilidad.

Así fue nuestro último encuentro cuatro años antes de su muerte. Después, iayi la distancia obligada del destierro y el peso de los años, me privaron del consuelo de volverlo a ver.

Al dejarle, con el alma embalsamada por el perfume de sus virtudes, dí gracias a Dios por haber presenciado un testimonio tan edificante, y con Santa Margarita María repetí en mi corazón: "Qué dulce es morir después de haber amado durante toda la vida el Corazón de Aquel que ha de ser mi Juez"!

Pero no fui yo sólo testigo de su ternura y de su profunda humildad. Hizo lo mismo con cuantos creía haber molestado. Más aún: practicando a la letra el mandamiento evangélico del perdón de las injurias, no perdía ocasión de devolver bien por mal a quien hubiera podido ocasionar algún daño. De ahí lo que se decía de él entre los más íntimos: "si quieres obtener fácilmente un favor del P. Chevalier, hazle una ofensa".

Sus fuerzas se iban debilitando de día en día; sus achaques se multiplicaban con los años y hacían cada vez más difíciles y más agobiantes las complicadas obligaciones del gobierno de una Con­gregación y el trabajo pastoral de una parroquia tan vasta. Bien es verdad que suponía una tranquilidad el poder confiar la pesada carga a los hombros de sus abnegados vicarios que se esforzaban en aliviarle cada uno según sus facultades. Para el venerable anciano suponía un descanso y un consuelo que le compensaba los muchos y terribles sufrimientos del pasado. i Había sufrido tanto!...

La idea de desembarazarse al menos de una parte de las respon­sabilidades cuyo peso le abrumaba, era cada vez más apremiante y decidió llevarla a la práctica. Para ello, y con el permiso de la Santa Sede, convocó un Capítulo que tenía como objetivo primordial aceptar la dimisión del Fundador, y nombrar un sucesor, o reele­girle, si se juzgaba oportuno para bien de la Congregación. En este caso, al parecer de la Santa Sede, para mitigar el ejercicio de sus responsabilidades, nombrar un Vicario General que le sucediera con pleno derecho.

La primera sesión del Capítulo General tuvo lugar el 23 de abril de 1900. La presidió el mismo Fundador. Después de la invo­cación al Espíritu Santo y las formalidades de rigor, preguntó a los Capitulares si estaban de acuerdo en declarar la legitimidad canónica de la asamblea. Una vez recibida la respuesta afirmativa, el Padre se recogió un momento y leyó en voz serena el acta de dimisión, que reza así:

"Queridos Padres:

Quiero confirmar aquí lo que os anunciaba en mi circular del 16 de julio de 1899. Dada mi avanzada edad, los achaques que es­toy padeciendo que me impiden emprender largos viajes, y el de­seo de saber quién ha de ser mi sucesor para iniciarle en los asuntos de nuestra querida Sociedad, presento simple y llanamente mi di­misión como Superior General, y suplico os dignéis aceptarla".

Los Capitulares escucharon la lectura de este importante docu­mento con el respeto y la reverencia debidos a la palabra de un Su­perior venerado que había consumido sus fuerzas durante 50 años por la Congregación y en los quehaceres de un laborioso apostola­do. Aunque la decisión del amado Fundador había sido conocida tiempo atrás a través de la convocatoria del Capítulo, no dejó de conmover hasta lo más íntimo del alma a los asistentes.

Por impulso espontáneo y aclamación unánime habrían supli­cado al Padre la reconsideración de su dimisión. Había que atener­se a las normas.

En las Congregaciones Religiosas, para el nombramiento de Su­periores, se procede por votación escrita y secreta, con el fin de asegurar a todos la absoluta libertad del voto. El Presidente propuso a los Capitulares un primer escrutinio para decantarse por la aprobación, sí o no, del Padre General. La aceptación fue unánime. A partir de aquel momento la Congregación estaba sin Superior General y el Capítulo sin Presidente. El P. Ramot, primer Asistente, como es preceptivo, asumió provisionalmente el puesto del dimisionario que quedaba en situación de simple religioso. Había que elegir un Superior General.

El Presidente en funciones, con sentidas palabras, recibidas complacidamente por todos, ponderó los grandes méritos del P. Fundador. A continuación leyó el artículo de las Constituciones que establece el modo y condiciones para la elección de un Superior General, y se procedió a la votación.

Cuando el Presidente anunció que el P. Chevalier había acumu­lado absolutamente todos los votos, los Capitulares prorrumpieron en un caluroso aplauso. El Padre aceptó humildemente la decisión del Capítulo que le dio en un nuevo escrutinio un Vicario General con derecho a sucesión en la persona del P. Arturo Lanctin. La doble elección, sometida por el Capítulo a la aprobación del Sobera­no Pontífice, fue confirmada por decreto del 5 de mayo siguiente.

El Padre, reconfortado por aquel emocionado testimonio de admiración y estima de sus compañeros, retomó con generosa hu­mildad el Gobierno de la Congregación. Desgraciadamente, los dolo­rosos acontecimientos que sobrevinieron no le permitieron conser­varlo mucho tiempo.

Si bien es verdad que el Señor suele prodigar las cruces a sus fieles servidores para conformarlos a su propio sacrificio, también es cierto que su amor sabe proporcionarles gozos inefables y recon­fortantes consuelos. De esta manera permite pruebas y sufrimien­tos proporcionados a la propia debilidad. El alma probada goza del consuelo y refuerza su vigor para nuevos combates.

Buena experiencia tuvo de ello nuestro Fundador. Una de sus máximas, mejor aún, una de sus prácticas, era que hemos de acep­tar todo como venido de la mano de Dios, lo que aflige y lo que consuela, pues todo nos viene del Corazón paternal de Dios, y todo conduce a su gloria y al bien de nuestras almas.

El primer año de este siglo XX que comenzó para nuestro Padre con dolor y sufrimiento, le ofreció también una de las mayores ale­grías. El 18 de marzo pudo asistir a la Consagración Episcopal de uno de sus Misioneros. Era el quinto desde que había aceptado tan confiada como generosamente los Vicariatos de Melanesia y Micro­nesia.

Valga una breve reseña, antes de proseguir.

El primero fue Mons. Luís-Andrés Navarre, el intrépido y vale­roso apóstol que, con un solo sacerdote, el P. Cramaille y un Her­mano Coadjutor, el Hno. Fromm, había tenido la osadía de em­prender la conquista para el Evangelio de aquellos numerosos pue­blos oceánicos.

Consagrado en Issoudun el 30 de noviembre de 1887, continuó en su puesto de vanguardia a pesar de los sufrimientos, enfermeda­des y terribles pruebas; es decir, durante más de un cuarto de siglo a contar desde su llegada a Bahía Blanca en septiembre de 1882. Este venerable septuagenario, nacido el 2 de febrero de 1836,cuando regresó en los últimos meses, no había perdido ni su entusiasmo apostólico, ni su celo por las almas, pero estando ya con las fuerzas agotadas al cabo de 26 años de trabajos en climas mortíferos, por interés de la Misión, quería pasar el cayado pastoral a las manos más jóvenes y vigorosas de su Coadjutor. Este primer após­tol, fundador de las Misiones de la Congregación, el piadoso Vica­rio Apostólico de Nueva Guinea, no dejó por eso su dedicación a las almas.

En abril de 1889, había preconizado Vicario Apostólico de Nueva Pomerania a Mons. Estanislao-Enrique Verius. Este joven apóstol —apenas 29 años cuando recibió la consagración episcopal—fue el primer heroico Misionero que, bajo la dirección de su Supe­rior, el P. Navarre, penetró en Nueva Guinea el 29 de junio de 1885. Momentos antes de embarcar para aquella peligrosa expedi­ción, escribía a sus Superiores de Europa: "El P. Navarre —aún no era Obispo en aquella época— no hace más que pensar en Nueva Guinea, en donde nos esperan muchas cruces: Pisar Nueva Guinea, ¡trabajar y morir!"... Estas tres palabras son la expresión y divisa de aquella alma de apóstol y el resumen admirable de su vida.

Cuando el P. Verius fue nombrado Vicario Apostólico de Nueva Pomerania, el estado de salud de Mons. Navarre era inquietante y a sus dolencias se añadía el sufrimiento de perder al mejor de sus Misioneros, sobre el que descansaba el futuro de la Misión. "Ah, decía, si en Roma conocieran nuestras necesidades"! Dirigió una misiva al Cardenal Prefecto de Propaganda, suplicándole no privara a Nueva Guinea de su primer apóstol, y de un Auxiliar imprescin­dible justamente en el mayor desfallecimiento de sus fuerzas. Pe­día además que nombrara a Mons. Verius su Coadjutor, con dere­cho a sucesión.

Esta humilde súplica produjo el efecto deseado. Mons. Verius no abandonó Nueva Guinea; y el venerable Vicario Apostólico pudo conservarle consigo como Coadjutor. Cuando llegó la respuesta hubo en Port León una inmensa alegría en todos pero en nadie tanta como en el humilde Coadjutor. Amaba demasiado a Nueva Guinea por la que tanto había sufrido. En siete años, arrastrando toda clase de dificultades, había realizado una inmensa labor, y murió lleno de méritos y en olor de santidad a los 33 años.

Con este acontecimiento quedaba vacante el Vicariato de Micronesia. Pese a su resistencia para aceptar esta carga, en sustitu­ción de Mons. Verius fue elegido Vicario Apostólico de Micronesia el P. Couppé, residente en Nueva Pomerania desde hacía algún tiempo. Fue consagrado el 9 de octubre de 1890 en la capilla del Seminario de Misiones de Anveres. A partir de entonces su Vicaria­to cobró un ritmo realmente considerable.

Desde sus comienzos y hasta 1897 los Archipiélagos de las Gilbert y las Ellice formaban parte de Micronesia. Pero al tener co­nocimiento la Congregación de Propaganda de los rápidos progre­sos de aquella Misión, creyó llegado el momento de constituirla Vicariato independiente, y puso al frente un Vicario Apostólico. El nombramiento recayó sobre el P. José Laray que, desde hacía ocho años venía trabajando denodadamente en aquella Misión. La consagración tuvo lugar el 26 de junio de 1898 en Nantes, su Dió­cesis natal. Fue el cuarto Obispo que la humilde Congregación otorgó a las Misiones que la Iglesia le había confiado.

El quinto fue Mons. Alain Guynot de Boismenu, preconizado en 1899 obispo de Gabala, y Coadjutor de Mons. Navarre, el he­roico Vicario Apostólico de Nueva Guinea[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/16ChevPip.htm#_ftn1) . Siete años pasaron desde la muerte de Mons. Verius sin que le fuera asignado sucesor. Las fuerzas del venerable Vicario Apostólico se iban apagando díatras día. Al fin, conociendo su situación, el Cardenal Prefecto de Propaganda, accedió a concederle un nuevo auxiliar. El más indi­cado para desempeñar tan importante función parecía el simpático P. Alain, como familiarmente se le llamaba. Después de una bri­llante carrera preparada en el Escolasticado, había sido durante al­gunos años eficiente profesor en la Pequeña Obra, hasta que, por fin, pudo ver realizado su ideal durante tanto tiempo soñado de volar a las Misiones. Persuadidos sus Superiores de las excelentes cualidades de que estaba dotado, le propusieron al Prefecto de Pro­paganda como sucesor de Mons. Verius y futuro Vicario Apostóli­co. Fue aceptado. El 18 de marzo de 1900 le confería la consagra­ción episcopal el Nuncio del Papa en París, en la Basílica del Sagra­do Corazón de Montmartre. Fue el primer Obispo consagrado en aquel Santuario tan venerado por los católicos.

Cada elección al Episcopado de uno de sus Misioneros era una inyección de felicidad para el P. Chevalier, su corazón paternal sal­taba de gozo. Era para él la prueba evidente del progreso en las Mi­siones confiadas a sus desvelos, y su alma de apóstol entregada por entero a la extensión del Reino de Dios, se inundaba de santa alegría. Pensaba en la función del Obispo misionero que dirige y orienta la labor de los obreros apostólicos. El es el que los consuela en las pruebas, y los conforta en los momentos de desánimo; el que sostiene y fortalece la vida de fe y de piedad en sus corazones; el que estimula con la palabra y el ejemplo las virtudes necesarias para llevar a cabo su vocación sublime.

Estos eran los consuelos que aliviaban al venerable Padre como una estrella en la noche oscura, como un rayo de sol en medio de la tempestad. Eran el reposo de su alma violentamente atormenta­da por el sufrimiento y por la angustia de ver la amenaza que se cernía sobre sus obras idolatradas. La consagración de Mons. de Boismenu fue una de sus postreras alegrías.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/16ChevPip.htm#_ftnref1) El 16 de enero de 1912 entregaba su alma a Dios Mons. Navarre, siendo sucedido por Mons. de Boismenu.

Capítulo XVII

LA LEY DE 1901

TRANSMISIÓN DE PODERES AL VICARIO GENERAL

GRAVE Y PROLONGADA ENFERMEDAD

CURACIÓN DESPUÉS DE UNA NOVENA A MONS. VERIUS

El año 1901 trajo consigo nuevas y dolorosísimas pruebas. En él fue discutida en las Cámaras la Ley de Asociaciones; ley que, en lenguaje sincero, debiera llamarse Ley contra las Congregaciones. El P. Chevalier seguía atentamente y con no poca pena las noticias sobre los debates de la Cámara de Diputados y del Senado. Bajo cualquier punto de vista que se la considerara le parecía lo que en efecto era: una red de malla fina, destinada a ahogar toda vida religiosa en Francia. Pese a la etiqueta de liberalismo con que la tildaban sus autores con enmascarado interés, no era más que un eslabón de la cadena con que los enemigos del cristianismo esperaban esclavizar la religión católica y reducirla a una vergonzosa y mortal cautividad. Las consecuencias que se siguieron han justificado perfectamente este juicio de valor.

No es difícil hacerse cargo de las angustias terribles que tiranizaron su alma de apóstol y de religioso. Aquel venerable anciano llegado al término de su larga carrera, estaba viendo amenazados de extinción a causa de la malicia de los hombres los dos mayores amores de su vida, la Iglesia y la Congregación. Por supuesto no perdía de vista que toda la furia de los poderes infernales no puede prevalecer contra la Iglesia, según la palabra de su Fundador. Estaba seguro que su Congregación había de salir airosa de la prueba, pero los destrozos catastróficos que él preveía oprimían su corazón como una horrorosa pesadilla.

La ley votada debía entrar en vigor dos meses después de su promulgación. Dicha ley exigía entre otras prescripciones que todas y cada una de las Congregaciones y sus casas estuviesen reconocidas por las Cámaras, so pena de exilio de sus miembros y confiscación de sus bienes.

Los ministros aconsejaban a las Congregaciones ya autorizadas, a solicitar una nueva autorización para obviar —decían— las irregularidades que hubieran podido hacer nula la primera. Enternecedora atención si fuera noble y sincera, pero no era más que una farsa artificiosamente velada con falaces palabras.

La Sociedad de MSC, existente de hecho desde hacía medio siglo, no tenía autorización gubernamental. En adelante, merced a la nueva ley, no tenía derecho a existir en suelo francés sin la estampilla gubernamental. De ahí la extrema y angustiosa gravedad de esta alternativa: o solicitar la autorización sometiéndose a las exigencias de una legislación tiránica y teñida de saña contra la Religión y aniquiladora de las Congregaciones, o bien emprender el camino del exilio y buscar fuera de las fronteras de Francia la fecunda y amable libertad que su gobierno rehusaba a sus mejores hijos.

La Santa Sede, previa consulta, dejaba a cada Congregación la responsabilidad de optar por cualquiera de estas soluciones. El P. Chevalier antes de tomar una decisión sobre tema tan importante, quiso que el asunto se tratara en su presencia en asamblea integrada por los principales miembros de la Congregación residentes en Francia, por ser los más implicados en el asunto.

Una vez reunidos y pedidas las luces del Espíritu Santo, el P. Chevalier expuso neta y claramente la cuestión, recalcando emocionado la gravedad del asunto, recabando el libre parecer de cada uno de los asistentes y los motivos que lo determinaban. La importancia del momento era trascendental. ¿Cuáles serían los resultados de aquella deliberación?

Una vez expuestos los pareceres y los motivos que los apoyaban, resultó que la mayoría absoluta —las cuatro quintas partes—se oponía a la petición de autorización, llegando a la conclusión de que "no se debía solicitar una cosa que con toda certeza no se iba a obtener. "Por otra parte, si, contra toda probabilidad, fuese concedida la autorización, colocaría a la Congregación en una servidumbre legal más nociva que los padecimientos del destierro y la pobreza. Por otra parte una autorización susceptible de ser abolida por simple decreto ministerial, colocaba a la Congregación a merced de un gobierno que no inspiraba la más mínima confianza".

Estas y otras razones son las que decidieron a los componentes de la asamblea a tomar su decisión. Los acontecimientos que siguieron no hicieron más que confirmar el acierto de tal determinación.

Después de dar por válida la decisión tomada, anunció en patéticas palabras que su condición de párroco no le permitía abandonar la parroquia sin autorización del Arzobispado; que no le parecía honesto pedirla en aquellos momentos difíciles; que esperaba poder seguir siendo útil a la Congregación permaneciendo en Issoudun, mientras que en el destierro no iba a ser más que una carga para los hermanos, dada su edad y su estado de salud; que creía llegado el momento de hacer la transmisión de poderes a su Vicario General, quien, a partir de aquel momento pasaba a ser dehecho y de derecho su sucesor y Superior General. Terminó suplicando a todos poner con absoluta confianza la Congregación y sus obras bajo la especial protección del Sagrado Corazón y de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Las semanas siguientes fueron terriblemente tristes y laboriosas para él. Se dedicó con su Consejo a arbitrar las medidas necesarias para salvar en cuanto fuera posible las obras vitales de la Congregación y a asignar a cada uno de los religiosos la tarea en que debía ocuparse. Pero iqué cantidad de dificultades, cuántos inconvenientes imposibles de prever obligaron a improvisar soluciones de última hora! Lamentables consecuencias de una persecución que en toda Francia sumía a la mayor parte de las Congregaciones en el desasosiego y la desolación.

Llegado el momento, el P. Fundador entregó los poderes de Superior General a su Vicario General, P. Lanctin.

Pronto sonó la hora de la separación; ¡hora dolorosa y triste por demás! Y cuando uno de nosotros le dijo con intención de consolarle:

—            "Adiós, Padre, pronto llegará el día del regreso".

—    "No os hagáis ilusiones, respondió; vuestro destierro será más largo de lo que pensáis. No creo que yo llegue a ver el fin".

Allí comenzó la primera etapa de la vía dolorosa que le quedaba por recorrer. i Cuántos sacrificios, cuántos desprendimientos tendría que soportar aún durante los seis últimos años de su vida en esta tierra de dolor!

El 1 de octubre de aquel año 1901 todos los MSC en Francia habían abandonado sus tranquilas moradas. El Gobierno, a tenor de las exigencias de la inicua ley votada, se apresuró a incautarse de los bienes de las Congregaciones, e hizo nombrar encargados de administrarlos, esperando poderlos vender como bienes abandonados. Naturalmente, nuestra Congregación, muy marcada en los ministerios, según fuentes bien informadas, no podía escapar a la vigilancia de la Cámara. No fue de las últimas en recibir un finiquito, y todo lo que había poseído —nótese bien que decimos todo loque había poseído, porque desde varios años atrás, el legítimo propietario era una sociedad civil legalmente constituida y reconocida como tal por el mismo gobierno— todo lo que la Congregación había poseído, incluso la Basílica, fue arrebatado al legítimo posesor para ser administrado según las sacrílegas leyes del Estado, y ser vendido en pública subasta por vía judicial.

El P. Chevalier meditaba con profundo dolor los siniestros acontecimientos que se iban sucediendo con vertiginosa rapidez. ¿Para qué enumerarlos? Son relativamente recientes y están presentes en la memoria de todos.

A las leyes contra las Congregaciones religiosas, votadas —decían con hipócrita descaro—, para proteger al clero secular contra los atropellos abusivos de los religiosos, vinieron pronto a sumarse la ley de separación de Iglesia y Estado, y todas las demás leyes complementarias. Cada una de aquellas leyes impías reavivaba y hacía más profundas las heridas del corazón del Padre. Aquel venerable anciano, debilitado por los años y los achaques, en su admirable abandono a la voluntad de Dios, encontraba fuerzas renovadas para seguir soportando las pruebas. "El Señor nos castiga, exclamaba, adoremos la mano misericordiosa que nos azota; El sabrá sacar nuestro bien de estas calamidades".

Y cuando el huracán soplaba con más violencia desgajando una tras otra las vigorosas ramas del árbol plantado por sus manos en el campo bendito de la Iglesia y cuidado con tanto mimo y tanto esfuerzo, lejos de quejarse, se culpaba a sí mismo. "Para castigarme —dice el testamento espiritual—, Dios ha permitido que fuera el blanco de las más dolorosas pruebas. Como el Rey Profeta, tenía constantemente presentes sus faltas; las deploraba con amargura de su alma y aceptaba con humilde resignación todas las molestias.

"Sabemos, dice S. Pablo en su carta a los Romanos (C. 80. 28...) que todo coopera al bien de los que aman a Dios, a los que El ha llamado según su decreto para ser santos, pues a los que El tiene previsto los predestinó para que se hiciesen conformes a la imagen de su Hijo". Esta gloriosa semejanza con el Verbo encarnado la realiza el Señor con especial cuidado en el alma de sus escogidos. Su gracia, por los méritos de Jesucristo, es la que opera esta inefable maravilla, y son el sacrificio y el sufrimiento los instrumentos que emplea el divino artífice para grabar en nosotros su imagen. No nos extrañemos, pues, cuando veamos sufrir a los justos, incluso si, a medida que se acerca su última hora, sus sufrimientos se hacen ordinariamente más intensos. Es entonces cuando Dios quiere completar la gran labor de nuestra santificación. Se diría que acelera los méritos de sus elegidos y eleva las virtudes a su perfección antes de coronarlos. iAdmirable línea de su infinita ternura y de su inefable misericordia para con sus servidores!

No fue una excepción a esta ley nuestro querido Padre que había consagrado toda su vida al Sagrado Corazón y la había consumido a su servicio con celo infatigable. Era preciso que los rasgos de semejanza con el Modelo quedaran grabados en su alma. La Víctima del Calvario fue clavada en la cruz en el mayor de los abandonos. Nuestro Padre de alguna manera y en la medida querida por Dios debía participar del abandono del Salvador.

El, el fundador de una Congregación a la que amaba más de cuanto se puede decir, se vio obligado en su vejez a verse como separado de ella. Fue éste un sacrificio aceptado con toda el alma y buscando solamente el bien como hemos visto, pero ¿sería por eso menos lacerante? ¿Puede un padre resignarse impasiblemente a vivir separado de la familia a la que ama entrañablemente?

Tuvo que ver la Basílica del Sagrado Corazón cerrada a la piedad de los fieles; despojados sus altares, desierto el Santuario de Nuestra Señora...

Asistió a la despedida de sus religiosos. Aquel destierro dejaba vacía y desolada la vivienda preparada a base de muchos desvelos con previsora y paternal solicitud. Había soñado hacer de la casa en que había nacido su obra, la "Casa Madre", es decir, la Residencia del Superior General y su Consejo. Había sido el sueño dorado de aquel venerable anciano llevar a la tumba la esperanza de

que eso llegaría a realizarse; pero el Señor le pedía este nuevo sacrificio. En adelante, la Casa Generalicia, por imperativo de las circunstancias, iba a fijarse en Roma.

Tuvo que ser el testigo inerme y profundamente afligido de la venta de todas aquellas sagradas pertenencias, fruto de sus diarios trabajos y sacrificios.

Y por si fuera poco, una municipalidad sin honor ni corazón, de la forma más brutal, echó a la calle en lo más riguroso del invierno —21 de enero de 1907— y después de haber reventado las puertas de la Casa Parroquial, a aquel anciano enfermo y ya próximo a la muerte. ¿Fue o no completo el expolio?

El buen Padre, con el alma desgarrada de dolor y como ahogada por cruel angustia, tuvo que ser testigo de aquella desolación... Y no obstante, abandonado sumisamente a la Voluntad de Dios, acató sumisamente los designios de la Providencia que permitía tan dura prueba.

En medio de tantas y tan crueles calamidades, su fe se acrecía y su confianza se hacía más inquebrantable. Así completaba el Corazón de Jesús en su siervo fiel la obra de santificación.

Tampoco la Santísima Virgen abandonaba en las tribulaciones a su devoto y fiel servidor que tanto la había amado y glorificado, al infatigable apóstol que había consumido toda su vida en propagar por todo el mundo la doctrina y el amor de la bendita advocación "Nuestra Señora del Sagrado Corazón".

iNuestra Señora del Sagrado Corazón, florón precioso engarzado en la corona de Gloria de la Madre de Dios!

En lo más recio de las contrariedades y sufrimientos, aquel honorable patriarca acudía implorando confiadamente como un niño a su regazo maternal la ayuda y fortaleza necesarias, y Ella le alcanzaba del Corazón de Jesús las fuerzas que necesitaba. ¿Cómoexplicar si no las admirables disposiciones vigorosas y las nobles virtudes de que dio ejemplo, sin la sobrenatural intervención de la Madre?

Desde su más tierna infancia le había escogido a su servicio con especial predilección; le había protegido maternalmente; le había ido conduciendo por la vida a través de dificultades sin cuento; le había inspirado y había bendecido y llevado a buen fin sus empresas, y, por decirlo con su misma expresión, "Ella lo hizo todo en la bendita Congregación".

Ella estaba también presente en los últimos combates de su apóstol, en la lucha suprema del soldado de Cristo. Sí, allí estaba Ella, inclinada maternalmente sobre el lecho de dolor del valiente soldado del Corazón de Jesús, dando consuelo y fortaleza a quien Ella misma había escogido para propagar su título de dispensadora de las gracias del Corazón de Jesús.

El P. Chevalier, moribundo ya, rememoraba los favores recibidos de la Santísima Virgen y se deshacía en expresiones de gratitud.

A nosotros, hijos también como él de Nuestra Señora del Sagrado Corazón nos toca agradecerle cuanto hizo por él, porque también nosotros hemos participado en buena parte de sus bondades.

oOo

La salud del enfermo llegó a preocupar seriamente en 1904. Sus fuerzas extenuadas por largas enfermedades y por las preocupaciones que suscitaban las circunstancias, se debilitan cada vez más. Ni el tratamiento médico ni los solícitos cuidados que se le prodigaban lograban atajar los progresos de la enfermedad. Sus atribulados familiares constataban con alarma la extrema debilidad de su amado Padre; la muerte parecía inminente. La muerte en aquel año triste habría hecho surgir una serie de complicados problemas difíciles de obviar. Sólo el tiempo podía impedir su aparición.

El santo anciano, como hemos dicho ya, confiado totalmente a la Divina Providencia, se preparaba en perfecto abandono a entregar su alma en manos del Creador, esperando de su bondad paternal los auxilios necesarios para sí mismo y para su Congregación. A pesar de su extrema debilidad, no se desinteresaba en modo alguno de los asuntos de la Sociedad. En su lecho de dolor prestaba atención con inusitada energía a todos ellos como si todo dependiera de su esfuerzo; pero convencido de que sin la acción de la Gracia, los esfuerzos del hombre son estériles, imploraba con fervor y humildad las bendiciones del cielo.

Era un espectáculo tan conmovedor como hermoso contemplar a aquel anciano ajeno a sus terribles sufrimientos para ocuparse de los intereses de su familia religiosa. iQué maravillosas disposiciones las de aquel corazón paternal!

La enfermedad seguía implacablemente sus estragos; unas semanas seguían a las otras sin aportar alivio ni mejoría. Parecía darse por perdida toda esperanza. Humanamente todo estaba perdido, pero... ¿de parte de Dios? ¿No es Nuestra Señora la Abogada de las causas difíciles y desesperadas? Las oraciones que se le dirigían eran incesantes, suplicándole que prolongara en la tierra los días de su apóstol. Era necesaria su presencia a la Congregación y a sus obras. Los MSC y los asociados, unánimes en el mismo deseo, imploraban este favor de su Patrona. Ah! parecía insensible a sus ruegos! Entonces uno de los hermanos sugirió la idea de comenzar una novena a Mons. Enrique-Estanislao Verius. Por intercesión del apóstol de Nueva Guinea que había concedido ya algunos sorprendentes favores a los que habían acudido a él, se le pediría la salud del venerado Padre. La novena terminaría el 13 de noviembre, aniversario de su muerte en 1892, y fiesta de S. Estanislao de Kostka cuyo nombre llevaba.

El 13 de noviembre quedaba otorgada la gracia. El Padre, fuera ya de peligro, empezaba un nuevo período de su vida que iba a durar cuatro años más. Desde el cielo Mons. Verius se había compadecido de sus desolados hermanos y había obtenido la salud del padre bueno.

La alegría fue inmensa. Inmenso también el agradecimiento al benefactor bienaventurado, aquel bendito amigo de Dios que había edificado en vida a los hermanos con sus ejemplos y virtudes y, por la misericordia del Corazón de Jesús se declaraba su protector en la gloria.

**Capítulo XVIII**

**EL P. CHEVALIER VUELVE A SUS OCUPACIONES   
SU TESTAMENTO ESPIRITUAL**

**VENTA DE LA BASÍLICA Y DE LA PROPIEDAD DEL S.C. DE ISSOUDUN**

**DELICADA ATENCIÓN**

Cuando San Martín, el glorioso apóstol de las Galias, se acercaba a la hora de su muerte, dirigía al Señor esta oración: "Señor, si soy aún necesario a tu pueblo, no rehusó el trabajo". Y la Iglesia en su Oficio le proclama "hombre inefable que, no habiendo podido ser vencido por el trabajo, tampoco debía serlo por la muerte; no la temió, pero tampoco rehusó prolongar su destierro en esta vida por amor a su pueblo".

Aun sin pretender temerariamente comparar a nuestro Padre con el Santo Obispo, permítaseme expresar el paralelismo que bajo algunos aspectos encuentro en las disposiciones de corazón de estos dos apóstoles.

El P. Chevalier, como hemos visto, había aceptado la muerte con generosa y humilde sumisión a la voluntad de Dios. Esperaba su última hora en perfecta paz y placidez. No deseaba la muerte, no rehusaba vivir, sino que había puesto toda su confianza en el Corazón de Jesús en perfecto abandono a su bondad misericordiosa.

Sin embargo sus discípulos, como los de San Martín, deseaban retener aún entre ellos a su Padre amado; oraban con fervor en unión con los miembros de la Archicofradía implorando a Mons. Verius la obtención de este favor. Les fue concedido.

¿Qué hará en adelante el venerable octogenario?

Sencillamente reemprende sus habituales ocupaciones, convencido de que, si el Corazón de Jesús ha prolongado sus días, es que quiere que los ponga a su servicio por el bien de las almas que le están confiadas. La vida del sacerdote, como la del apóstol, pertenece sin reserva a Aquel que le ha llamado a tan sublime servicio. Nuestro Padre está bien consciente de ello: éste ha sido su único móvil y única directriz de su vida. Seguirá siendo fiel hasta el fin. Por eso le vamos a encontrar siempre, igual que hasta ahora, codicioso de su tiempo, preocupado por no desperdiciar la más mínima parte para emplearlo todo, absolutamente todo a gloria del Señor en el cumplimiento de su voluntad.

Desde que recobró sus fuerzas, su principal preocupación fue recopilar y redactar los consejos que al morir deseaba dejar a sus religiosos como un legado santo. Se puede decir con toda propiedad que los había meditado en presencia de la muerte y a la luz de la eternidad en los días de prolongada agonía, de la que la misericordiosa mano de Dios le había retirado. Este documento, precioso testimonio de su amor paternal y profunda solicitud por su familia religiosa, lo tituló "Testamento espiritual a los miembros de la Congregación MSC". Sus páginas contienen en efecto los apremiantes deseos y la última voluntad que el Padre solícito ha dejado a sus hijos. Son un testimonio de las disposiciones y puros sentimientos que llenaban su corazón. Para edificación del lector y al mismo tiempo para mejor conocimiento del estado de ánimo y de las virtudes del Padre, he aquí algunos párrafos:

"A pesar de mi indignidad, Dios ha querido servirse de mí como de un vil instrumento para fundar la pequeña Sociedad de MSC. He recibido en abundancia las más preciosas gracias, pero, desgraciadamente, no las he aprovechado como debiera. Por otra parte, en penitencia, el Señor ha permitido que fuese blanco de las más terribles pruebas...

Perdono de corazón a los que más o menos conscientemente han sido la causa.

Hoy todos mis hermanos parecen animados de los mejores sentimientos, y nuestra pequeña Sociedad continúa su misión con piedad, celo y abnegación. La persecución, lejos de debilitarla, la ha vigorizado en espíritu religioso. Los miembros han salido al destierro con resignación y perfecta conformidad con la voluntad de Dios. iSean mil Veces benditos!

iQué perfume de sencilla humildad y de cordial caridad exhala este preámbulo! El venerable anciano, lejos de ampararse en la multitud de razones merecedoras de la gratitud de sus hijos por los que tantos trabajos hubo de soportar durante cincuenta años; lejos de gloriarse de sus talentos y gracias, confiesa su indignidad, manifiesta sus imperfecciones, perdona a los que pusieron trabas a sus obras, y después, regocijándose de las excelentes disposiciones de sus hermanos, les atribuye todo el mérito de la Congregación.

Pero, como Padre que es, debe a sus hijos espirituales la enseñanza de su prolongada experiencia. Por eso añade:

"Permítanme los miembros de nuestro amado Instituto, que tan hermoso porvenir promete si se mantienen en el fervor yla vida regular, darles, después de una larga experiencia de cincuenta años, unos consejos que podrán serles útiles".

Nuestro Padre clasificó estos consejos en tres partes: unos van dirigidos a todos los miembros de la Congregación; otros a los Superiores mayores; y los últimos a los miembros del Capítulo anunciado para 1905.

Los consejos de su testamento espiritual dirigidos a todos los religiosos están compendiados en seis puntos:

El 1ro. se refiere a la caridad fraterna, la unión afectiva de todos los miembros de la Congregación cuyos lazos quisiera siempre unidos. ¿No es éste precisamente el mandato del Señor dado a los apóstoles la víspera de su muerte: "éste es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros"? (Jn XV, 12). iEsa es la sabrosa y santa unión que produce el atractivo y el poder de las congregaciones religiosas!

Recomienda en 2do. lugar una inviolable observancia de las reglas y Constituciones, a pesar de la resistencia de la naturaleza.

El 3ro. se refiere a la obediencia "que es el alma de la vida religiosa y la seguridad del individuo".

En el 4to. recuerda a sus religiosos la obligación de moderar las relaciones con la gente del mundo según los deberes del ministerio pastoral y los de la caridad; y añade algunas reglas de prudencia cristiana.

El 5to. trata del espíritu de pobreza que quisiera hacer amar y practicar a sus hermanos en la Congregación.

El 6to. es una exhortación a prevenirse contra las doctrinas condenadas por Pío X con el nombre de modernismo. Dejémosle a él mismo exponer su pensamiento, teniendo presente que su testamento lleva la fecha del 25 de diciembre de 1904, y por lo tanto, no habiendo podido conocer en sus postrimerías la condenación de aquellos funestos errores, se comprenderá mejor su clarividencia y su adhesión a las doctrinas ortodoxas[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/18ChevPip.htm#_ftn1).

He aquí el sexto consejo en toda su extensión:

"Aléjense todos nuestros religiosos de las doctrinas atrevidas, de ese neo-cristianismo que intenta conciliar el error con la verdad bajo el pretexto de llevar las almas a Dios. Profundo error que conduce al protestantismo.

Guárdense también de esas modernas y fatuas interpretaciones de la Sagrada Escritura que restringen su inspiración y tienden a destruir su autoridad divina.

Aténganse siempre a las enseñanzas de la Iglesia; con ellas están seguros de permanecer en la verdad.

En las controversias pónganse siempre y decididamente de parte del Papa; su palabra es la de Jesucristo, a quien representa en la tierra. Es nuestro Superior y nuestro guía. Le debemos obediencia en todo, y defender su autoridad por encima de todo".

Así fueron siempre las disposiciones de nuestro Padre; así de claras las había expresado desde el principio en las Constituciones, y jamás se apartó de ellas. Nada esperaba tanto de sus religiosos como la humildad y absoluta sumisión a las normas y disposiciones de la Santa Sede. Para él, el más mínimo deseo del Vicario de Cristo era acogido con el mismo amor que si fuera del mismo Cristo. Amaba a la Iglesia y a su Cabeza como amaba al Corazón de Jesús, porque amar a la Iglesia, esposa inmaculada de Cristo, adquirida a precio de sangre, es amar a este Corazón.

Después de los prudentes y sabios consejos a los Superiores de la Congregación, el Padre termina su testamento con un nuevo acto de humildad en que se revelan las disposiciones de su alma en aquella hora solemne, y el profundo afecto por los que él llama "sus queridísimos hermanos", cuando en verdad, más que hermanos, son discípulos e hijos suyos. Sus últimas palabras, encierran, dentro de su sencillez, la más elocuente lección de virtud:

"Antes de terminar, mis queridos hermanos, en el transcurso de mi larga dirección no he estado exento de faltas y sin haber dado a algunos ocasión de descontento, quejas o murmuraciones. Al tiempo de entregar mi alma a Dios y comparecer ante el Supremo Juez. os pido me perdonéis y me encomendéis al Señor. Deseo hacer público aquí que en todo he buscado la gloria del Sagrado Corazón y el bien de nuestra Sociedad y de sus miembros.

He podido hacerme ilusiones en más de una circunstancia y haber suscitado reproches contra mí y mi gestión. Confieso humildemente que no estaba a la altura de la misión que se me confiaba. El abuso de la gracia y mis muchos pecados han paralizado a menudo la acción de la Divina Providencia.

Estoy seguro de haber escandalizado y dado mal ejemplo, os pido humildemente perdón, y ruego una vez más a todos mis hermanos me perdonen y rueguen al Señor tenga misericordia de mí, y, a pesar de mi indignidad, se digne admitirme un día en el cielo.

Agradezco sinceramente a mis hermanos el afecto que siempre me han manifestado, su preciosa ayuda, su adhesión a la Sociedad y su abnegación por mí y por nuestras obras. Es un gran consuelo que llevo conmigo a la tumba. Desde el cielo, si un día tengo la dicha de poseerlo, os bendeciré incesantemente, y pediré al Sagrado Corazón y a Nuestra Señora os protejan siempre".

Antes de cerrar su testamento, el venerado Fundador, volviendo la vista paternalmente sobre las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, fundadas también por él, añade:

"Dejo en herencia a los MSC las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, tan buenas y tan abnegadas. Hemos tenido la misma cuna; como nosotros, también ellas han salido del Corazón de Jesús por la poderosa intercesión de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Las pongo bajo su protección. Pido defiendan sus intereses, las sirvan de Padres, guíenlas, protéjanlas y préstenles cuantos servicios estén a su alcance conforme a las leyes de la Santa Iglesia".

JULIO CHEVALIER Issoudun, 25 de Dic. 1904.

Junto con este testamento, el P. Chevalier redactó otros dos: uno destinado a las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón y otro a sus feligreses a cuyo servicio estuvo dedicado durante 34 años con una entrega por encima de todo elogio.

Los años 1905 y 1906 fueron relativamente buenos para su salud. No obstante, aunque el venerable octogenario conservaba íntegras sus facultades mentales, sus fuerzas físicas habían quedado muy quebrantadas a causa del peso de los años y como consecuencia de los sufrimientos. Siguió dedicándose a las funciones pastorales en cuanto sus achaques se lo permitían. Lo mismo que en tiempos anteriores, había empezado de nuevo sus predicaciones dominicales, claras, sencillas y prácticas, escuchadas con gusto por sus feligreses. Su voz, firme aún, y agradable, impresionaba vivamente a sus oyentes. Al escucharle, era fácil olvidar su edad y sus achaques. Los ratos que no podía dedicarse al ministerio pastoral, los empleaba en revisar las obras editadas por él.

El invierno de 1906-1907, el último de su vida, fue especialmente doloroso. Sus doloridas piernas rehusaban prestarle servicio. Se le había declarado una dolencia en la médula espinal. Apenas podía andar ni siquiera tenerse de pie sin el apoyo de un brazo caritativo que le sostuviera. Por esa razón, se veía casi ordinariamente privado de la celebración de la Santa Misa, lo cual constituía una dolorosa privación para un alma verdaderamente sacerdotal. Hasta entonces, cuando los rigores del invierno o alguna indisposición le impedía ir a la Iglesia, desde algunos años atrás había obtenido autorización para celebrar en sus aposentos, pero ya ni este consuelo le quedaba. No obstante, sus Vicarios se habían impuesto el deber siempre que les era posible, de celebrar el Santo Sacrificio en la habitación del enfermo y reconfortarle con la Eucaristía.

Aquellas Misas, aquellas comuniones frecuentes, aquellas visitas de Jesús a domicilio comunicándole los tesoros de su Corazón Sagrado y los méritos de sus sufrimientos, le producían una gran paz y nuevas fuerzas para seguir soportando con mayor resignación y creciente energía las torturas de su dolorosa situación.

Y como si la copa de amargura que debía beber no estuviera aún colmada, Dios permitió que, violentamente, sin la menor consideración ni miramiento a su estado ni a su edad, fue expulsado de su casa parroquial, en la que desde tantos años se había sacrificado por su parroquia, y en la que esperaba morir.

Fue el 21 de enero de 1907 la fecha escogida para perpetrar el expolio. Tres meses después, el 30 de abril se ponían a pública subasta la Basílica y todas las dependencias de peregrinaciones de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Nueva y profunda herida en el corazón del Fundador. La sacrílega venta era exponer la Basílicaa sabe Dios qué sacrílegas profanaciones, pues podía ser adquirida por gente sin conciencia que por vil interés de lucro o por ateísmo impío y malvado podían dedicarla a usos indignos. Otros escándalos de este jaez habían sido deplorados con monumentos menos notorios.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón estaba a punto para suscitar un hombre de bien, de arraigadas creencias y corazón generoso que conjuró este peligro. Pero no es éste el único motivo de agradecimiento que deben los Asociados al Vizconde B. de Benneval. Aún no estaba firmado el protocolo de venta y ya él había concebido el proyecto de preparar una tumba digna para depositar los despojos mortales del. Padre. En su mente ningún otro lugar más digno que la misma Basílica: Allí, en la Cripta, reposarían las cenizas, a los pies de la Madonna a la que tanto había amado y glorificado.

Unas semanas antes de su muerte, conversando con el querido enfermo, y comentando la operación que había realizado con la idea de prepararle una sepultura honrosa, el Padre le manifestó su contento y su agradecimiento; después, profundamente emocionado, le dio las más efusivas gracias por haber salvado la Basílica de la profanación y de la ruina. Le prometió llevar su memoria a los pies de la Reina de los elegidos, a quien esperaba pronto contemplar en el cielo.

Para el enfermo fue un descanso y el más dulce de los gozos porque veía de este modo desvanecerse las tan temidas dificultades. Ahora sí, ahora podía ya dormirse apaciblemente en el Señor.

También nosotros sus hijos con los miembros de la Archicofradía nos alegramos infinitamente. Con él, tampoco nosotros cesaremos de rezar por la noble familia a la que somos deudores del supremo consuelo que proporcionó a nuestro Padre.

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/18ChevPip.htm#_ftnref1) El Decreto Lamentabilis es del 3 de julio de 1907, y la Bula Pascendi dominici gregis fue publicada en Sept. del mismo año.

**Capítulo XIX**

**ÚLTIMOS DÍAS DEL P. CHEVALIER**

**SANTA MUERTE**

**FUNERALES**

 A partir del 21 de enero de 1907, día de su violenta expulsión de la casa parroquial, la salud de nuestro querido enfermo fue haciéndose cada vez más inquietante. Evidentemente la tristeza que eso le produjo, las molestias de un nuevo alojamiento, el cambio en sus costumbres a una edad avanzada, unido todo a la extrema debilidad siguiente a su dolencia de la médula espinal y demás achaques no podían contribuir a aliviar al venerable anciano.

Las primeras semanas que siguieron a la brutal expulsión, no produjeron los temidos resultados. Había aceptado con tal resignación aquel sacrificio que parecía no dar demasiada importancia al suceso. Acudían muchas visitas para testimoniarles su cariño y su condolencia, manifestando a veces su indignación contra los miserables inmisericordes que habían cometido con él aquella tropelía. Su invariable respuesta era siempre: "Dios lo ha permitido así, adorados sean sus designios, bendita sea su santa voluntad". Era su máxima favorita y su práctica constante, aceptando humildemente las circunstancias adversas como expresión de la voluntad de Dios. ¡Cuántas veces fuimos testigos de su resignación y conformidad en las pruebas! La misma disposición que brotaba del Corazón del Salvador cuando, en el momento de mayor angustia, exclamó: "Padre, que se haga tu voluntad y no la mía". El P. Chevalier, dispuesto siempre a conformar sus sentimientos a los del Modelo Divino, no tuvo otra práctica más apreciada que la de vivir en un completo abandono a la voluntad de Dios. Por eso en los momentos más dolorosos, le oíamos exclamar: "Dios lo ha querido

así, bendito sea". Por eso le encontrábamos siempre animoso en las pruebas, sin jamás desfallecer; porque, para triunfar en la debilidad, no hay mejor disposición que un completo abandono a la voluntad de Dios. En esta saludable práctica encontraba el P. Chevalier la recuperación animosa en las pruebas.

Durante los meses siguientes a su instalación en la nueva morada, puesta a su disposición por uno de sus más adictos feligreses, su estado de salud se fue agravando sensiblemente. Sus fuerzas empezaron a debilitarse con inquietante rapidez, de tal manera que ni la asidua asistencia del Doctor ni la incesante entrega del enfermero que, día y noche, desde años atrás, le atendía con solicitud y amor filial, no pudieron atajar los avances del mal. Desde los primeros días de mayo se daba por perdida toda esperanza de poder prolongar su vida. Se habían agotado todos los recursos humanos, y, en este sentido ya no había nada que hacer; pero quedaba el inefable poder de Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Empezaban los preparativos para la fiesta del 31 de mayo, tan entrañable para los miembros de la Archicofradía y tan bendita por la Virgen María. Se decidió recurrir a la Esperanza de los desesperados, a la Virgen poderosa cuyas súplicas encuentran siempre acogida favorable en el Corazón de Jesús. Se pidieron oraciones a todos los asociados, a todos los MSC y a los fieles de Issoudun.

Durante los ejercicios preparatorios a la fiesta patronal de la Archicofradía se hicieron públicamente asiduas peticiones a la Madre. Se le pedía la prolongación de la vida de su apóstol. "No, no podemos recibir de Vos desaire alguno y puesto que sois nuestra Madre, acoged favorablemente nuestros ruegos y dignaos atenderlos". Esta era la súplica confiada que salía fervorosa de millares de gargantas fervorosas.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón atendió una vez más las súplicas de tantos corazones agradecidos inspiradas por la veneración y el cariño al piadoso moribundo.

La víspera de la fiesta un peregrino solicitaba información sobre el enfermo. El Vicario a quien se dirigía le respondió: " iMuy mal! No me extrañaría nada que falleciera esta misma noche".

Al día siguiente, día de la Fiesta, el enfermo se levantó y manifestó que deseaba poder celebrar la Misa, esperaba hacerlo sin fatiga. Lo había anunciado ya en varias ocasiones precisamente cuando su debilidad más hacía temer por su vida.

— "Nuestra Señora me curará para su Fiesta", decía él con absoluta certeza a cuantos acudían a visitarlo. .

Los días siguientes volvió a sus ocupaciones de costumbre. Esta fue la respuesta de la Madre a las súplicas de sus hijos.

Ciertamente el enfermo no se había curado, pero sus días se habían prolongado como se había pedido. Fueron suficientes para poder poner en regla asuntos importantes antes de la muerte. Entre tanto la mejoría se podría decir que se mantuvo hasta la primera semana de octubre.

El 7 de ese mismo mes se sintió definitivamente aquejado. Hacia las 3 de la tarde pidió que le ayudaran a acostarse; mal síntoma, pues por lo menos en los tres últimos años, incluso durante las crisis más dolorosas, nunca había querido acostarse durante el día.

Al cabo de dos días, viendo que se debilitaba cada vez más, pareció prudente disponerle para recibir los últimos Sacramentos. Fue su confesor quien se lo propuso.

— "Sí, sí, respondió, háganme el favor". E inmediatamente, en perfecta calma, se recogió para prepararse.

Para el enfermo no era algo sorprendente e imprevisto pues desde largos años atrás venía teniendo muy presente su fin próximo y el estar cada día dispuesto a comparecer ante el Supremo Juez para dar cuenta de su vida, tan generosamente consagrada alservicio del Corazón de Jesús.

Había sonado la hora más impresionante y más solemne de la vida del apóstol abatido por la enfermedad; la hora en que se disponía a beber en "las mismas fuentes de la salvación" los auxilios y las gracias necesarias para afrontar el combate de los últimos momentos.

Mientras sus compañeros —su familia sacerdotal—, apiñados alrededor del lecho seguían con devota atención la sagrada ceremonia y rezaban en emocionado silencio, el enfermo concentraba todas las potencias de su alma en el homenaje a la sagrada Forma. Aquel sagrado Pan que iba a alimentar y fortalecer su alma quizá por última vez, era el Pan del cielo, el Pan que da la vida, el mismo Cristo oculto bajo las especies eucarísticas. Allí estaba Jesús, el Jesús vivo que venía a visitar a su sacerdote que durante más de medio siglo tantas veces le había tenido en sus manos consagradas para ofrecerle al Padre como víctima expiatoria de los pecados de los hombres; el Jesús que miles y miles de veces él mismo había entregado a los hombres para robustecer sus fuerzas desfallecidas y comunicarles los tesoros de gracia de su Corazón.

Mientras el ministro sagrado, hermano suyo en el sacerdocio, le presentaba el Sacramento diciendo: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", él, arrobado de fervor, con la mirada fija en la Sagrada Hostia, y profundo sentimiento de su nada, con golpes de pecho, repetía con el sacerdote: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi alma quedará sana".

Creemos en la palabra purificante de Jesús, esta palabra de amor y misericordia que limpia las manchas del alma; por eso el seráfico anciano podía recibir sin temor la Hostia inmaculada, el Diosque santifica a los elegidos.

El sacerdote, aproximándose al lecho del enfermo, hizo con el Pan sagrado la señal de la Cruz, pronunció las palabras "Recibe, hermano, el Viático del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; que El te proteja contra los ataques del enemigo y te conduzca a la vida eterna", y al mismo tiempo depositó en la lengua del enfermo la Sagrada Hostia.

¿Cómo explicar el sublime, el íntimo coloquio, establecido de Corazón a corazón entre Jesús y su humilde servidor en el momento en que la Comunión los unía en tan estrechos lazos? Jamás conoceremos el dulce y misterioso bálsamo de Jesús en el alma de su apóstol, y los transportes de amor, los inefables consuelos, el santo gozo que brotaron en él. Es el secreto impenetrable a nuestra mente, que sólo Dios podría revelarnos.

Seguidamente se le administró la Unción de los enfermos. Pese a su extrema debilidad, siguió con devota atención las ceremonias sagradas, contestando a las oraciones litúrgicas y presentando sus sentidos a la sagrada unción.

Los testigos de esta emocionante escena, con lágrimas en los ojos, quedaron maravillados de la piadosa quietud y la profunda fe del Padre durante los ritos litúrgicos, de suyo tan impresionantes en tales circunstancias.

Cuando todo hubo terminado, varias veces con el más agradecido acento, exclamó:

— i Gracias, gracias!

Su debilidad no le permitía decir más. No obstante, a instancias de sus hermanos que rodeaban su lecho de muerte, levantando sus desfallecidas manos, los bendijo a ellos, a todos los miembros de la Congregación, a todas sus obras, a los bienhechores que habían ayudado a fundarlas y mantenerlas...

Así terminó aquel día, miércoles, 9 de octubre.

oOo

El P. Chevalier, fortalecido por la gracia de los Sacramentos recibidos, lleno de confianza en la misericordia del Corazón de Jesús, y enteramente abandonado a la Voluntad de Dios, descansó apaciblemente toda la noche que siguió a tan conmovedora ceremonia. El gozo que inundaba su alma había hecho reaccionar el alarmante estado de salud. Durante una semana hubo como una tregua en el progreso de la enfermedad; se diría que la muerte no se atrevía aún a embestir al enfermo que esperaba la hora final en calma y con plena posesión de facultades. Hablaba de su próxima muerte como puede hablar el desterrado de su patria querida, la víspera del retorno.

Alimentaba la esperanza de ver terminar su destierro el siguiente sábado, día consagrado por la piedad cristiana a honrar a la Santísima Virgen. La había amado durante toda la vida, la había glorificado y servido con tan intensa fidelidad, que hubiera querido poner el broche a su vida igual que la había comenzado: bajo la mirada amorosa y como en una sonrisa de la Madre Celestial[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/19ChevPip.htm#_ftn1) . Igual que muchos Santos, deseaba y pedía el favor de morir en sábado. Veíamos cómo disponía todo de tal manera que cuando sonara el momento de la llamada no tuviera otra cosa que hacer que responder: "Estoy dispuesto!"..

En los días siguientes a la recepción de los últimos sacramentos, quiso despedirse de sus Vicarios, de los Padres y de los sacerdotes y de sus familiares. Para todos tuvo una palabra amable; dio a cada uno un último consejo, una palabra de ánimo, pidiendo por caridad una oración en su última hora y después de su muerte.

Cuando llegó el turno al enfermero que durante cinco años le estuvo cuidando día y noche solícitamente con la ternura y el afecto de un hijo, la escena fue indescriptible. El anciano, emocionado hasta lo más profundo de su alma, le agradeció profundamente cuantos servicios le había prestado, las incesantes molestias soportadas durante tanto tiempo y con tanta paciencia para aliviarle. Después, haciendo memoria de las palabras pronunciadas con alguna aspereza, de sus gestos de impaciencia, de algún arrebato producido por el exceso de dolor, le pidió perdón con tan expresivas palabras de arrepentimiento que el pobre enfermero, confuso y llorando, no pudo pronunciar una sola palabra. Cayó de rodillas y sollozando le pidió la bendición. El buen Padre se la dio, amorosa y paternal, pidiéndole al mismo tiempo que le siguiera atendiendo hasta el final y rezara por él después de su muerte.

Cuando llegó el médico para su visita diaria, habló con él de su próximo fin, le expresó su profunda gratitud por tantos cuidados y servicios y le precisó instrucciones sobre lo que había de hacer después de su muerte..

oOo

Vamos a dejar la Palabra al testigo presencial que nos ha facilitado todos estos datos para que termine él mismo su relato:

"El Señor, dice él, no respondió a los deseos del buen Padre. Nos parecía que el Sacramento de los enfermos había producido en él los esperanzadores efectos que nuestro amor filial nos hacía esperar conservándonoslo algún tiempo más.

"El domingo, día 13, y los días siguientes tuve el consuelo de celebrar la Santa Misa en su habitación y administrarle la Comunión. El Padre estaba con gran recogimiento; mantenía la mirada constantemente fija en el modesto altar instalado en su habitación, y seguía atentamente las ceremonias. Qué más quisiera yo que poder expresar los sentimientos que inundaban aquella alma sacerdotal en presencia de nuestro Señor que llegaba hasta él para consolarle y darle fortaleza; pero él, como solía hacer siempre, era reservado con los favores que recibía, me veo limitado a exponer lo que externamente pude percibir. Jamás se me borrará de la memoria la impresión profunda que me producía la figura de aquel venerable Padre durante la celebración de la Misa.

"El 17, fiesta de Santa Margarita María, a quien profesaba gran veneración, le administré la Comunión. Fue la última de su vida. Los días siguientes estaba tan extenuado, que apenas podía tomar unas gotas de líquido que aliviaran los ardores de la fiebre que le consumía. Esto le imposibilitaba la recepción de la Sagrada Hostias."

"Después de la Misa, acercándome a su lecho de dolor para despedirme de él, le dije: Recuerde que hoy se reanudan en la Basílica las reuniones ordinarias de la Archicofradía. Hace seis años, tal día como hoy, fueron suprimidas por la persecución".

— "Sí, lo sé, lo sé".

"Y no tuvo fuerzas para decir más. Pero en sus labios floreció una sonrisa, y su rostro enflaquecido se iluminó de satisfacción; así expresó lo que sus labios no habían podido pronunciar. La elevación de su mirada al cielo me dio a entender la dicha que experimentaba y su agradecimiento al Sagrado Corazón que le regalaba este último consuelo.

"Aquella mañana se sintió más aliviado. Después de haber tomado un ligero alimento y sintiéndose menos débil, quiso levantarse. Se le sentó en su sillón, en el que permaneció varias horas. A instancias de su enfermero, accedió en acostarse de nuevo; y esta vez fue para no volver a levantarse más".

oOo

A partir de aquel momento hasta el día de su muerte —desde la tarde del jueves 17, hasta el lunes 21—, sus dolores fueron aumentando de tal manera que hasta los más enérgicos calmantes recetados por el médico resultaron ineficaces. A causa de tan terribles dolores, se quedó tan extenuado que no podía expresarse más que por señas o monosílabos. No obstante, a pesar de su debilidad, conservó sus facultades mentales hasta los últimos momentos. Respondía con una palabra o por medio de un movimiento de cabeza o apretándonos la mano con la suya desfalleciente; a veces también con una mirada acompañada de una débil sonrisa que quería decir que comprendía a su interlocutor y sentía no poder responder. Esto nos animó a sugerirle invocaciones piadosas para ayudarle a mantenerse unido al Corazón de Jesús y santificar más sus dolores y hacerlos más meritorios ante el Señor".

El P. General, residente en Roma, en cuanto tuvo noticias de la gravedad del enfermo, solicitó del Santo Padre una Bendición

Apostólica para él. Pío X se la concedió paternalmente, prometiendo además sus oraciones por el querido enfermo. Bendición y oraciones que fueron recibidas por él con inmenso gozo. Fueron como una luz en la tiniebla del sufrimiento, un bálsamo en el dolor.

El interés del Papa no se limitó a esta gracia. En cuanto conoció la noticia de la muerte, hizo escribir al Padre General expresando el profundo sentimiento que compartía en nuestro dolor, y prometiéndole sufragios por el virtuoso difunto. Fina atención del glorioso Pontífice dedicado a la Iglesia Universal, que se digna prestar atención a los últimos y más humildes de sus hijos acompañándolos en su sufrimiento. En la imposibilidad de manifestar nuestra gratitud, pedimos al Corazón de Jesús, que inunde con sus gracias al Padre común de todos los fieles.

La enfermedad estaba acabando rápidamente su obra de muerte. Era el lunes 21, día escogido por Dios para llamar a Sí a su siervo fiel.

El P. General salió rápidamente de Roma y llegaba a Issoudun bien entrada la noche. Acudió de inmediato a la cabecera del enfermo que le reconoció y tuvo la fuerza suficiente para darle su bendición. El P. General ya no se separó de él ni un instante.

Hacia mediodía se produjo una crisis que hizo temer el desenlace fatal. Entonces el P. Meyer hizo llamar a todos los hermanos y recitó con ellos la recomendación del alma. A partir de ese momento no cesaron las oraciones junto al lecho del Padre agonizante. A las 3 se produjo una nueva y dolorosa crisis, superada gracias a la solicitud del enfermero. Fueron los últimos sufrimientos. A partir de ese momento el enfermo se mantuvo durante unas dos horas en completa calma y casi inmóvil, como si hubiese caído en un apacible sueño. Después, como un cirio que se ha consumido, se durmió dulcemente en el Señor. El reloj marcaba las cinco y media y en el campanario de la Parroquia sonaba la señal de Angelus de la tarde.

oOo

Así murió nuestro querido Padre, rodeado de sus familiares y de algunos religiosos llegados de diversos lugares para estar presentes en aquella hora solemne y rendirle sus postreros respetos. Había vivido ochenta y tres años, seis meses y seis días, de los que la mayor parte por la gracia de Dios transcurrieron en Issoudun.

Esta antigua ciudad era casi ignorada por el resto del mundo cuando llegó a ella en 1854 el P. Chevalier. Hoy día, merced a las obras fundadas por el celoso e incansable apóstol vive días nuevos que recuerdan su antiguo esplendor.

Los funerales del añorado difunto fueron más una marcha triunfal que una ceremonia fúnebre. Más de cien sacerdotes revestidos con ornamentos sagrados, la mayor parte de los canónigos de la Iglesia Metropolitana y otros dignatarios de las Diócesis vecinas, dos vicarios generales de Bourges, acompañaban los restos mortales de nuestro Padre a su última morada. Una inmensa muchedumbre acompañaba al impresionante cortejo. Durante todo el trayecto de la casa mortuoria a la Iglesia Parroquial en que se celebró la Misa, desde la Iglesia a la Basílica del Sagrado Corazón donde se había preparado la sepultura, era de ver el recogimiento religioso y el devoto respeto de la conmovedora manifestación. Los más indiferentes, incluso aquellos que se habían mostrado más hostiles, se prestaron a rendir homenaje al hombre de Dios, al pastor solícito, al religioso consumido de celo que había gastado sin medida sus fuerzas y su prolongada existencia en beneficio de la inmensa parroquia y de la propagación del Evangelio hasta las islas lejanas.

Se diría que el ángel de Dios que había llevado el alma del Padre a los pies del trono del Señor, extendía sus alas sobre la multitud e imponía el respeto debido a aquel apóstol del Corazón de Jesús.

Actualmente sus cenizas reposan en la cripta de la Basílica. Allí han quedado, bajo el altar dedicado a la Virgen Santa y como a los pies de la imagen a cuyas plantas tantos peregrinos acuden a rezar, y ante la que él mismo expansionaba su espíritu invocándola como la Abogada de las Causas difíciles y desesperadas.

iCómo se podría describir, escribe un testigo de la ceremonia fúnebre, quién podría describir la emoción que nos invadió cuando las puertas de la Basílica durante, tanto tiempo cerradas, se abrieron para dejar pasar el féretro con los restos de quien las franqueó para los días de triunfo y de gloria!

El coro repetía la antífona "Subvenite, sancti Dei, occurrite, Angeli Domini". Venid, Santos de Dios, salid a su encuentro, Ángeles del Señor para recibirle. Ah, sí, allí estaban ellos, enviados por la Reina del Cielo, los Ángeles de la Basílica, para recibir al Padre en el umbral de aquel espléndido palacio que su amor y su

fe, secundados por su genio, habían hecho levantar al Sagrado Corazón y a su Divina Tesorera.

Allí estaban ellos para conducirlo a los pies de la Virgen bendita cuya imagen (otra creación del P. Chevalier) irisaba entre las luces, mientras que sobre las colgaduras negras que pendían a lo largo de las columnas del Santuario, se destacaban admirablemente sobre el blanco de los mármoles unos ángeles que con el dedo señalando el cielo nos decían: i Esperanza!

Sí, la esperanza de volver a ver un día a nuestro Padre nos la daba el mismo divino Corazón para lenitivo de nuestro dolor y consuelo de la separación: "Yo soy la resurrección y la vida", cantaba el coro, "el que crea en mí vivirá".

Padre, esta Basílica, las obras todas nacidas de la grandeza de tu corazón, nos hablan de la grandeza de tu fe. Sigues viviendo en ellas; pero sobre todo vives en el Corazón adorable que fue el centro de toda tu vida y es ahora tu recompensa por toda la eternidad.

Sigues viviendo junto a Nuestra Señora del Sagrado Corazón a la que tanto has amado y glorificado. Siervo bueno y fiel, has entrado en la gloria de tu Señor!

Y nosotros, tus hijos, consolados con este pensamiento, escuchamos una voz celestial que nos dice como el Ángel del Apocalipsis: "Bienaventurados los que mueren en el Señor; ahora descansan de sus fatigas porque sus obras los acompañan".

Es la voz de Nuestra Señora haciendo realidad la palabra que la Iglesia pone en sus benditos labios: "Los que me dan a conocer tendrán la vida eterna. Qui elucidant me vitam aeternam habebunt".

[[1]](http://www.mscperu.org/msc/chevalier/ChevPip/19ChevPip.htm#_ftnref1) Recuérdese que, cuando apenas tenía un año, fue dejado por su madre a los pies de la imagen de María y cómo la Santísima Virgen acogió al pequeño.